

Solo

tú

me

conoces

NINA
LaCOUR
y DAVID
LEVITHAN

Cuando
la amistad
es a primera
vista



CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Sábado

1. Mark

2. Kate

3. Mark

4. Kate

Lunes

5. Mark

6. Kate

7. Mark

8. Kate

9. Mark

10. Kate

11. Mark

Martes

12. Kate

13. Mark

14. Kate

Miércoles

15. Mark

16. Kate

17. Mark

Jueves

18. Kate

19. Mark

20. Kate

Sábado. Jueves. Viernes. Sábado

21. Mark

22. Kate

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Quién te conoce realmente? ¿Tu mejor amigo? ¿Tu novio o tu novia? ¿O un desconocido con quien te has cruzado en una noche loca? ¿O nadie, en realidad?

Mark y Katie, de 16 años, se conocen en una discoteca gay durante la Semana del Orgullo Gay en San Francisco. Mark acaba de ser abandonado por Ryan, de quien está enamorado, y Katie le da plantón a Violet por miedo escénico. Compartiendo sus dilemas sentimentales, la fuerza de la amistad les unirá y acabarán conociéndose como nadie: porque un amigo puede ser el gran amor de tu vida

Para Kristyn
(por supuesto) - N

Para Billy, Nick y Zack
(por Big Gay Lunch y todo lo demás) - D

SÁBADO

MARK

1

Mis padres creen que me he quedado a dormir en el sofá de casa de mi mejor amigo, Ryan, arropado por el silencio del barrio residencial donde vive. Los padres de Ryan creen que duerme plácidamente en la litera de arriba de mi habitación, tras una noche tranquila jugando a la consola y viendo la tele. Pero la verdad es que estamos en el Castro, dándolo todo en la fiesta megagay de la discoteca Happy Happy que da comienzo a la Semana del Orgullo en San Francisco. Todo un abanico de gente distinta baila y respira bajo los colores del arcoíris. Ryan y yo somos menores, no tenemos experiencia, no vamos vestidos como deberíamos y nos hemos quedado embobados ante la escena que se roza con nosotros. Ryan parece algo asustado, pero intenta ocultarlo bajo una ceja arqueada y tras una cortina de humo de sarcasmo. Si se nos acerca alguien que no le gusta, me coge de la mano para fingir que no está disponible; aparte de eso, ni me toca. Esta es la lógica de nuestra relación: somos solo amigos excepto en los momentos en que, ups, somos algo más. Aunque nunca comentamos esos momentos, porque me da la sensación de que Ryan piensa que, si no hablamos del tema, es como si no hubieran ocurrido. Así lo quiere él.

Yo le sigo el rollo porque no sé lo que quiero.

Fue idea mía venir a la fiesta, pero no habría sido capaz de hacerlo sin Ryan. Mi territorio se limita al instituto, donde vivo fuera del armario igual que lo hacía antes de que todo el mundo (yo incluido) lo supiera. Pero habíamos llegado a la última semana del primer curso de bachillerato y sentí que era el momento de dar el salto y recorrer esos cuarenta y cinco minutos que nos separan de la ciudad. *Dieciséis años y nunca me he arriesgado* es el título que Ryan le ha puesto a mi vida. Me hace gracia, como si él fuera más atrevido que yo. Por suerte, parezco mayor de lo que soy, tanto que en una ocasión el entrenador del equipo contrario pidió ver mi expediente para asegurarse de que no era universitario. No tengo carnet falso, pero en la primera noche de la Semana del Orgullo a nadie se le pasa por la cabeza pedírtelo en un lugar como Happy Happy. Solo hay que mostrar confianza, aparentar que sabemos lo que hacemos. Y así entramos.

Me sorprendió que Ryan quisiera venir, porque insiste en que a nadie le importa si es gay o no. No estoy muy seguro de cómo me afecta eso a mí. A veces me dan ganas de cogerlo por los hombros, sacudirlo y decirle: «A ver, tío, el jugador de béisbol con amigos deportistas soy yo. Tú eres el poeta sensible que edita la revista de literatura, ¿no soy yo el que debería tener miedo?». Pero luego pienso que eso no estaría bien, que debo mostrarme más comprensivo. Ryan tiene que encontrarse a sí mismo. Nadie más puede hacerlo por él, ni siquiera su mejor amigo, con el que siempre se acaba enrollando.

Está muy oscuro y no hay demasiado espacio para moverse que digamos. Un montón de tíos no paran de mirarnos como lobos a su presa. Creo que a Ryan le gusta que lo escaneen tíos guapos, pero yo me siento raro. No he venido aquí a conocer a nadie, aunque no me extrañaría que ese haya sido el motivo por el que Ryan ha accedido a acompañarme. Algunos tíos se parecen a mi padre si se vistiera de

cuero, otros tienen pinta de participar en un campeonato de selfis. La gente no para de hablar, y el estruendo es ensordecedor, tanto que mis pensamientos se solapan y lo único que siento es el volumen.

Hasta esta noche solo había ido a fiestas en sótanos o en el gimnasio del instituto. Ahora me siento como si hubiera entrado en un mundo más ancho pero más estrecho. Robyn canta una canción sobre bailar sola, y los cuerpos se contonean al ritmo de la música. Este no es el tipo de gente de la que me suelo rodear, no estamos en la sala de juegos de Brewster's viendo un partido de los Giants. Aquí no hay cervecedores, todos son cocteleros.

No estamos en la barra y tampoco en la pista. Ryan se dispone a decir algo, pero un hombre con una cámara lo interrumpe, se coloca por delante de él y me pregunta quién soy. No parece mayor de treinta, pero tiene el pelo canoso.

—¿Perdona?! —grito por encima del ruido.

—¿Quién eres? —me pregunta otra vez.

—Soy Mark —contesto—. ¿Por qué?

—¿Eres modelo?

Ryan se ríe con disimulo.

—No —respondo.

—¿Pues deberías! —dice el tipo.

Pienso que se está quedando conmigo, pero me da su tarjeta. Antes de que pueda decir nada más, me deslumbra un flashazo. Mientras parpadeo por el resplandor, el fotógrafo me toca la muñeca y me dice que le mande un correo. Después, desaparece entre la multitud.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto a Ryan.

—¿Me hablas a mí? —responde—. Porque ahora mismo me parece que soy invisible. Por lo menos para los fotógrafos de moda famosos.

Ryan también es guapo, pero no se lo puedo decir, va contra las normas. Tiro la tarjeta al suelo.

—No flipes.

Ryan se agacha, la recoge y me la da.

—Quédatela de recuerdo —me dice—. Total, tampoco vas a hacer nada con ella.

—¿Quién ha dicho que no voy a hacer nada?

—Hablo por experiencia.

No miente, soy tímido. A veces, tanto que duele. Sobre todo cuando alguien me lo recuerda.

—¿Vamos a dar una vuelta a ver qué vemos? —pregunto—. ¿O a bailar?

—Ya sabes que no bailo.

Lo que quiere decir es que no baila cuando hay gente. Esa fue la excusa que me puso cuando le pedí que fuéramos juntos al baile de fin de curso. Habría sido un gran paso para nosotros, pero me miró como si le hubiera pedido que nos enrolláramos en un acuario lleno de tiburones. Delante de sus padres. Solo tenía que decir que no quería que fuéramos juntos porque prefería que siguiéramos viéndonos en secreto, pero camufló su negativa tras la excusa de que no le gusta bailar. Sabía que no me haría pasar por la humillación de verlo ir con otra persona; al menos Ryan no tenía intención de vivir esa mentira. Pero tampoco pensaba ir conmigo.

Al final acabé quedándome en casa. Él vino a pasar el rato, y pensaba que me lo iba a compensar, pero en vez de eso vimos *Pozos de ambición*. Después, se fue a su casa.

Entiendo que no quiera bailar delante de gente que nos conoce. Entiendo que le cueste, él le da mucha importancia, pero esperaba que aquí fuera diferente. Esperaba que, al estar rodeado de desconocidos muy *happy happy*, la cosa cambiara.

—Venga, tío —le digo, intentando mantener un tono relajado—. ¡Es la Semana del Orgullo!

Pero Ryan ya ha fijado la vista en otro sitio. Sigo su mirada hasta dar con un universitario muy guapo, con gafas a lo Clark Kent y una

sencilla camiseta azul con una pequeña raja en el hombro izquierdo. Es la imagen del chico ideal de cualquier ratón de biblioteca, el tipo de Ryan, mucho más que yo. Se da cuenta de que Ryan lo mira... y después ve que yo también lo miro y me devuelve la mirada a mí en vez de a Ryan. Aparto los ojos con rapidez.

—Lo he visto yo primero —murmura Ryan.

Creo que está de broma, pero la intuición me dice que no.

—Ya estamos... —dice luego.

Levanto la vista y veo al Clark Kent de la librería independiente rodeando con los brazos a un chico que lleva un gorro de esquí en pleno mes de junio. El chico del gorro se inclina pidiéndole un beso y Clark le concede el deseo alegremente. Si esto fuera un cómic manga, habría un montón de corazones elevándose alrededor de sus cabezas.

—Happy Happy es triste triste —dice Ryan—. Me prometiste que nos divertiríamos. ¿Dónde está la diversión?

Ese había sido mi gran argumento: será divertido. Lo que no le había dicho es que la idea de salir a escondidas de casa, coger el tren y venir a la ciudad, donde nadie sabe quiénes somos, sería... romántica, supongo. El viaje de ida casi lo fue, como una aventura compartida. Pegué mi pierna a la suya y no la apartó. Íbamos bromeando e imaginándonos la cara de mi madre tras llamar a casa de los padres de Ryan y saber que no estábamos. (Mi madre es de las que de verdad se altera si hay un cojín mal colocado en el sofá.) Pensé que la gente que nos mirara vería a una pareja y eso me dio cierta seguridad.

Ahora creo que solo parecíamos amigos, dos colegas que han salido juntos para echarse una mano para ligar.

—Quiero tomar algo —dice.

—Te van a pillar —le recuerdo.

—Qué va. Relájate. No todos somos Timmy *el Tímido*.

Lo sigo mientras se abre paso entre la multitud hacia la barra. Me pregunto qué ocurriría si dejara de seguirlo, si permitiese que el gentío

llenara el espacio que se ha formado entre los dos. ¿Se daría cuenta? ¿Volvería a buscarme? ¿O seguiría avanzando porque su camino lo lleva a seguir hacia delante, no hacia mí?

Me lo pienso durante un segundo, y justo entonces me coge de la mano, como si sintiera mis dudas, como si no necesitara darse la vuelta para saber exactamente dónde estoy, como si todo por lo que hemos pasado al menos hubiese servido para crear esta conexión, esta especie de puente.

—No te separes de mí —me dice.

Obedezco. Y Ryan *el Encantador* reaparece al llegar a la barra, la sombra se le ha borrado del rostro. Cuando el camarero se acerca, Ryan pronuncia cada palabra como si supiera que van a alcanzar flotando el oído de cualquiera que las escuche. El camarero sonríe, no puede evitar que Ryan lo atraiga. Este es el chico del que me enamoré unos ocho años después de hacernos amigos. Este es el chico que me hizo querer ser quien soy. Este es el chico del que tomo prestada mi confianza.

El camarero vuelve con dos copas de champán y no puedo evitar reírme ante lo tonto de la situación. Aunque no bebo, Ryan me pasa una flauta.

—Solo un sorbo —me dice—. Si no, no será un brindis, seré un triste que bebe solo.

Me rindo y levanto la copa. Entrechocamos las copas, doy un trago y él se termina la suya de golpe. Le paso la mía para que haga lo mismo.

—Ojalá vivieras un poco —me dice cuando se la acaba.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto, aunque ya hemos tenido esta conversación.

—Nada.

—No, no es nada.

—Nada, en serio. Es justamente eso.

—¿Es justamente el qué?

—Nada, que no te expones nada, que no haces nada.

No tengo ni idea de por qué estamos hablando de esto.

—¿Qué me estás contando? ¿Solo porque no me he bebido la copa de champán ya soy Charlie *el Cobarde*?

—No es solo eso. —Señala a la multitud con la copa vacía—. Esto está lleno de tíos buenos. Tú estás igual de bueno que ellos, pero no les has echado ni un ojo. No lo intentas. El tío ese te ha dado una tarjeta que no vas a utilizar. Otros no paran de mirarte. Podrías triunfar esta noche, pero no quieres.

—¿Qué quieres que haga? —Miro la hoja de inscripciones que hay junto a su codo—. ¿Que me apunte al concurso de ropa interior? ¿Que baile sobre la barra?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

—¿Para encontrar a alguien con quien enrollarme?

—O para hablar. No pongas esa cara, no somos los únicos adolescentes en este local. El chico perfecto podría estar aquí.

«¿No te das cuenta de que eres tú?», quiere preguntar la parte de mí que sabe que no debería. Eso también va contra las normas.

—Vale —suelto.

Y antes de que Ryan pueda decir una palabra más cojo la hoja de la barra. Le saco del bolsillo el boli que siempre lleva y apunto mi nombre.

Ryan se ríe.

—No me lo creo. No vas a hacerlo ni de coña.

—Ya verás —respondo, aunque sé que tiene razón.

No tengo ningún problema con desnudarme en los vestuarios, ni delante de Ryan. Pero quedarme en ropa interior en público me parece tan probable como liarme con una chica.

Aun así, una cosa es que yo piense que no soy capaz de hacerlo y otra muy diferente es que lo piense Ryan, porque cuanto más insiste en que me voy a rajar, más quiero demostrarle que se equivoca. Sin

duda estamos ante un doble rasero, porque él tampoco lo haría ni de coña. Pero me ha retado.

Seguimos discutiendo unos minutos más, y entonces llega la medianoche y el DJ dice que los participantes del concurso de ropa interior deben dirigirse a la barra. El camarero mete todos los nombres en una peluca rosa del revés y a continuación grita mi nombre el primero, seguido de otros nueve. El hombre que está a mi lado empieza a desnudarse de inmediato, dejando al descubierto un pecho de acero y unos abdominales de infarto. Me parece que lo he visto nadar en las Olimpiadas, pero quizá sea porque lleva slips. El camarero anuncia que el concurso empezará dentro de un momento.

—Ahora o nunca —me dice Ryan. Por su tono, sé que apuesta por nunca.

Me quito los zapatos. Ryan me mira pasmado mientras me bajo los pantalones y me quito los calcetines, porque quedaría ridículo si me los dejara puestos. No puedo permitirme pensar en lo que estoy haciendo. Me siento raro descalzo en mitad de una discoteca llena. El suelo está pegajoso. Me quito la camiseta.

Estoy en ropa interior. Rodeado de desconocidos. Pensaba que tendría frío, pero en vez de eso siento el calor de la discoteca con más intensidad. Los cuerpos enturbian el ambiente. Y yo estoy justo en el centro.

Creo que no me reconozco, pero no pasa nada.

El camarero grita mi nombre. Le doy mi camiseta a Ryan y me subo a la barra.

El corazón me late con tanta fuerza que lo siento en los oídos.

Se oyen gritos de ánimo, y el DJ pone *Umbrella*, de Rihanna. No tengo ni idea de qué debería hacer. Estoy subido a una barra con mis bóxers azules y rojos, no quiero derramarle la bebida a nadie, pero todo el mundo recoge sus copas de la barra y, antes de que pueda darme cuenta de lo que hago, me estoy... moviendo. Finjo que estoy en mi habitación, bailando en ropa interior, que sin duda es algo que

hago a menudo. Pero jamás con público. Nunca rodeado de gente que me silba y me suelta piropos. Muevo la cadera y levanto la mano al aire y canto «ella, ella, eh, eh». Sobre todo miro la expresión de Ryan, que no se lo puede creer. Nunca lo había visto sonreír así. Jamás había sentido que estuviera tan orgulloso de mí. Está gritando con todas sus fuerzas, animándome. Lo señalo y sonrío tanto como él. Estoy bailando con él, aunque él esté ahí abajo y yo aquí arriba. Le dejo bien claro a todo el mundo lo mucho que lo quiero, y él no se esconde porque, por un momento, ha dejado de pensar en sus cosas, solo piensa en mí.

Lo disfruto. Desde aquí arriba, el mundo es increíble. Miro a la gente y veo que todos se lo están pasando bien, se divierten conmigo o se ríen de mí o se imaginan lo bien que se lo podrían pasar conmigo. Parejas de tíos y parejas de tías. *Skaters* y hombres que parecen presidentes de banco en su día libre. Gente de todos los rincones de la bahía forman un paisaje desigual, algunos bailan conmigo, otros empiezan a lanzarme dinero. Veo a Clark Kent entre la gente, no me quita ojo. Nuestras miradas se cruzan, y juro que me hace un guiño.

Siento que mi mirada quiere volver a Ryan. Centro la atención en él de nuevo, pero, por el camino, cruzo la vista con alguien más. Antes de volver a Ryan, mientras sigo aquí arriba en ropa interior, pensando que mi amigo es la única persona en la discoteca que sabe quién soy, veo otra cara conocida. Es como si la canción se detuviera un segundo, no me lo puedo creer. Porque, sí, tiene que ser ella. Aquí, en este local gay, viéndome bailar medio desnudo sobre una alfombra de billetes de un dólar.

Katie Cleary.

La chica del último curso que se sienta a mi lado en cálculo.

Kate

2

—Háblame de ella otra vez —digo.

Cambio de carril en la plataforma superior del puente de la Bahía para tener las mejores vistas de las luces de la ciudad, aunque June y Uma se están besando en el asiento trasero y no les importa nada, y menos el paisaje, y Lehna está ocupada buscando en su teléfono la siguiente canción que tenemos que escuchar.

Se ríe.

—Ya te lo he contado todo.

—No importa.

Empiezan a sonar las primeras notas de *Divided*, de Tegan and Sara, y por un momento me acuerdo de lo que sentí estando con Lehna en su concierto, en medio de un mar de chicas a las que les gustan las chicas, con trece años. Sentí algo en lo más profundo del corazón y el estómago que decía: «Sí».

—Llegó a casa el martes —empieza Lehna—. Con un *jet lag* horrible, pero me dijo que estaba acostumbrada a viajar, a no dormir mucho y a llevar un horario raro en general. Cuando la llamé por teléfono, estaba cosiendo lentejuelas en una bufanda. Dice que le gusta brillar en el Orgullo.

—¿Voy demasiado sencilla? No brillo ni un poco.

Empezó a preocuparme qué ponerme hace unas semanas, pero por fin ha llegado el día y darle tantas vueltas no me ha servido para nada. Al final, he elegido un conjunto que espero que parezca un poco bohemio, natural pero sin que dé la impresión de que me he puesto lo primero que he pillado. Una camisa vaquera clara, abrochada hasta arriba y metida por dentro de unos tejanos más oscuros. Un cinturón marrón con la hebilla turquesa. Botas de tacón. Pendientes largos de bronce en forma de diamante y pintalabios rojo. Me he hecho una coleta suelta a un lado y el pelo me cae sobre el hombro. Entre dudas casi paralizadoras, me he mirado al espejo y he pensado durante casi medio segundo que parecía el tipo de persona a la que me gustaría conocer si no me conociera ya.

—Estás guapísima —dice June desde el asiento trasero.

—Yo me enamoraría de ti en un segundo —añade Uma.

—Sí —dice Lehna—. Pareces europea, a Violet le va a encantar. Después de los artistas con los que ha salido, seguramente le parezca refrescante estar con alguien normal.

Esa palabra, «normal», hace que me entre el pánico.

—No te olvides de retocarte el pintalabios. El rojo destaca el verde de tus ojos.

Asiento. Lo haré. Subo el volumen e intento calmarme. Por la ventana, las luces de la ciudad se extienden ante nosotras, cargadas de promesas. La gente que va en los coches a nuestro alrededor sonríe y mueve la cabeza al ritmo de la música. Todos nos dirigimos hacia la misma fiesta, aunque se organice en cientos de bares y salas diferentes. Vamos a celebrarnos a nosotros mismos y a los demás. A enamorarnos o a recordar a todas las personas a las que hemos querido. En mi caso, la lista es muy corta, por eso esta noche me da tanto miedo.

Lehna y yo somos amigas desde los seis años, así que conozco a su prima Violet desde hace tiempo, aunque no en persona. Es hija de la tía de Lehna, la reportera gráfica. Violet nunca ha vivido en el

mismo sitio más de un año, nunca ha ido a un colegio tradicional y lleva viajando por Europa los últimos veinte meses, estudiando con trapecistas mientras su madre documenta la vida en el circo. Violet siempre ha sido una fuente de fascinación. Sobre todo cuando, el año pasado, escribió a Lehna desde Praga para contarle que se había enamorado de una chica. Lo describió de una forma que nadie que llevara una vida normal en un barrio residencial de California sería capaz de explicar. Utilizó palabras como «apasionado» y «aventura». La chica era de los Alpes suizos y se llamaba Mathilde, y todo empezó y terminó en un período de dos semanas, desde que el circo llegó a la ciudad hasta que recogió la carpa y se marchó.

Un par de meses más tarde, Violet volvió a escribir y le contó que regresaba a San Francisco. Su madre seguía con el proyecto del circo, pero ella iba a cumplir dieciocho años y quería llevar su propia vida. «Me encantaría saber qué se siente al vivir en el mismo lugar durante un tiempo —escribió—. Así que se me ha ocurrido volver a casa, aunque no me acuerdo de cómo son las estaciones allí.» Cuando de repente una noche Lehna sugirió que sería genial que saliéramos juntas, fingí que la idea me pillaba por sorpresa, aunque en realidad llevaba meses pensándolo.

—No te olvides de llamarme «Kate» cuando esté ella delante —le pido.

—Entendido. Kate, no Katie.

—Gracias —respondo, aunque por el tono y por la cara que ha puesto sé que no le ha hecho gracia.

Salgo hacia Duboce. No es la primera vez que conduzco hasta esa casa. Es la típica mansión victoriana de San Francisco con habitaciones pequeñas y techos altos. Shelbie, la amiga de Lehna, vive aquí con un labrador enorme de color chocolate y unos padres que nunca están. Violet también la conoce. La madre de Shelbie y la madre

y la tía de Lehna se conocen desde hace mucho tiempo, supongo. No acabo de entender la relación, pero no me importa, porque eso me acerca un poco más a poder conocer a Violet.

Ahora que por fin estamos en la ciudad, ahora que el Jeep de mi padre nos aproxima más y más a nuestro destino, con las calles llenas de gente que está de fiesta y la noche ardiendo a nuestro alrededor, noto que me tiemblan las manos.

Sé que es la primera vez que nos vemos. Sé que Violet ya sabe quién soy y que también quiere conocerme. Sé que no es el fin del mundo si esto no funciona. Pero la triste realidad es que me juego demasiado y no puedo mostrarme relajada.

En clase de historia, escuchando al profesor hablar sin parar sobre las fechas y los nombres de no sé qué batalla, pienso en Violet. Por la noche, mientras friego los platos escuchando canciones de amor en mis auriculares gigantes, pienso en Violet. Pienso en ella cuando me despierto por la mañana y mientras mezclo óleos y cuando saco los libros de la taquilla. Y cuando empiezo a preocuparme porque tal vez me haya equivocado al elegir la universidad, o pienso que mi futura compañera de habitación quizá me odie, o que me haré adulta y me olvidaré de las cosas que antes me encantaban (el azul cobalto, una colina que hay detrás del instituto, buscar diapositivas viejas en mercadillos, la canción *Divided*), pienso en Violet. Se balancea sobre el trapecio, arregla trajes coloridos, conduce una caravana por Europa mientras charla y se ríe con tragafuegos y funambulistas, y después vuelve a casa, a San Francisco, y se enamora de mí.

—Tengo que contarte una cosa —confiesa Lehna, mientras avanzamos por Guerrero Street—. Le he dicho que vas a exponer en una galería de la ciudad.

—¿Qué?

—Estábamos hablando de lo buena pintora que eres y me dejé llevar.

—Pero si no conozco ni una sola galería en esta ciudad —digo.

—Ya buscaremos un par en casa de Shelbie. Cuando Violet te conozca, seguro que se le olvida. Por ahora, te hace parecer sofisticada y triunfadora. Aparca en el camino de entrada. Shelbie me ha dicho que no le importa.

Entro en el estrecho espacio y aparco con una inclinación que parece peligrosa.

—Tortolitas. —Lehna se dirige a las dos del asiento trasero—. Hemos llegado, bajad del coche.

Oigo que Uma susurra algo y June se ríe, y después supongo que el tiempo ha avanzado a toda velocidad porque las tres están fuera y yo sigo aquí sentada, sujetando el volante con fuerza.

Lehna da un golpecito en la ventanilla.

—Venga, Kate.

Las sigo hasta casa de Shelbie, donde ella y sus amigos de la ciudad ocupan sofás y alfombras, riéndose y bebiendo, fabulosos. Todos, gais, heteros y demás, nos miran y saludan con la mano y dicen «hola», y me gustaría charlar con algunos, pero Lehna se dirige hacia el estudio, donde el salvapantallas brilla en un carrusel de fotos familiares.

—Tenemos que buscar una cosa —explica—. Enseguida volvemos. —Después, aunque la estoy siguiendo, me dice—: Vamos, Kate.

Me dan ganas de preguntarle qué es lo que le molesta tanto. Es mi nombre. Parece que le haya pedido que me llame alguna cosa rara. Es otra manera de abreviar «Katherine», y creo que me queda mejor. Pero no hace falta que se lo pregunte, ya conozco la respuesta. Cuando eres amiga de alguien desde hace tanto tiempo, es fácil pensar que te pertenece, como si la versión de la persona de la que te hiciste amiga fuera la única real. Si de pequeña no le gustaban los guisantes, nunca le gustarán, y si de repente cambia de idea y le encantan, es que se está engañando, ocultando su odio por los guisantes, fingiendo ser alguien que no es.

Pero la verdad es que nunca elegí que me llamaran «Katie». Que yo sepa, seguramente ese fue el diminutivo que escogieron mis padres cuando nací, y nunca se me había ocurrido pensar en otras opciones hasta hace poco, cuando empecé a sentir que algo no encajaba del todo cada vez que alguien decía mi nombre. Y estando junto a Lehna en esta habitación oscura mientras busca nombres y descripciones de galerías de arte de San Francisco no puedo evitar pensar en que lo mismo sucede con muchos de mis amigos. No elegí ser amiga de Lehna. Simplemente pasó como pasan las cosas cuando eres pequeño: llegas a una escuela nueva y la primera persona que te presta atención te provoca un alivio enorme. No estás sola. Tienes un amigo. No te paras a pensar hasta mucho después, quizá incluso hasta años después, ¿por qué esta persona? ¿Por qué ella?

Lehna empieza a leerme nombres de galerías, pero por las imágenes que veo en la pantalla, creo que mis cuadros no encajarían en ninguna.

—Es una idea horrible —digo—. Si saca el tema le diré que me entendiste mal o algo así. Le diré que me gustaría exponer en una galería, no que voy a hacerlo.

—No es suficiente —responde Lehna. Se vuelve en la silla y me mira—. Esto es lo que quieres, ¿no?

—Sí —respondo—. Es lo que quiero.

Me doy cuenta de que a Lehna de verdad le importa que lo mío con Violet salga bien. Estoy segura de que podemos ponernos de acuerdo en algún punto intermedio. Me inclino sobre el ordenador y escribo: «peluquería galería arte san francisco».

—Para empezar, tenemos que ser más realistas.

Encuentro un salón de belleza moderno en Hayes Valley que expone la obra de artistas nuevos cada mes.

—Tu trabajo es mejor que todo eso —dice Lehna.

Aunque lo que exponen este mes está muy bien: dibujos de líneas delicadas salpicados de color; son sobre todo retratos, algún dibujo

botánico. Pincha en otros enlaces hasta que encuentra una lista de las mejores galerías nuevas de San Francisco.

—Mira esta lista y elige una —me ordena.

—Vale —asiento, aunque sé que es muy mala idea.

Lo que Lehna me está diciendo es que aún no soy lo bastante buena para Violet. Necesito ser mejor, y sé que puedo serlo, aunque deba fingir durante un tiempo.

—Pero aún no tengo ninguna exposición organizada —le digo a Lehna—. Solo estoy hablando con gente.

—Podemos decir que se han vuelto locos al ver tu portfolio de lo bueno que es. Es solo cuestión de tiempo.

Se saca el teléfono del bolsillo y cuando vuelve a mirarme está sonriendo.

—Violet está de camino —me informa—. Ponte un poco más de pintalabios.

—Sí, vale.

Me levanto y me noto mareada, tengo mucho calor.

—Creo que me he dejado el pintalabios en el coche —digo, aunque no es verdad.

Salimos del estudio y nos mezclamos con los invitados, que se han multiplicado en los minutos que hemos pasado ahí dentro. No reconozco ninguna cara, y todo el mundo está muy entretenido hablando, así que nadie se fija en nosotras. Al menos Lehna parece que encaja entre aquella gente con su *piercing* en la nariz y el pelo recogido en una coleta para enseñar el lado que lleva afeitado. No veo a June ni a Uma por ninguna parte. Seguramente se habrán colado en alguna habitación.

—Enseguida vuelvo —le digo a Lehna.

Asiente con la cabeza y va a la cocina.

Paso al lado de la gente que está sentada en el suelo y salgo, sigo caminando más allá de mi coche, giro una esquina y me digo que solo necesito dar una vuelta a la manzana. Necesito estar sola unos minutos

porque de repente me siento estúpida y pequeña, es obvio que no merezco a la chica a la que estoy a punto de conocer.

Sin embargo, llego al final de la manzana y sigo caminando, cruzo Dolores Park entre el montón de gente que está de fiesta. Son una marea feliz, y me dejo llevar, cada vez más adentro de la multitud, más lejos del momento que llevo esperando tanto tiempo.

Siento que estoy a un mundo de distancia del salón de Shelbie. Un grupo de adolescentes sentados e intentando parecer guais no tiene nada que ver con el ambiente vibrante de la calle. Aquí todo es eléctrico y se respira felicidad. Incluso las mujeres que parecen más duras, apoyadas en escaparates con cara de pocos amigos bien ensayada, se relajan cuando les sonrío. Hasta los chicos que se ven más fríos son simpáticos.

No sé cuánto rato llevo caminando y no quiero mirar el teléfono, prefiero seguir sin saberlo. Debería volver, pero todavía no estoy lista para dejar todo esto. Pienso en Violet y me tiemblan las manos. Estoy junto a la puerta abierta de una discoteca que me llama a entrar con el remix tecno de una vieja canción de jazz. Me pongo más pintalabios mirándome en una ventanilla tintada (por mí, no por Lehna) y entro. Está tan oscuro que los ojos tardan un momento en adaptarse, pero enseguida veo el bar. Pienso en pedir algo y darme un tiempo para tranquilizarme. Después puedo regresar a casa de Shelbie, ignorar la mala cara de Lehna y conocer a Violet.

El camarero es perfecto, como un muñeco, y la multitud de hombres que espera para pedir parece directamente proporcional a su atractivo. Pero en el otro extremo de la barra una chica guapa con el pelo corto y los brazos musculosos cubiertos de tatuajes parece que acaba de volver de un descanso, así que avanzo hasta ella y le sonrío. Me mira y asiente con la cabeza para indicar que me va a atender.

Me inclino sobre la barra hacia ella hasta que nuestras caras están cerca. Ella agacha la cabeza a un lado para escuchar mi voz por encima de la música.

—Tanqueray con tónica.

Lehna lo aprendió de su hermana mayor y me enseñó a pedirlo con confianza. Es la única copa que sé pedir.

La camarera se da la vuelta y coge la botella verde y un vaso.

Ojalá tuviera el número de Violet para escribirle: «Me he desviado un poco y he acabado en un bar. ¿Vienes? Tengo muchas ganas de conocerte».

Mientras busco el monedero en el bolso veo que el teléfono tiene la luz encendida, pero me resisto a mirarlo. La camarera me pone la copa delante con una servilleta rosa fucsia y yo le doy un billete de diez. Me dirijo a una mesa con un único taburete. La han empujado junto a la pared y está vacía porque todo el mundo está de pie o bailando, hacia el centro de la fiesta. Doy mi primer trago justo cuando el camarero muñeco anuncia algo y todo el mundo empieza a gritar de alegría. Es un concurso. No he entendido de qué va, pero poco después comienza a sonar *Umbrella* y unos hombres casi desnudos se suben a la barra. Algunos parecen muy seguros de sí mismos, otros tienen pinta de estar muertos de vergüenza, pero todos se lo están pasando bien, y se me contagia su alegría. Los observo pasearse y luego miro cómo el público los contempla; me doy cuenta de que la mayoría se fija en un bailarín en particular. Sigo su mirada y veo a un chico que parece demasiado joven para estar aquí, pero se lo ve supercómodo.

Solo lleva puestos uno de esos calzoncillos de los anuncios de Calvin Klein, rojos y azules, y con su pelo corto rubio y su aspecto atlético podría ser la imagen perfecta del típico chico gay americano. A diferencia de uno de los hombres más mayores, que parece que esté intentando follarse a la barra, no trata de parecer sexy. Se lo está pasando bien, cantando. Canto con él. Señala al público y un chico de pelo oscuro le grita y lo anima. No me lo puedo creer, lo conozco. Va

a mi instituto, se llama Ryan. Sacó uno de mis paisajes en la portada de la revista literaria el semestre pasado. No estaba segura de si era gay, pero supongo que esto me lo deja claro.

Y me doy cuenta de que el que baila me suena, como si lo hubiera visto en algún anuncio o algo así, en algún vídeo de fondo mientras pensaba en otras cosas. Pero no, lo conozco en persona, supongo, porque me ha visto y su actitud ha cambiado.

Se queda paralizado. ¡Mark Rissi! Nunca hemos hablado, pero nos sentamos juntos en cálculo. La canción ha terminado y la gente ha enloquecido. Mark salta de la barra, y Ryan intenta chocarle la mano, pero Mark sigue mirándome mientras recoge la ropa que su amigo le pasa y le dice algo.

Cuando Mark llega a mi mesa, todavía no se ha terminado de poner el cinturón. Se para delante de mí y dice:

—No me lo puedo creer.

La confianza y la felicidad han desaparecido de su cara, y deseo que vuelvan, por él. Ese subidón es una pasada. Lo quiero para ambos. Siento que a los dos nos falta algo, pero que al mismo tiempo también lo compartimos.

—Hola, Mark —le digo—. Te llamas Mark, ¿verdad?

Asiente, pero lo único que dice es:

—No me lo puedo creer.

—Tengo que preguntarte una cosa, es algo serio.

El corazón me late con fuerza porque no me abro con facilidad a los demás. Se me da bien escuchar, no compartir mis problemas, pero esta noche no es como las demás. Violet está a poco más de un kilómetro de nosotros, el bajo suena con fuerza, la bola de discoteca lanza destellos en la oscuridad y resulta que el atleta tímido de cálculo es en realidad un rompecorazones menor de edad que baila casi desnudo en bares de ambiente.

—Por favor... —empieza a decir Mark.

Pero no es mi estilo ir por ahí destrozando reputaciones perfectas.

Quiero vivir cosas más importantes con él, así que lo interrumpo.

—Creo que has estado genial. Al final de la noche, estoy segura de que todos los tíos te habrán dado su número.

Ryan aparece a nuestro lado.

—Es culpa mía —confiesa—. Prácticamente lo he obligado a hacerlo.

—Vaya par —digo—. Relajaos un poco. ¡No se lo voy a contar a nadie! Pero, Mark, escúchame. Voy a preguntarte una cosa y, como ya te he dicho, es algo serio.

La expresión de Mark pasa del pánico al alivio. Suspira y se frota la cara con una mano. Cuando vuelve a mirarme, está listo para escuchar mi pregunta.

—¿Quieres ser mi amigo? —le suelto.

Inclina la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Sé que suena a niña de preescolar. Además no es eso lo que quiero preguntarte, pero he pensado que es mejor que seamos amigos antes de ir al grano. Me he pasado todo el día, bueno, todo el año, pensando en que mis amigas no me caen demasiado bien. Por eso estoy en un bar yo sola en una noche en la que todo el mundo está acompañado. No tendría que estar aquí, pero aquí estoy, y tú también. Siento como si tuvieras un cartel de neón sobre la cabeza indicándome que debería conocerte.

—Hum —murmura Mark.

Ryan comenta algo sobre la invisibilidad, pero no le pregunto a qué se refiere porque estoy demasiado concentrada en la cara de Mark.

—Supongo —responde—. Bueno, si quieres, claro.

—Vale, bien. Ahora, la pregunta de verdad: ¿alguna vez has querido algo con tantas ganas que consume toda tu vida? Sigues haciendo lo que se supone que debes hacer, pero lo haces de forma mecánica porque en lo único que puedes pensar es en esa cosa.

El rubor que empezaba a desaparecerle de las mejillas vuelve con fuerza, incluso más que antes, y mira a Ryan durante una décima de segundo. Interesante.

Mark asiente mirándome fijamente. Yo también lo miro. Una cosa está clara: nos entendemos.

—Acabo de escapar de una chica a la que todavía no conozco —le digo.

Sonríe.

—¿Tan mala es?

—No —respondo—. Es increíble. Tanto que parece que me va a cambiar la vida.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo pensar en otra cosa que no sea ella —respondo.

—Ya —dice.

Me entiende.

—¿Alguna vez has deseado algo con tantas ganas que, cuando está a punto de pasar, sientes la necesidad de estropearlo?

No deja de mirarme, y me doy cuenta de que intenta seguirme, pero al final niega con la cabeza.

—No —responde—. Nunca me ha pasado.

—Ni a mí, pero llevo meses esperando esta noche y de repente...

Me encojo de hombros y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Espera, espera —me dice—. No te rindas todavía. La noche no ha terminado. ¿Dónde tenías que conocerla?

—En una fiesta.

—Vale. ¿Dónde? ¿Está cerca?

—Sí, al otro lado del parque, a unas manzanas.

—¿Alguno de tus amigos ha intentado ponerse en contacto contigo?

Gruño.

—Miedo me da mirarlo.

—Pásame el móvil.

Espera. Saco el teléfono del bolso y se lo pongo en la palma de la mano, con la pantalla hacia abajo.

—¡Buah! —dice con la cara iluminada por la pantalla del móvil —. Veintitrés mensajes de Lehna Morgan.

—Adelante.

—¿Quieres que te los lea todos o te hago un resumen?

—Un resumen.

Va mirando los mensajes.

—Casi todos son variaciones de «¿Dónde coño estás?» y unos cuantos «¿Estás bien?».

—Sigue.

—Uno dice: «Violet acaba de llegar». ¿Es esa la chica?

Asiento.

—Vale, espera. Uy.

—¿Qué?

—Se ha marchado hace cinco minutos.

—¿Va a volver?

—No pone nada.

Miro mi copa casi vacía. Solo quedan restos de hielo.

—Igual me pido otra.

—O podríamos intentar encontrarla.

La expresión de Mark me da buenas vibraciones, rebosa esperanza, el antídoto perfecto para la desesperación que crece en mí. Estoy a punto de preguntarle cómo la vamos a encontrar cuando el volumen de la música baja y la voz de un hombre anuncia que han elegido al ganador del concurso de baile en ropa interior.

La gente se pone a gritar, y yo me uno a ellos, animando a mi nuevo amigo, Mark, que no mira al camarero, sino que está buscando por la sala; la esperanza de su rostro se mezcla ahora con preocupación.

—El ganador ha desbancado a nuestro antiguo campeón, Patrick

—dice el camarero—. Esta noche, la corona se la lleva Mark. Mark, ¿estás aquí? Menea ese culito sexy y ven a recoger tu premio.

Acto seguido, el volumen de la música vuelve a subir y todo el mundo empieza a bailar.

—¿Vas a ir a buscarlo? —le pregunto—. Puede que mole. No sé, igual te dan piruletas con forma de pene, condones con los colores del arcoíris...

Pero Mark no se ríe. No se mueve. Así que me vuelvo para ver qué está mirando y veo a Ryan al otro lado de la sala. Está con un grupo de universitarios guapos, uno lleva unas gafas negras, otro un gorro de esquí y al otro solo le veo la espalda y unos tatuajes que le asoman de las mangas, tiene una cerveza en una mano y la otra está posada en la parte baja de la espalda de Ryan. Una canción deja paso a otra que parece gustar al de los tatuajes y a sus amigos. Se da la vuelta, pega un par de tragos a la cerveza, deja el vaso en una mesa y se pone a bailar.

Le he robado demasiado tiempo a Mark. Ha salido de fiesta la noche que da comienzo a la semana más gay, acaba de ganar un concurso de baile en ropa interior y es el objeto de deseo de muchos hombres, y yo lo he acaparado con mi crisis.

—Deberías ir con ellos —le digo, pero creo que ni me ha oído.

La desesperación que le he confesado sentir parece contagiosa, porque se ha apoderado del cuerpo de Mark. Tiene los hombros caídos y me da la impresión de que le cuesta respirar.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Ryan —susurra tan bajo que apenas lo oigo—. Está bailando.

MARK

3

Alguien me arrastra de vuelta al bar. El camarero me da un sobre con cincuenta y siete billetes de un dólar y un vale para una lavandería. Ryan ni siquiera me está mirando. Katie sí. Igual que muchos otros hombres. Pero Ryan sigue en la pista de baile, pegado al tío con los brazos cubiertos de palabras que no puedo leer.

No lo hace para herirme. Tengo que pensar eso. Lo hace solo porque quiere pasarlo bien, pero da la casualidad de que me duele.

Cojo el sobre y vuelvo hasta donde está Katie. Un montón de tíos no paran de decirme «enhorabuena» como excusa para ponerme la mano en el hombro y ver si me paro y les sonrío y lo que surja después. No soy idiota. Sé de qué va el rollo. En teoría, debería disfrutar del momento.

Me imagino a Ryan diciéndome que «la noche está llena de oportunidades».

Técnicamente es cierto, pero con las oportunidades pasa una cosa: que hay algunas que te atraen mucho más que otras. Y sobre todo hay una que deseas por encima de todas las demás.

—¿Qué te ha tocado? —me pregunta Katie cuando llego a su lado.

Se lo enseño, y parece decepcionada.

—Igual el vale de la lavandería es para que laves los billetes, a saber dónde han estado metidos.

Me fijo en que se llama Lavandería del Orgullo. Se me ocurren algunas bromas («Ya me imagino qué tipo de manchas eliminan», «Seguro que su lema es “especializados en arcoíris”»), pero todas suenan con la voz de Ryan, no con la mía.

La pista de baile se llena cada vez más. Ya no lo veo.

—Espero que no te moleste, pero ¿estáis saliendo? —me pregunta Katie—. Porque si es así, Ryan se está pasando.

—No, no estamos saliendo —le respondo, y después pienso: «a la mierda»—, pero a veces nos enrollamos.

—Nooo —dice.

—Sí.

Entonces lo veo. Está bailando con los tres. Pienso en cómo se unen las moléculas. Seguramente podría ir con el grupo, todavía no se han emparejado.

—¿Crees que debería ir a bailar con ellos? —le pregunto.

—No tengo ni idea. —Katie estudia la situación durante un momento—. Si yo fuera él, me costaría un mundo controlarme para no mirar hacia aquí. Es como un camarero, que está pendiente durante toda la cena, pero cuando quieres pedir la cuenta, mira a todas partes excepto a ti. ¿Me entiendes? Si es así, creo que no deberías ir.

Ponen una canción de Florence. Me encanta Florence, y Ryan lo sabe. Si no me mira durante esta canción, estoy jodido.

Lo miro.

Se ha puesto a cantar, pero no para mí.

—Joder —suelto.

El tío de los tatuajes no está cantando, lo está escuchando. Le gusta, los dos están disfrutando.

Mientras ellos lo pasan genial, un tío sin camiseta se me acerca, sonriendo como si lo conociera. Le miro el pecho de reojo, los abdominales. Tal vez haya hecho sus pinitos en el cine porno.

—¿Te conozco?! —le grito por encima de la música.

—No, pero ¿no te apetece conocerme? —pregunta.

—¿En serio? —dice Katie.

Pero Johnny *Sin Camiseta* no la escucha. Tiene los ojos clavados en mí, me mira con intensidad.

—¿Qué te cuentas? —intenta entablar conversación.

Quiero preguntarle: «¿Dónde te has dejado la camiseta?». Es que, a ver, ¿ha venido sin camiseta a la fiesta? ¿Ha ido así por la calle? ¿O la ha dejado en una taquilla?

Diría que tiene más de veinte años, y eso no me va.

—Me marchó —le digo—. Lo siento.

Se me acerca un poco más, en plan jugueteón. Se me pega tanto que sus vaqueros rozan los míos.

—Tenemos que ir a buscar a una chica —le digo—. Violet. ¿La has visto?

Me coge la mano y la dirige a su bolsillo trasero.

—Está aquí —dice, sonriendo.

—No, no, no, no —lo interrumpe Katie—. No pronunciarás su nombre en vano.

Da un paso atrás y me suelta, por fin le hace caso. Katie me mira.

—Mark, tienes tres opciones. Bueno, cuatro, porque siempre existe la opción de no elegir ninguna de las tres. Escoge la que quieras, yo no te voy a decir nada, solo necesito saber qué hacer.

No sé cómo, pero Johnny *Sin Camiseta* me ha puesto una mano en la espalda y mi cuerpo está entrando en una especie de trance. No obstante, sigo mirando a la pista de baile, sigo viendo que Ryan no me mira. Y luego está Katie, que parece ser la que peor se lo está pasando en la discoteca, exceptuándome a mí, quizá.

—Voy contigo —le digo.

Me vuelvo hacia el pecho de mi pretendiente y le repito que lo siento. Ahora, por fin, se rinde.

—Otra vez será —dice—. Estaré pendiente por si te veo.

Mientras se aleja, me fijo en su espalda perfecta. Mi cuerpo suspira.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte? —me pregunta Katie.

—Sí, estoy seguro.

—Pero ¿por qué? Eres la estrella de la discoteca.

La miro a los ojos.

—Porque somos amigos.

Esa respuesta es suficiente para ella, y también para mí.

Nos ponemos en marcha, pero me asalta un estúpido sentido de la obligación, la extraña sensación de que estoy abandonando a Ryan. Hemos venido juntos y, aunque esté bailando con otro, no puedo marcharme sin despedirme. Pero tampoco puedo acercarme a él.

Le mando un mensaje. Le digo que voy a ayudar a Katie con una cosa y que me escriba cuando quiera irse a casa. Volveré a buscarlo.

Le doy a «Enviar». Me imagino su teléfono pegado a su muslo, sonando. Pero no puede competir con la música, no puede competir con el baile ni con el chico al que sonrío, el que tiene tan cerca.

—Tengo que irme —le digo a Katie—. Necesito salir de aquí.

La calle está casi tan llena como la discoteca. La Semana del Orgullo acaba de empezar, pero nadie guarda fuerzas para el lunes, el martes ni cualquier otro día.

—¿Dónde tenías que encontrarte con ella? —le pregunto—. Creo que deberíamos empezar por ahí.

Katie se detiene.

—Ya lo sé, pero... ¿y si está ahí?

—¿No se trata de eso?

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—No quiero toparme con ella de repente. Necesito estar preparada.

—¿Sabes qué aspecto tiene?

Me echa una mirada mortal, está claro que conoce al detalle la cara de Violet.

—Vale, tenemos que trazar un plan. Estate atenta. Si la ves, paramos un momento para que te calmes y pienses qué hacer.

—Pero ¿y si no está allí?

—Entonces, seguiremos el rastro, mi querida Watson.

—Vale. —Respira hondo—. Vamos.

Pero no se mueve.

—Tú eres la que sabe adónde nos dirigimos —le recuerdo.

—Es verdad —dice.

Pero sigue sin moverse.

No digo nada. Espero. Cierra los ojos durante un segundo, murmura para sí. Entonces echa a andar y nos metemos de nuevo entre el mogollón de gente.

Creía que me iba a llevar a una discoteca con algún nombre felino, llena de mujeres de pelo corto mirándose lacónicamente y posando como si estuvieran en Brooklyn mientras hablaban de amor y comparaban sus tatuajes. Todas las lesbianas que conozco son más inteligentes que yo, o al menos parece que tienen más mundo. Y también suelen leer un montón.

Pero la fiesta no es en una discoteca, sino en una casa que podría ser de Sally *la Mujer de Negocios*. El grupo de chicas a las que vemos en el jardín están igual de borrachas que el resto del mundo; no sé por qué, me imaginaba que las lesbianas nunca se emborrachaban, como si fueran demasiado inteligentes o guais para eso. Hay un tío en una ventana que no para de gritar: «¡Os quiero! ¡Os quiero a todos!». No nos mira ni a Katie ni a mí.

—¿Lo conoces? —le pregunto.

—No —responde Katie—, pero a ellas sí.

Señala a dos chicas que hay sentadas en la acera. Una está fumando, la otra aspira la nube de humo.

Nos acercamos. En cuanto la ven, se levantan de un salto y lanzan una ráfaga de preguntas.

—¿Dónde te habías metido?

—Lehna te ha estado buscando por todas partes...

—Está superenfadada.

—¿Por qué...

—¿Adónde...

— ... te has ido? —terminan al unísono.

Dejan de hablar durante un segundo y por fin se dan cuenta de mi presencia.

—Mark —dice Katie—, te presento a June y a Uma. June, Uma, Mark. Va a nuestro instituto.

—No le va a hacer gracia —dice June.

—No le va a hacer ninguna gracia —repite Uma.

Katie se pone roja.

—Noooooooooooooooooo. No me he ido porque hubiera quedado con Mark. Me lo he encontrado de casualidad.

—Pues se ha ido —dice Uma.

—Se ha marchado hace rato, no estaba muy contenta —añade June.

—¿Adónde? —pregunto.

—¿A ti qué te importa? —me suelta June.

—¿A él qué le importa? —le pregunta Uma a Katie.

Noto que el teléfono me vibra una vez en el bolsillo. Un mensaje.

—Perdonadme un momento —digo.

Ojalá sea Ryan. Espero que sea Ryan.

Pero es mi madre.

¿Dónde estás?

Esto no pinta bien.

Podría mentir. Quiero mentir. Pero no me preguntaría si no

supiera la respuesta. Mentir solo empeoraría las cosas.

Estoy en la ciudad.

Solo tarda cinco segundos en responder. Se le da mejor usar el teléfono que a mí.

¿Qué haces en la ciudad? ¿Estás con Ryan?

Esta vez recurro a una nueva verdad para omitir la verdad original.

Mi amiga Katie me necesitaba. Te lo cuento mañana.

Después, miento.

Sí, estoy con Ryan.

Eso no tranquiliza a mi madre. Escribe:

Si no coges el próximo tren a casa, tu padre irá a buscarte.

Envío un mensaje a Ryan.

Nuestras madres nos han descubierto. En otras palabras, estamos jodidos. Tenemos que volver YA. ¿Dónde estás?

Esperaba que me contestara enseguida, pero no lo hace. Seguro que sigue bailando.

Vuelvo con Katie para decirle que tengo que irme. Pero antes de poder abrir la boca, una chica que parece una vikinga enfadada corre hacia nosotros y absorbe todo el aire del barrio para llenarse los pulmones y poder gritar «¿ESTÁS BIEN?!» en dirección a Katie.

Esta se dispone a responder, pero antes de poder decir nada la vikinga continúa:

—¿Te han secuestrado? ¿Un desconocido te ha engañado con caramelos para que lo siguieras? ¿O has visto un gato en un árbol y te han dado ganas de salvarlo? ¿Había una anciana intentando cruzar la calle y has ido a ayudarla? No, espera, ya lo sé. Te has enterado de que había un concierto clandestino de Sleater-Kinney en una estación abandonada, pero no podías decírselo a nadie, ni siquiera a tu mejor amiga. Tiene que ser eso. Porque si no has sufrido ningún accidente, ni

estabas en un concierto clandestino, ni salvándole la vida a alguien, ¿por qué te has ido sin decir palabra y no me has contestado cuando te he llamado veinte veces y mandado mil mensajes?

—Lehna —intenta explicarse Katie—, he...

Pero su amiga levanta una mano y la interrumpe.

—Ha venido, Katie. Tenía muchas ganas de conocerte. Hasta te había traído una flor. Te hemos buscado por todas partes, por todas las habitaciones, incluso en los armarios porque, ja, ja, ja, qué gracia, igual está en un armario. Me ha visto escribirte y llamarte. Le he dicho que seguramente no estabas lejos. Le he dicho que era imposible que te hubieras marchado porque tenías muchas ganas de conocerla. Al principio me ha creído, pero ha ido pasando el rato y no aparecías, así que hasta yo he empezado a no creerme mis palabras. Es como si le hubieras dado un portazo en las narices. Si querías cargarte cualquier posibilidad con ella, habría sido más fácil eso, darle un portazo en las narices.

—¿Me ha traído una flor? —comenta Katie con una vocecilla triste.

Espero que una de sus amigas le rodee los hombros con un brazo, que le diga que todo va a salir bien. Pero ninguna lo hace, así que me ocupo yo.

Respira hondo, como si estuviera llorando pero sin lágrimas. Como si de repente sintiese que la situación la supera.

—Seguro que no anda muy lejos —le digo, y miro a Lehna—. ¿Adónde ha ido?

—¿Quién coño eres tú?

—Soy Mark. ¿Por qué coño estás tan enfadada?

—Estoy enfadada porque después de meses de planearlo, después de inventarnos la historia perfecta y de gastar más energía en esta relación que en las mías propias, mi mejor amiga ha decidido largarse. Aunque me juró que no lo haría. Aunque fingió que por una vez en su vida se iba a atrever. Tengo una prima que es la tía perfecta

y aceptó soportar la música horrible de esta fiesta para conocer a una chica de la que le había hablado muy muy bien. Estoy enfadada porque nada de esto tendría que haber pasado. Me siento como una imbécil por haber creído que las cosas iban a salir de otra manera. Y me siento aún peor por haberle dado esperanzas a Violet para después tener que decirle: «Lo siento, pero parece que no va a funcionar». Te preguntaría si lo entiendes, chaval, pero no me importa una mierda.

—Ya —dice Katie—. Ya basta. Ha sido fallo mío, no de él.

—Así que al menos admites que todo esto ha sido un error.

—¿Qué más da, Lehna? En serio.

Katie no suena enfadada, solo cansada. Mi mano sigue en su espalda, se ha apoyado ligeramente en ella.

Me vibra el teléfono, que sostengo en la otra mano.

—Lo siento —digo, mirando la pantalla.

Es mi madre.

Dime que vas camino de la estación.

Katie me mira con curiosidad.

—Mi coartada se ha ido a la mierda, y mi madre quiere que vuelva a casa en el próximo tren —le explico.

—Yo te llevo —me propone.

—¿Lo vas a llevar en coche? —pregunta Lehna con gesto de fastidio.

«Me van a llevar en coche», le escribo a mi madre. Después miro los mensajes, sin rastro de Ryan.

Katie se separa de mi mano y se acerca a June y a Uma.

—Siento haberme marchado sin deciros nada —se disculpa—. No estaba lista. Tenía muchas ganas, pero no estaba preparada.

June está a punto de decir algo, pero Uma le aprieta la mano y señala a Lehna con la cabeza.

—Nunca lo estarás —dice Lehna en un tono un poco más amable—. ¿Es que no te das cuenta? Tienes que dejar de pensar en si estás lista o no. Si no, siempre saldrás corriendo.

Es como si Ryan estuviera dándome un sermón. Pero mi problema no es que siempre ande huyendo de las cosas, mi problema es que siempre me quedo en el mismo sitio.

—¿Adónde ha ido? —le pregunta Katie a Lehna—. Dímelo.

Lehna niega con la cabeza.

—Esta noche no. Ya no. Es demasiado tarde.

Mi teléfono vuelve a cobrar vida. Veo que no es Ryan, así que lo ignoro.

—He vuelto para verla —dice Katie—. No habría vuelto si no estuviera preparada para conocerla. Aún tengo miedo, pero no tanto.

Lehna le tiende la mano y por un segundo creo que ya está, que Katie la ha convencido. Sin embargo, dice:

—Olvídate del tema esta noche. Vamos a tomar algo. Shelbie ha preguntado por ti y creo que aún no está demasiado borracha, se enterará de que has vuelto. Además, hay Tanqueray.

Katie deja la mano de Lehna en el aire.

—¿No me vas a decir dónde está? ¿Lo sabes y no me lo quieres decir?

Lehna retira la mano y se la limpia en la falda.

—Ha pasado página. Estaba decepcionada, pero ya ha pasado página. Tú deberías hacer lo mismo. Ya veremos cómo están las cosas mañana.

Caigo en que no vi a Katie en la discoteca al principio, cuando llegamos, así que es probable que no llevase allí mucho tiempo. Entonces, la tal Violet no esperó demasiado antes de «pasar página», que a saber lo que significa eso...

Quizá Katie esté pensando lo mismo. O tal vez se sienta como yo, cansada de esa noche, cansada de tantas movidas.

—Me parece que me voy a ir a casa —dice—. Sé que habéis venido conmigo y no quiero dejaros colgadas, pero necesito irme a casa.

June y Uma miran a Lehna para ver qué va a pasar después.

Lehna no decepciona a su público.

—Venga, Katie...

—Kate.

—Vale, Katherine. No te pongas así. No nos castigues por lo que has hecho. La noche es joven y estoy segura de que mi madre se ha puesto hasta el culo de pastillas para dormir y no se enterará de nada. Podemos volver a las cuatro sin problema. No nos estropees la noche porque te has cargado la tuya.

Katie se saca las llaves del bolsillo y las sacude.

—¿Venís? —les pregunta a June y Uma.

June mira a Uma. Uma mira a Lehna, que niega con la cabeza.

—Ya buscaremos a alguien que nos lleve —dice Lehna—. O cogeremos un taxi. No me importa. Nos quedamos un rato más. Ha venido Candace y aún no he tonteado con ella. Y el hermano de Shelbie canta genial.

Katie lanza las llaves al aire y las coge al vuelo.

—Por mí bien —dice.

Pero le tiembla la voz, lo que significa que no está nada bien. Ha intentado plantarle cara a Lehna, pero ahora va cuesta abajo y sin frenos.

—Muchas gracias por llevarme a casa —le digo.

—No hay de qué —me contesta, mirándome a los ojos.

Es como si intentara buscar en ellos lo que necesita, aunque no estoy seguro de qué es.

—Vamos —añade.

Se vuelve hacia sus amigas.

—Hablamos mañana. O nos vemos el lunes. Yo qué sé.

Mi teléfono me recuerda que tengo mensajes. Los leo mientras Katie y yo nos alejamos.

De mi madre:

¿Quién te trae en coche?

De Ryan:

Creo que esta noche voy a ir a mi rollo yo solo. Bueno, solo no. Pásalo bien, amigo.

Me paro en seco. Me dan ganas de rendirme, de pasar de todo. Le enseño la pantalla a Katie.

—Menudo capullo —dice.

Y lo más patético es que me dan ganas de defenderlo. Quiero decirle a Katie que en esta ocasión no está siendo sarcástico, que de verdad quiere que me lo pase bien. Porque él se lo está pasando bien. En algún sitio. Con alguien. Y quiere que yo también me divierta. De verdad.

Hemos recorrido un par de manzanas, ya estamos lejos del ruido de la fiesta, así que me sorprende escuchar el correr de unos pasos detrás de nosotros. Katie y yo nos damos la vuelta para ver quién viene.

—¿June? —dice Katie.

June intenta recuperar el aliento y habla demasiado rápido.

—Creoquehaidoalmuelle.

—¿Qué? —pregunta Katie.

June respira, apoya una mano en el brazo de Katie.

—Los leones marinos —dice—. Nos dijo que nunca había visto leones marinos, creo que alguien la ha llevado a verlos.

Kate

4

Un tulipán, una azalea, un clavel, una rosa.

No puedo procesar lo que acaba de suceder, así que estoy pensando en flores. En qué flor elegiría Violet para una chica como yo.

—Claro que vamos —comenta Mark—. No queda tan lejos. Está pasado el puente, un poco más allá.

—Está treinta y nueve muelles más allá —le digo.

—Da igual —me responde—. Tienes que hacerlo. Alguien a quien crees que puedes querer y que también cree que puede quererte está allí. ¿Qué tipo de amigo sería si no te empujara a hacerlo?

Pero sigo sin estar preparada. Y más ahora, después de haberla cagado, de haberme escapado, de provocar que nuestro encuentro empiece con un «lo siento» en lugar de con un «hola».

Sin embargo, Lehna tenía razón cuando me ha dicho que debo hacerlo y ya. Hasta yo me doy cuenta de eso. Hay muchísima gente por ahí que no tiene suerte en el amor. Puede que yo sea una de esas personas, pero aún no está claro. ¿Y si Violet resulta ser justo quien yo deseo que sea? Aunque daría igual que fuera diferente, algo inesperado, ¿no sería incluso mejor?

¿Y si me cambia la vida?

Sería un crimen contra el amor no aprovechar la oportunidad, así que le doy las gracias mentalmente a June y me dirijo hacia el puente. Mark incluso me dedica un gritito de alegría, como si hubiera hecho una gran jugada en uno de sus partidos de béisbol.

Una margarita, una orquídea, una lila, una amapola.

Mientras repaso la lista en silencio, visualizo una serie de cuadros nueva. Una única flor sobre un fondo azul cobalto. Si las pinto bien, serán algo más que una bonita flor. Serán la posibilidad del amor.

El embarcadero está oscuro y tranquilo. Por una vez, es fácil encontrar aparcamiento.

Apago el motor y bajamos del coche. Oigo el sonido de los leones marinos, pero nada más. El silencio me desconcierta porque esperaba encontrar el muelle abarrotado de turistas cargados con recuerdos, con el estómago lleno de sopa de marisco y pan.

Pero es tarde y está todo cerrado. Mark ha debido de notar mi preocupación porque dice:

—No ha venido de compras, ha venido a ver a los leones marinos. Vamos hacia el agua.

Siento que se me escapa la esperanza a cada paso.

—¿Cómo es? —me pregunta Mark, como si hubiera que distinguirla entre la multitud.

Le sigo el rollo.

—Tiene el pelo corto y oscuro. Y en las fotos que he visto, suele taparle los ojos de manera perfecta.

Sonríe.

—Y tiene unos pómulos increíbles y una cicatriz pequeña junto al ojo, de un accidente de circo.

—¿Qué?

Me río. Tengo la sensación de que él ya lo sabe todo, pero se me ha olvidado que apenas me conoce.

Así que le cuento todo lo que sé de ella, siento como si le

estuviera hablando de mí porque, cuando llevas tanto tiempo pensando en algo con tanta intensidad, parece que se apodere de todo lo demás. Le cuento lo del circo y lo de Mathilde, las palabras que Violet utiliza en las cartas que escribe. Le hablo de la fotografía que me he pasado horas mirando fijamente: Violet delante de la carpa del circo, maquillada en tonos dorados y con unas pulseras en la muñeca, se toca el pelo revuelto con una mano y la clavícula le dibuja una curva tan increíble que duele. Sigo contándoselo todo cuando llegamos al final del muelle y los últimos restos de esperanza desaparecen.

Continúo hablando para no echarme a llorar.

Y entonces me quedo sin cosas que decir sobre ella.

Nos sentamos en un banco a observar a los leones marinos, que duermen amontonados, con la bahía a un lado y la ciudad, con sus enormes edificios vacíos, al otro. Todas las fotos de ella, todas las historias, todos los detalles me dan vueltas en la cabeza en bucle, pero no le cuento el monólogo por segunda vez. Miro hacia la bahía, aunque lo único que veo es esa foto de Violet. La carpa ondulada por el viento, de un color rojo vivo. Me mira a los ojos, se pregunta qué voy a hacer ahora.

Mark y yo estábamos predestinados a conocernos porque ninguna otra amistad de dos horas de vida podría haber soportado un silencio tan profundo. Le vibra el móvil.

—¿Tu madre otra vez? —le pregunto.

Pone mala cara.

—Podemos irnos.

—Voy a intentar coger el último tren, así tal vez la encuentres.

—No —le digo—. No debería seguir poniéndome en situaciones que me decepcionan.

Asiente, se inclina hacia delante y apoya la cara en las manos.

—Seguro que tu madre no está tan enfadada —le digo.

—No es eso.

—Ah, vale.

—No dejo de imaginármelo con esos tíos. No dejo de pensar en qué estará haciendo, con quién lo estará haciendo. Él da por hecho que yo ya estoy en casa. No me puedo creer que no me haya escrito para preguntarme qué castigo horrible me tiene reservado mi madre.

—Si te sirve de consuelo, el de los tatuajes no te llega ni a la suela de los zapatos. La mayoría de los tíos de la discoteca pensaban lo mismo que yo.

—Por desgracia, solo me importa una opinión en este momento. —Me mira—. Lo siento —dice.

—No te preocupes, lo entiendo —le digo—. Y ahora ¿qué? ¿Fingirás que te alegras por él cuando te llame mañana para contarte lo que ha pasado? ¿O crees que ignorará el tema y te hablará solo del tiempo, de su revista literaria y de chorradas por el estilo?

—No tengo ni idea. Esto es completamente nuevo para los dos. —Mira el agua, el puente que se eleva sobre nosotros—. ¿Y si quiere que nos contemos lo que hemos hecho? ¿Qué pasa si me da todos los detalles de la noche tan de puta madre que ha pasado con los universitarios, de la fiesta de modernos a la que fueron después, donde bebieron cerveza en tarros de cristal y pusieron vinilos y yo qué sé qué más? Me preguntará qué hice yo, y tendré que contarle que te estropeé la noche, que hice que me llevaras a casa y que después mi madre me echó la bronca antes de irme a dormir.

—Suená fatal —le digo.

Repaso una situación similar en mi cabeza. Lehna, June y Uma contándome lo bien que se lo han pasado, que la fiesta fue una locura y los bares tan top a los que fueron después.

Hace tiempo que Lehna y yo tenemos problemas; llevo una temporada cuestionándome nuestra amistad, tratando de entender por qué le molestan muchas de las cosas que hago. Pero lo de hoy ha ido más allá, y no estamos acostumbradas a eso. El número de peleas serias que hemos tenido antes de esta noche es cero. Siempre he pensado que acabaríamos como un par de ancianas cotillas que beben

té en el porche de su casa, presumiendo de nuestros nietos. Yo pensaría que los míos son más guapos que los suyos, y ella seguiría pronunciando mi nombre con sarcasmo.

Lo que acaba de pasar es grave, y he empeorado las cosas al marcharme. Contaban conmigo. Nunca he sido la difícil del grupo, la que dice que no a un restaurante o descarta una peli porque ya la ha visto. Siempre hay algún plato que puede gustarte en cualquier menú, algo nuevo que descubrir en una película. Quizá sea su amiga porque soy de trato fácil. Ahora que las he decepcionado, probablemente las llevará a casa alguien que se convertirá en la nueva mejor amiga de Lehna. Será una chica atrevida a la que no tendrá que enseñar nada, que nunca la decepcionará.

—Vale —digo—. Esto es patético e inaceptable. Vamos a volver a casa, pero también vamos a pasar una noche increíble.

—¿Cómo?

—Nos inventaremos la historia perfecta para contar mañana.

Se ríe.

—¿Qué historia?

—Sabemos cómo era la fiesta de Shelbie y tenemos una idea más o menos clara de lo que está haciendo Ryan. Solo hay que pensar en algo mejor.

Me mira con incredulidad, pero veo que no le parece mal.

—De acuerdo —responde—. A la mierda. A estas alturas haría lo que fuese para evitar más humillaciones.

—Tenemos que pensar en cómo sería su noche perfecta y después limar los detalles —digo—. Por ejemplo, a Lehna le encantan sus contactos en San Francisco. Le gusta el estatus que le dan, como por ejemplo que Shelbie viva en una casa victoriana cerca de Dolores Park, que vaya a una escuela privada y pase los veranos en Francia. Es como si el mero hecho de conocerla la convirtiera en una persona más sofisticada. Hay que inventarse algo con mucha clase, como una fiesta en una mansión en Pacific Heights.

—Vaya tela. —Mark se ríe—. Vamos a darlo todo, ¿eh? Déjame pensar.

Nos levantamos y avanzamos junto a los restaurantes turísticos y las tiendas de recuerdos, todos cerrados y con las persianas de metal bajadas.

—A Ryan le encanta el arte —dice Mark. Aunque debería estar enfadado, suena totalmente sincero, como si me estuviera hablando del chico al que quiere en lugar de estar planeando una mentira para ponerlo celoso—. Si en la fiesta hubiera artistas, escritores y eso, seguro que se daría de cabezazos contra la pared por habérsela perdido.

—Perfecto. Hemos ido a una fiesta del Orgullo en la mansión de una pareja de artistas superricos. El vestíbulo estaba lleno de esculturas tan extrañas que casi resultaba imposible mirarlas. Pero el propio escultor estaba invitado a la fiesta y nos las ha explicado, así que ahora estamos muy *in*.

En todo el rato que llevamos aquí, no hemos visto ni un alma. Me pregunto si Violet ha venido. Quizá se entretuvo por el camino y encontró un plan mejor o fue a ver a los leones marinos a otro muelle, aunque este es el más famoso.

—¡Mierda! —exclama Mark de repente.

—¿Qué?

Se detiene, clava los ojos en algo que hay sobre un banco donde termina el muelle y empieza la acera.

Parece una flor.

Nos acercamos despacio, juntos.

Una rosa.

Claro.

Roja. Como la carpa del circo de la foto, como el pintalabios que tenía que retocarme para ella. Con cuidado, cojo la flor con dos dedos. Le había quitado todas las espinas. Podía sujetarla con fuerza si quería.

—¿Qué significa esto? —susurro—. ¿Por qué la ha dejado aquí?
¿La ha tirado?

—Tal vez sí —susurra Mark—. O tal vez no. Quizá haya sido un acto de esperanza, como cuando pides un deseo y lo lanzas al mundo.

—Esperas que vuelva a ti —digo.

—Exacto.

—Si no la quisiera, la habría tirado a la papelera o al suelo, no la habría dejado en un banco para que nadie la pisase.

Lo digo con una seguridad que me gustaría poder sentir, pero al pronunciar las palabras, tiene lógica. Así que aprieto el tallo sin espinas con fuerza. Subimos al Jeep y me la pongo sobre las piernas porque soy una conductora prudente que siempre sujeta el volante con las dos manos, pero quiero tener la flor cerca. Me da la sensación de que si me separo de ella me traerá mala suerte.

Estamos en el carril de acceso a la autopista, oficialmente saliendo de la ciudad. A diferencia de cuando vinimos, no me maravilla estar en el puente. No tiene nada de bonito. Estamos en la parte inferior, y no hay nadie alrededor porque solo es medianoche y ninguna fiesta decente está a punto de terminar. No dejo de pensar que no nos la hemos cruzado por poco.

—¿Cómo llegamos a la fiesta? —pregunta Mark, volviendo al plan—. ¿Algún contacto tuyo? ¿Has tenido alguna vez un profesor de arte guay?

Niego con la cabeza. Es verdad, ¿cómo podríamos acabar Mark y yo en una fiesta así? Esto no es buena idea. Nadie nos va a creer, y cuanto más lo planeamos, cuantos más kilómetros recorremos, más nos alejamos de la ciudad, de Ryan, de Violet, de todas mis amigas, que puede que ya no lo sean, de la corriente eléctrica que empapa la noche y de la posibilidad de que mi vida cambie.

—Ya está —dice Mark—. Ya sé cómo hemos acabado en la fiesta.

Se saca una tarjeta de la cartera y me cuenta lo del fotógrafo

famoso que le preguntó si era modelo y que le hizo una foto y le dio su tarjeta.

—¿Cómo es posible que no me hayas contado eso hasta ahora?

—Todo fue un poco confuso —explica—. Y tenía la cabeza en otra parte. Pero debería mandarle un mensaje a ese tío para ver si ha ido a alguna fiesta, porque sería una cagada utilizarlo como excusa y que luego resulte que Ryan lo ha visto por ahí.

—Sí —afirmo—. Buena idea.

Mark envía el mensaje más largo del mundo: se vuelve a presentar y le da algunos detalles de sí mismo para refrescarle la memoria al tipo, por si le ha sacado fotos a un montón de chicos que podrían ser modelos, le dice que la fiesta está decayendo y le pregunta si conoce alguna otra que esté guay.

—Si contesta, le escribo que vamos a intentar pasar, y después puedo decirle que no nos vino bien.

—Buen plan —contesto.

A continuación cambio de carril y tomo lentamente la salida hacia Treasure Island.

—¿Adónde vamos? —me pregunta Mark.

La verdad es que no lo sé. Pero a casa no. Todavía no.

Cuando paro en el arcén, vuelvo a maravillarme. La ciudad brilla, muy cerca de nosotros. Casi puedo oír la voz de los cientos de miles de personas que están de fiesta.

—Pásame el teléfono —le digo.

No me pregunta por qué, se limita a obedecerme.

Miro las llamadas recientes y selecciono «Casa».

—¿Cómo se llama tu madre?

—Becca —responde—. Pero no creo que...

—¡Becca! —le digo a la voz que descuelga—. Soy Kate Cleary. Voy a clase con Mark y esta noche también soy su carabina. Solo quería informarte de nuestros planes.

—¿Eres tú la que lo iba a traer a casa en coche? —me pregunta

Becca.

Su voz me resulta muy familiar, aunque es la primera vez que hablo con ella. Suena firme pero amable, como la de las madres que salen por televisión. Todavía no la conozco, pero la tengo caladísima. Así que continuó:

—Sí —respondo—. De hecho, ahora mismo estamos en el coche. Puedo llevarlo a casa si es lo que quieres. Pero la noche es joven, Becca, y nosotros también.

—¿Estás usando el manos libres?

—Un momento. Ahora sí.

—Hola, mamá.

—¿Mark?

—Sí, mamá.

—Te acuerdas de que el curso de preparación para la prueba de acceso a la universidad empieza mañana, ¿verdad?

—Sí, me acuerdo.

—Quiero que lo aproveches al máximo.

—Lo haré.

—Kate, ¿qué tal te ha ido la prueba de acceso a ti?

—Bien.

—¿A qué universidad vas a ir?

—UCLA.

—Ah —dice—. Qué bien. ¿En qué clase estás con Mark?

—En cálculo. Me han admitido en su programa de arte. Estudiaron mi portfolio, así que la nota de selectividad cuenta menos. Pero no me fue mal, saqué una nota decente.

—Podrías echarle una mano a Mark este verano.

—Mamá.

—¿Con el vocabulario tal vez?

—Me encantaría —respondo.

—Mamá —dice Mark.

Becca suspira.

—¿Qué te parece? —pregunto—. No tenemos ningún plan, solo nos estamos dejando llevar por la energía de la noche. Este año está más animado que nunca. ¿Sería posible quedarnos un rato más? Solo unas horas.

—Normalmente diría que no. Ya es tarde, y Mark ha salido a escondidas.

—¿A escondidas?

Niego con la cabeza, fingiendo estar decepcionada.

—Lo siento —le dice Mark al teléfono—. No sé, fue un momento de desesperación.

—Una cosa —añade Becca—. ¿Dónde está Ryan?

—Ryan... —Mark está pensando qué responder.

Yo no quiero causarle más problemas por intentar cubrirle las espaldas a su-novio- secreto-algunas veces/mejor-amigo-que-le-rompe-el-corazón otras.

—Está dormido en el asiento trasero —suelta por fin.

—Vale, puedes quedarte un rato más. Pero solo si vais todos juntos.

—Yo conduzco, así que no se puede separar de mí —le recuerdo.

—Dos horas más como mucho, y se acabó.

A Mark se le descuelga la mandíbula.

—Genial. Muchas gracias, Becca.

—De nada, Kate. Ven un día de estos por casa para que podamos conocernos en persona. Mark, pásatelo bien y ten cuidado. Te quiero.

Colgamos y Mark dice:

—¿Dos horas más? ¿Eres mi hada madrina? ¿El Jeep se va a convertir en una calabaza? No sabía que mi madre fuera capaz de dejarme salir hasta tan tarde. No creía ni que supiera que esa hora existe. Bueno, en teoría sabe que existe, pero estoy seguro de que nunca ha estado despierta para comprobarlo.

—No subestimes a tu madre.

Contemplamos la ciudad. Las luces, la oscuridad. Toco uno de los pétalos de la rosa. Violet está ahí fuera, en algún lugar.

—Parecías mi niñera —replica Mark.

—Sí. No quería decir nada, pero también me ha dado esa impresión.

—Es un poco raro. Gracias, mamá. Muchas gracias.

—Medidas desesperadas, supongo.

—¿Y ahora qué? —me pregunta.

Justo en ese momento se ilumina su teléfono.

—¿El fotógrafo?

Asiente.

—Está en la fiesta de un amigo en Russian Hill. —Se vuelve hacia mí y traga saliva, me sonrío—. Me ha dado la dirección.

LUNES

MARK

5

No hay reacciones hasta el día siguiente. Supongo que la gente estaba cansada.

Pero cuando las hay, es un bombazo.

El lunes por la mañana todo el mundo lo ha visto. O al menos toda la gente a la que le importan ese tipo de cosas. Ryan incluido.

En el blog (el de cotilleos que leemos todos) me han llamado «Chico It». El alma de la fiesta.

Esto da lugar a diferentes interpretaciones:

«No me había dado cuenta de lo bueno que estaba.»

«Me han dicho que se droga.»

«Seguro que está saliendo con el fotógrafo.»

«Seguro que se está tirando al fotógrafo. Los dos son gais.»

«No me habría imaginado que a un chico tan callado le gustara tanto la fiesta.»

«Qué pena que sea gay, saldría con él ahora mismo.»

Hasta yo reconozco que la foto es increíble. Lo digo de forma objetiva porque parezco otra persona.

Todo el mundo quiere saber los detalles de lo que pasó o no pasó con el Chico It y la Artista en Alza.

No sé si Ryan ha encontrado el enlace él mismo o si se lo ha pasado alguien a primera hora de la mañana porque saben que somos amigos. Lo que sí sé es exactamente cuándo lo ve, porque unos segundos más tarde recibo un mensaje suyo:

¿¿¿!!!Qué!!!??? Creo que tienes un montón de cosas que contarme.

Como si él me hubiera dado algún detalle de su fin de semana. No supe nada de él durante todo el domingo. Le respondo:

Nos vemos en clase.

Pero cuando llego al instituto no busco a Ryan, busco a Katie. Me resulta extraño pensar que ha estado aquí todo el tiempo, caminando por los mismos pasillos, sin conocernos de verdad. Me pregunto si es miembro de la Alianza Heterogay, o si hay grupos invisibles de lesbianas que se reúnen en aulas vacías, fuera del radar de los chicos gays que están demasiado distraídos con sus propias movidas para darse cuenta. Yo mismo nunca he ido a una reunión de la alianza, en parte porque no podía ir con Ryan y en parte porque normalmente coinciden con mis entrenamientos.

Supongo que Katie y yo hemos formado nuestra propia alianza del arcoíris. Siento que es alguien a quien siempre he querido tener pero que no sabía que quería hasta que la tuve: una cómplice.

Con toda la locura del sábado por la noche no se me ocurrió pedirle su número. Ni siquiera sé dónde está su taquilla. Pero cuando Sara Smith se me acerca y me dice:

—Vaya dos. Vaya dos.

Sé que no se refiere a mí y a Ryan. Le pregunto si ha visto a Katie y señala de forma imprecisa por encima del hombro. Es suficiente para guiarme.

Katie parece igual de sorprendida que yo, todo esto es surrealista.

—Menuda locura —le digo—. El plan era dar celos a Ryan y a Violet, pero ahora parece que todo el mundo está al corriente.

—¿Sabes algo de él?

—Más o menos. ¿Sabes algo de ella?

—No, solo de Lehna. Está supercabreada, me ha llamado «desagradecida».

—¿Te ha preguntado por lo que pasó de verdad?

Katie niega con la cabeza. Juramos que solo les contaríamos la verdad si se molestaban en preguntar.

Apostamos a que ninguno lo preguntaría y vivimos con la esperanza de que lo hagan.

—¿Puedo confesarte una cosa? —le pregunto, aunque nunca le diría algo así si no supiera la respuesta.

—Por favor —responde Katie.

—Ojalá pudieras quedarte conmigo todo el día, para pasar por esto juntos, acabe como acabe.

Katie me mira, algo le ha hecho gracia.

—¿Qué? —inquiero.

—Eres un blandengue, nunca me lo habría imaginado.

—¿Por qué?

—¿Porque estás en el equipo de béisbol? ¿Porque no nos habíamos dirigido la palabra hasta este fin de semana? Porque, en general, cada vez que te veo por los pasillos pareces un machote.

—¿Me has visto por los pasillos?

—Ese es el tipo de comentario que me esperaba, distraído pero calculado, dicho con sinceridad, una obra maestra.

No me lo está diciendo para criticarme. Creo.

Se da cuenta de la cara que pongo y se ríe. Me da un golpecito en el brazo.

—No te preocupes. A mí también me gustaría que pudiéramos pasar el día juntos. Pero también me gustaría graduarme, y la asistencia a clase es obligatoria. Nos vemos en cálculo. ¿Crees que podrás ocuparte tú solo de los *paparazzi* hasta entonces?

—Tendré que acostumbrarme a que me hagan fotos.

Me da otro golpecito en el brazo y se va a su primera clase. Me

siento algo más solo sin ella, es una sensación extraña.

Noto que algunos me miran en clase de español, pero en general parece que las cosas vuelven a la normalidad. Sin embargo, la siguiente clase es la hora de estudio, y sé que me voy a encontrar a Ryan. Esa parte del día para mí siempre ha sido como nuestro momento, solo tenemos que decirle al señor Peterson que vamos a la biblioteca para que nos deje marcharnos. Cuantos menos alumnos tenga que vigilar, mejor para él. A veces Ryan y yo le pedimos permiso al mismo tiempo, pero normalmente disimulamos y vamos por separado. Ryan no quiere que parezca que nos escaqueamos a la vez. Mientras acabemos juntos, a mí no me importa.

A veces hasta íbamos a la biblioteca de verdad. Nos sentábamos el uno frente al otro y la tensión hacía que todo, hasta un lápiz que se deslizara desde mi lado de la mesa hasta el suyo, pareciera importante y nuestro. Otras salíamos del edificio y paseábamos por el parque o las pistas. Si estaba todo tranquilo, si no había ni un alma aparte de nosotros, en ocasiones conseguía que nos enrolláramos un rato. Cuando terminábamos, sonreía y se ponía a hablar de nuevo como si no hubiera pasado nada, como si hubiera más gente a nuestro alrededor, aunque no fuese así. Todo el mundo sabe que somos amigos, así que actuamos como tal. Pero, si soy sincero conmigo mismo, he de reconocer que siempre he sentido algo más. Siempre he querido algo más. Siempre he necesitado algo más.

Cuando llego al aula, Ryan ya tiene un pase en la mano. Me guiña un ojo y sale al pasillo. Me acerco al señor Peterson y le pido otro. Esta vez me pregunta para qué quiero ir a la biblioteca. «De todos los días del año, ¿tienes que sospechar hoy?», pienso, pero le respondo rápidamente, me invento un trabajo sobre Sylvia Plath para el que debo recabar información. Gruñe al oír el nombre de Sylvia Plath como si fuera su exnovia, pero me deja irme.

Ryan me está esperando en la puerta del aula, pero fuera del campo de visión del señor Peterson. Parece que tiene ganas de verme.

A pesar de todo lo que pasó el sábado por la noche, esas ganas dan vida a mis esperanzas.

—Bueno, bueno —dice, sonriendo y negando con la cabeza—. Parece que los dos acabamos teniendo una noche digna de recordar.

Si fuera solo mi amigo, le sonreiría. Mostraría curiosidad. Querría conocer todos los detalles.

Pero no tengo ningún interés en saber a qué se refiere y no se me ocurre cómo decírselo.

Echa a andar en dirección a la cafetería, no a la biblioteca.

—Es justo lo que me dijo Taylor. Cuando te vio bailando encima de la barra, supo que no tendrías problema para encontrar un buen plan. Me preocupé un poco cuando me di cuenta de que ya no estabas en la discoteca, pero Taylor me dijo que no te pasaría nada. Y entonces me besó, así que dejé de preocuparme.

—¿Taylor es el de los tatuajes? —me oigo preguntar.

Ryan asiente.

—Sí. Algunos estaban a la vista, y otros no los vi hasta... más tarde.

No quiero saber a qué se refiere. Tengo que saberlo, pero no quiero.

—Pero, joder, conocer a Taylor no es nada comparado con ir a una fiesta en la mansión más famosa del momento. ¿Sabes cuántos de mis autores favoritos van allí? Por favor, dime que Zadie Smith te tiró la copa por encima.

Intento dedicarle mi mejor sonrisa de Mona Lisa. En mi opinión, esa pregunta no cuenta, no se está interesando por mí, me está preguntando algo que lo concierne a él.

Estamos en la cafetería, pero en vez de salir a la calle como hacemos siempre, se dirige a una mesa. No hay nadie, excepto el personal preparando la comida.

—Taylor es increíble —me dice al sentarse, pero no sin antes comprobar que las camareras no nos pueden oír—. Le he prometido

que iré a las celebraciones del Orgullo. Así que tenemos que volver, pase lo que pase.

—Estoy seguro de que lo podemos organizar.

—Te debo una por cubrirme. No sé qué le dijiste a tu madre, pero funcionó, no le contó nada a la mía. No llegué a casa hasta las tres de la mañana, estaba seguro de que mi madre me estaría esperando en la puerta con un imán enorme y de que me obligaría a mirar mientras se cargaba mi ordenador y mi móvil. O que me obligaría a leer solo a James Patterson hasta que terminara la universidad. O alguna otra crueldad por el estilo. Pero ¡no estaba ni en casa! Me dejó una nota: «Espero que Mark y tú os lo hayáis pasado bien». Vaya que sí.

Se alegra por mí. Me recuerdo que se alegra por mí.

La primera vez que pasó algo entre nosotros, no me lo esperaba. Estábamos en su sótano, jugando a un juego mitad de carreras mitad Mortal Kombat. Lo estaba machacando y no le hacía ninguna gracia. El baño de sangre traspasó la pantalla y se extendió a la vida real. Si provocaba que su coche cayera a la cuneta, me daba un codazo en las costillas. Si chocaba mi coche contra el suyo, él chocaba su cuerpo contra el mío. Al final, tras la quinta o sexta vez, tiré el mando y me eché sobre él. Risas, empujones, agarrones, amenazas exageradas. No sé cómo, pero acabamos revolcándonos por el suelo, él encima de mí, seguíamos riéndonos, pero también había algo serio en la manera en que me miraba, y en lo que esa mirada me hacía sentir. Me tenía bien sujeto, pero se relajó ligeramente. Y entonces pasó algo que llevaba mucho tiempo esperando, pero que nunca imaginé que sería capaz de hacer. Lo besé primero, sé que lo besé primero, pero no lo pareció, porque solo estaba confirmando lo que había visto, lo que supe de repente. Nos besamos y después nos sentimos incómodos, incómodos cuando nos volvimos a sentar, incómodos cuando llegó la hora de ponerle un nombre a lo que acabábamos de hacer. Creía que era el fin

del mundo, pero no lo fue. Creía que era el principio del mundo, pero no lo fue. Fue una introducción al mundo a medias en el que vivimos desde hace dos años.

Y ahora... está encantado, está rebosante de alegría porque no nos pillaran, y no quiero que esté feliz por mí.

Quiero que sea feliz conmigo.

Pero no sé cómo conseguirlo. Nunca he sabido cómo hacerlo.

—Te lo juro —continúa—. No tenía ni idea de lo bien que me lo iba a pasar esa noche. Al dejar todo esto atrás y probar algo nuevo para ver qué tal. O probar a alguien, —Se ríe—. Ya sabes cómo soy. Tú mejor que nadie sabes cómo soy. Así que tú mejor que nadie podrás apreciar lo que significa que te diga que me has convencido.

—¿De qué?

—De vivir más aventuras. De ir a la ciudad. Del Orgullo. —Se ríe.

Sé que debería preguntarle más cosas sobre su noche, pero lo único que consigo decir es:

—¿Le contaste a Taylor que ibas a la universidad?

—No, le dije la verdad. ¿Qué te parece? Y lo que es aún más raro es que se saltó el primer año de preescolar, así que solo es un año mayor que yo. No estaba buscando a un chaval de instituto, pero creo que se me acercó porque me vio contigo y pensó que solo un universitario podía hacer lo que tú hiciste. Lo diste todo.

Está de buen humor, incluso parece agradecido, pero yo siento que me está hablando con más sarcasmo que nunca.

—Por cierto —le digo—, casi se me olvida. Hoy sí que tengo que ir a la biblioteca, por el trabajo de Sylvia Plath.

—Estoy seguro de que hay una plétora de material —dice.

Me levanto, pero él no.

—¿Vienes? —le pregunto.

Sigo queriendo estar con él, pero no me apetece continuar hablando de su fin de semana.

—No —contesta y saca el teléfono—. Voy a escribirle a Taylor. Me ha estado mandando mensajes durante la primera clase, pero la señora Gold es muy estricta con el tema de los móviles.

Debería dejarlo en paz, no debería importarme. Pero me importa. Siento cierto orgullo que no me deja fingir lo contrario.

—¿Estáis saliendo o qué? —le pregunto.

Arquea una ceja.

—¿Porque nos mandamos mensajes? ¿Estás saliendo con Katie Cleary porque habéis ido juntos a una fiesta? No es nada, no sé lo que es. Solo quiero seguirle el rollo y ver adónde llega la cosa. Hasta entonces, solo estamos tonteando.

—¿Y nosotros qué? ¿Lo dejamos?

Me mira, desconcertado.

—¿Dejar el qué?

—Nada, no importa —respondo.

Me alejo para no seguir hablando. Quería que fuera él quien sintiera celos, pero ahora el que está celoso soy yo. Celoso y confundido.

Me dirijo a la biblioteca porque no sé adónde ir. Ojalá supiera dónde está Katie. Ojalá hubiera manera de mandarle un mensaje a Ryan que le hiciera sentir lo mismo que uno de Taylor.

David Hughes, un compañero del equipo, me ve entrar en la biblioteca y me hace un gesto para que me acerque. Me imagino que quiere preguntarme algo sobre la fiesta en la mansión, pero resulta que solo está siendo simpático. Me pregunta qué tal el fin de semana. Le digo que bien. Aparta algunas de sus cosas para dejarme sitio. Apoyo la cabeza e intento dormir.

—Es lo que tienen los lunes por la mañana —dice Dave.

Asiento.

—Verás como mejora —me tranquiliza.

Es lo que se suele decir.

Ya me estoy imaginando el resto del día. Normalmente, el

segundo momento importante sería la hora de la comida, porque es cuando veo a Ryan por segunda vez. Pero ahora no estoy tan seguro. Creo que no voy a comer. Ojalá Katie tuviera el mismo turno de comida que yo, pero no me queda otra que esperar a la sexta hora para verla.

Espero que tenga mejores noticias.

Kate

6

Cuando éramos pequeñas, Lehna y yo pintamos un mural en mi garaje. Es una escena de un cuento de hadas, un poco demasiado Disney para mi gusto actual. Hay torres y dragones y un montón de chicas con el pelo largo. Hay un príncipe, pero juraría que es una chica disfrazada. Nunca he visto a un chico tan delicado. En el cielo, por encima del castillo, está escrito mi nombre. Al otro lado, sobre uno de los dragones, el de Lehna. Así de sencillo. Nada de «y» ni «amigas para siempre». Solo:

KATIE LEHNA

Ahora mismo, delante de mi taquilla, consciente de que Lehna va a aparecer frente a la suya en cualquier momento, sé que cuando lo haga tendremos que mirarnos por primera vez desde que las dejé plantadas o, peor aún, no nos miraremos. Pienso en todos los detalles que dibujamos. Los anillos en los dedos de las princesas. Las escamas en los cuerpos de los dragones. Muchos rayos de sol, muchas briznas de césped, muchos pares de zapatos pequeños que flotan sobre el suelo porque no queríamos que los colores se mezclaran o se emborronaran.

Ayer me pasé casi todo el día en el garaje, mirando el mural. Me tocó mover un montón de cajas y recipientes de plástico para poder verlo bien. Mis padres no tenían ni idea de lo que estaba haciendo. No paraban de pasar por delante de la puerta del garaje fingiendo no mirar, quizá con la esperanza de que me hubiera dado una venada de organización, pero lo único que hice fue sentarme en una caja llena de decoraciones de Navidad mientras miraba fijamente a la pared.

Paré para comer. Me tomé un bocadillo en la entrada, al sol.

Sobre las tres, mi madre vino con su portátil.

—Ha llamado la tía Gina. ¡Has salido en *El Cotilleo del Día*! No es una foto tuya, no te emociones, pero sales de fondo.

Intentó enseñármela, pero había demasiadas cajas entre nosotras, así que al final tuvo que levantar el ordenador y señalar. La pantalla estaba en un mal ángulo, y no veía nada.

Sonreí.

—Qué bien —le dije.

Después, me volví de nuevo hacia el mural, sin saber muy bien qué esperaba ver.

Y aquí está Lehna, introduciendo su combinación para abrir la taquilla, a mi lado.

—¿Querías verme? —me pregunta.

Las dos sabemos que a ella le toca historia, así que tenía que recoger el libro de la taquilla, pero también sabemos que a mí me toca voleibol, por lo que no necesitaba venir a la mía.

Asiento, pero no me está mirando.

—¿Qué me quieres decir?

Mi mente está en blanco.

—¿Me has visto en *El Cotilleo del Día*? —pregunto, aunque no quería decir eso.

Cierra la taquilla de un portazo y me mira con los ojos entornados.

—A ver, es una tontería. No es una foto mía, ni siquiera la he

visto... Solo pensaba...

Mira más allá de mí, al final del pasillo.

—Tengo que irme. La clase empieza en nada y he de mandarle un mensaje a Candace.

—¡Candace! —exclamo—. ¿Cómo os fue? No me puedo creer que se me haya olvidado.

—Yo sí —responde.

—Lehna —le digo—. En serio. ¿Qué te parece si lo dejamos estar? Quiero que me cuentes todos los detalles de lo de Candace.

—Tengo que irme, en serio. Te lo cuento en la comida. A menos que vayas a sentarte con tu nuevo mejor amigo.

—Mark no tiene el mismo turno de comida que nosotras —aclaro.

Supongo que no es la respuesta correcta, porque Lehna niega con la cabeza y se marcha por el pasillo con tal decisión que ni se me ocurre seguirla.

Camino del gimnasio, veo a Ryan salir de la sala de profesores con una pila de revistas literarias.

—El último número del año —comento al ver la portada.

Reconozco el diseño de Elsa, una chica tímida de la clase de arte que hace collages elaborados.

—Anda —dice Ryan—. Ya no soy invisible.

Me río y sigo andando, pero me para.

—Una cosa...

Sé lo que me va a preguntar y entonces me doy cuenta de que Mark y yo no pensamos en todas las posibilidades.

Habíamos decidido no dar detalles del sábado por la noche a menos que Ryan y Lehna nos preguntaran directamente. Pero tomamos esa decisión pensando que Ryan le preguntaría a Mark y que Lehna me preguntaría a mí... ¿Y si pasaba lo contrario? No se me da bien

tomar decisiones. Se me da mucho mejor obsesionarme durante un montón de tiempo con alguna pregunta hasta que la respuesta ya no importa.

—¿Te ha comentado Mark algo de un trabajo sobre Sylvia Plath?

—¡Ah! —exclamo confusa—. ¿Un trabajo? Es un poco tarde, ¿no?

—Exacto —responde—. Cuando me lo ha dicho he estado a punto de soltarle un chiste sobre Sylvia Plath, pero después he pensado que es la semana de exámenes, ya nadie pone trabajos.

Me encojo de hombros.

—Seguro que lo has entendido mal.

—Será eso —conviene, pero me doy cuenta de que no parece muy convencido.

—Bueno, tengo que ir a jugar al voleibol —le digo.

—Vale, pero otra cosa.

Mierda.

—¿Qué pasó exactamente el sábado por la noche? A ver, tampoco es que me importe mucho, pero...

Parece avergonzado, y entiendo por qué. Mark es su mejor amigo, no debería preguntármelo a mí. Intenta mostrarse tranquilo sin sonar desesperado, pero se nota que a los dos nos da corte la situación.

Tengo ganas de salir corriendo, pero me contengo.

Decido que no voy a mentirle.

Pero también decido no contarle toda la verdad.

—Magia —digo—. Un gato llamado *Renoir*. Una botella de whisky. Una máquina de escribir. Helechos. Zapatos de tacón.

Arquea una ceja.

Sonrío.

—Voleibol —repito.

Me alejo sin mirar atrás.

Tardo en cambiarme en el vestuario después del entreno. Algunas chicas se quedan rezagadas, quieren preguntarme cosas, pero parece que mi cara de preocupación sirve para quitarles las ganas. Me saludan tímidamente al marcharse, y me quedo sola. Dos minutos de silencio.

Ojalá supiera por qué me siento tan mal.

Ojalá mi cerebro parara de contar los días que quedan para que se acabe el instituto.

Y si eso no es posible, ojalá cada día que pasara me ayudase a relajar la opresión que siento en el pecho en lugar de intensificarla.

Por fin salgo del vestuario y me dirijo a la zona donde se suelen reunir los del último curso, donde Lehna, Uma y June estarán disfrutando del sol mientras comen. Poco después las veo, en la distancia. Avanzo más despacio y las observo.

«¿Qué voy a decirles?»

June y Uma se están comiendo el bocadillo mientras Lehna habla sin parar de gesticular. Me pregunto si Lehna y yo nos haríamos amigas si nos conociéramos hoy. Si no nos hubiéramos quedado a dormir la una en casa de la otra mil veces, si nunca hubiéramos pintado murales en mi garaje, si no hubiéramos estado juntas, cogidas de la mano con el corazón a mil por hora, en el concierto de Tegan and Sara.

Si Lehna y yo nos encontráramos, como dos desconocidas, en la cola de una tienda de arte o de una cafetería, ¿nos pareceríamos lo bastante interesantes para iniciar una conversación? ¿Nos reiríamos con las ocurrencias mutuas?

Sinceramente, no lo sé.

June y Uma sí. Han cambiado de posición, están sentadas con las espaldas juntas, los rizos cortos y negros de June contra el pelo ondulado y rubio de Uma, la una apoyada en la otra. Si me las encontrara comprando unos burritos después de clase, por ejemplo, me parecerían irresistibles. Pero ni siquiera esa seguridad me resulta

suficiente ahora mismo. Una chispa inicial no basta para mantener una amistad. June y Uma son la típica pareja en que uno de los miembros no puede tener una conversación individual por teléfono. Siempre ponen el manos libres y sus voces se parecen tanto que casi nunca sé quién dice qué. Eso me molestaba hasta que me di cuenta de que daba igual. Son prácticamente siamesas.

Uma me ve. Me saluda. Y entonces llega el sentimiento de culpa. Son mis amigas. Bajo los escalones de madera y me siento junto a Lehna, sin mirarla.

June y Uma se vuelven para mirarme, mejilla con mejilla, con las espaldas aún pegadas.

—Hola, Artista en Alza —me dice June, sonriendo tras sus glamurosas gafas de sol.

—Hola —le respondo, y pongo cara de que no me lo tengo creído, o eso espero.

Lehna saca un melocotón de su bolsa y le da un mordisco. Me lo pasa. Es un detalle que me llena de gratitud y hace que me entren ganas de llorar.

Me siento confundida.

Le doy un mordisco al melocotón y se lo paso.

—Quiero todos los detalles de lo de Candace —pido.

—Está coladita por Lehna —comenta Uma.

—No lo tengo tan claro —dice Lehna—. Pero hablamos. Hablamos durante mucho rato.

—Tres horas —puntualiza June—. Menudo pedazo de conversación.

—¿De qué hablasteis?

Lehna se encoge de hombros.

—De todo —afirma—. De la universidad, del futuro. De todo.

Asiento, pero mientras me sigue contando cosas solo pienso en las conversaciones que no hemos tenido nosotras dos. Sobre la universidad, sobre el futuro. La conversación en la que le confieso lo

asustada que estoy y que este nuevo miedo me aterrera de verdad. La conversación en la que le confieso que no sé cómo me han aceptado en el programa de arte de UCLA porque estoy segura de que mis trabajos no son lo bastante buenos, y que estoy segura de que cuando llegue allí van a descubrir que soy un fraude. Se reirán de mí, me sentiré humillada. La conversación en la que le cuento que no me interesa nada que tenga que ver con la universidad: ni la residencia, ni el comedor, ni la posibilidad de tener una buena compañera de habitación, ni las fiestas locas, ni las clases que en teoría deberían parecerme increíbles, ni los recuerdos que me acompañarán para siempre. Nada. Siento que soy un fraude cuando me preguntan a qué universidad voy a ir. Cada vez que respondo, la gente se queda impresionada, y yo siempre finjo estar emocionada mientras intento evitar que pase el tiempo, que lleguen las vacaciones de verano, que terminen las clases. Quiero que todo se detenga.

—Va a ir a Lewis and Clark —explica Lehna—. Es genial, porque Portland no está tan lejos de Eugene, así que podríamos vernos los fines de semana. No ha decidido todavía si especializarse en historia o en matemáticas. Sabe que quiere ser profesora. Es increíble que se le dé tan bien la historia como las matemáticas. Es superinteligente.

—Qué guay —digo, y finjo entusiasmo, pero me pregunto si lo ha notado.

Debería darse cuenta, porque la amistad es algo más que hechos. Amistad es saber lo que la otra persona piensa, o al menos saber lo suficiente para darte cuenta de que no lo sabes. Pero supongo que también es no dejar pasar demasiado tiempo sin preguntar cosas para que no llegue un momento en que la mires una tarde, con tanto sol que casi no puedes abrir los ojos, y comprendas que apenas reconoces a la persona en que se ha convertido. Quizá en temas de amistad las dos estamos equivocadas.

—Joder —dice Uma.

—¿Qué pasa? —preguntamos Lehna y yo a la vez.

June no tiene que preguntar, porque Uma le está enseñando algo en el teléfono. Las dos están con la boca abierta.

—Katie —dice Uma.

—Kate —la corrige June.

—¿Has entrado hoy en Instagram?

Niego con la cabeza. He evitado mirar el móvil.

—Tienes un millón de seguidores nuevos.

Uma me pasa el teléfono; es cierto. Antes tenía un número de seguidores normal, sobre todo gente que conozco y algunos amigos que he hecho online, pero ahora la cifra no tiene ningún sentido. Demasiados dígitos. Abro mi última foto (un cuadro de un elefante) y veo más de tres mil «Me gusta».

—¿Qué leches es esto? —digo—. Mira.

Sujeto el móvil delante de Lehna. Tarda demasiado en cogerlo, pero no le queda otra opción. Mira. Frunce el ceño. Va pasando por fotos y comentarios hasta que se detiene y entorna los ojos.

—AntlerThorn dice: «Se rumorea que habrá una exposición de la fabulosa Kate Cleary muy pronto». —Le devuelve el teléfono a Uma—. Esa galería está en la lista que encontré de las mejores galerías nuevas. ¿Cómo han...? ¿Cómo has...?

Se me queda mirando fijamente. A la espera.

Podría hablarle del fotógrafo, Garrison Kline, y de sus amigos y de cómo me prometieron que me echarían un cable, pero Lehna no me está preguntando porque sienta curiosidad de verdad o interés. Parece enfadada, y eso que la idea de la exposición se le ocurrió a ella. Casi ni miré la lista que me enseñó.

—¿No es lo que querías? —le pregunto.

Se vuelve.

Suena la campana y no me da tiempo a decir nada más. Nos levantamos, recogemos las mochilas y los restos de la comida e intentamos ignorar la tensión.

Hoy nos toca arte en el estudio. Solo tengo que pintar. Bloqueo el mundo exterior con mis auriculares y Sharon Van Etten.

Empiezo algo nuevo.

Mezclo varias pinturas y consigo el color de una carpa de circo, de un cielo al atardecer.

Violet.

Cincuenta minutos desaparecen con mi pincel en el lienzo y los pensamientos sobre ella, después limpio los colores en el fregadero y Elsa se para a mi lado para guardar un tubo de pegamento en un cajón.

—Por fin —dice—. La carpa.

—¿Qué quieres decir?

—Llevas todo el semestre pintando motivos circenses. El elefante con la estrella, la cuerda floja, los aros con fuego. Por fin, la carpa.

—No sabía que fuera tan obvio.

Se encoge de hombros.

—Yo no diría obvio, diría que es un tema.

—Gracias —le digo—. Ah, las portadas de la revista están genial.

—Tenía miedo de que no nos diera tiempo a imprimirlas. Nos reparten los anuarios mañana, cuatro días más y se acabó.

Seco los pinceles. Intento no dejar de respirar. Pero la idea de mi último anuario, lleno de adioses de todas las personas a las que conozco desde casi siempre, me deja bastante alterada mientras me dirijo a cálculo. Cada minuto que pasa me acerca a un futuro para el que no estoy preparada.

Pero entonces veo a Mark y me animo un poco.

Me siento a su lado, en la mesa que he ocupado cada día durante los últimos meses, pero por primera vez, me vuelvo hacia él.

—Hola —le digo.

—Hola —me dice.

Sonreímos.

—Creo que me he cargado tu tapadera —le confieso—. He visto a Ryan.

La sonrisa de Mark desaparece.

—Me ha preguntado por un trabajo de Sylvia Plath.

—Ah.

—Sylvia Plath no estaba en el plan. No me importa modificar la verdad por una buena causa, pero no me sale natural. Espero no haberte metido en un lío.

Se recuesta en la silla.

—¿Quién sabe? Al menos, se ha molestado en hablar conmigo.

—¿Te ha preguntado por alguna otra cosa?

—No de forma que me diera ganas de contestar. ¿Y Lehna?

—Nada.

—Bueno —dice—. Puede seguir siendo nuestro secreto durante un tiempo.

La señora Kelly nos aconseja que tomemos apuntes, así que todos sacamos cuaderno y boli de las mochilas.

—Por favor, dime que te puedes quedar un rato después de clase —le pido.

—Claro —responde Mark.

La señora Kelly empieza la clase, y Mark y yo nos volvemos hacia la pizarra.

Miro fijamente las ecuaciones, copio lo que está escrito, pero pronto Violet vuelve a ocupar mis pensamientos.

MARK

7

Cuando me reúno con Katie después de clase, está de los nervios.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Qué pasa?

Me enseña la pantalla del teléfono.

—AntlerThorn. AntlerThorn me quiere.

—Hala —digo—. Antler Thorn nada menos...

Asiente.

—Ya me han mandado un anuncio para que lo publique en Instagram. Lo he subido hace un rato. Es surrealista.

—Sí que lo es. Tengo una pregunta.

—¿Qué?

—¿Quién es Antler Thorn? Porque no tienes pinta de recibir llamadas de estrellas del porno. Y Antler Thorn suena a nombre de estrella del porno.

—Es una galería. La que nos dijo Garrison, ¿te acuerdas? AntlerThorn. Todo junto.

Me lo dice como si al ser solo una palabra tuviera mucho más sentido.

—Es genial, ¿no? —le pregunto.

No estoy muy metido en el mundillo del arte, pero que una galería quiera exponerte debe de ser como que te seleccionen para un equipo profesional, imagino.

—Es increíble. Pero también es raro porque es una mentira que se ha convertido en realidad. La única persona que creía que iba a acabar exponiendo era Violet. Y ahora la galería quiere exponer mi trabajo.

Nos dirigimos hacia su coche y me cuenta más detalles. No le digo que estoy un poco distraído pensando en los modelitos que llevaría Antler Thorn, la estrella del porno. No estoy seguro de que le hiciera gracia.

Sé que a Ryan sí le parecería gracioso. Me dan ganas de mandarle un mensaje para preguntarle a qué le suena Antler Thorn.

Después imagino que me responde: «Espera, voy a ver qué piensa Taylor».

Tengo que parar. Me he metido en una espiral ridícula.

Estamos en el coche de Katie. Señala un sobre enorme que hay en el asiento del copiloto.

—Quiero que eches un vistazo a las fotos de la carpeta y que elijas las doce que debería enseñarles.

—No estoy seguro de que sea buena idea —le digo cuando nos metemos en el coche—. Ryan es el experto en arte, no yo. Si quieres revisarlas tú, puedo conducir yo.

Niega con la cabeza.

—Si las reviso yo, tardaré doce horas y después estoy segura de que me sentiré la peor artista de la historia. Te lo aseguro. No puedo perder doce horas, tengo que ir a la galería a las cuatro. Están preparando una exposición de artistas *queer*, y uno de los fotógrafos ha tenido que retirar su trabajo porque eran todo fotos de los chats de las infidelidades de su exnovio en Grindr y este ha amenazado con denunciarlo.

—La suerte sigue caminos muy extraños —le digo mientras abro

el sobre.

Deberá conducir rápido si quiere llegar al centro antes de las cuatro.

No tengo ni idea de pintura. No sé si los colores que veo son los adecuados ni si las formas tienen sentido. No sabría decir en qué pintores se inspira Katie ni cuál es su estilo. Pero enseguida me doy cuenta de una cosa sobre sus cuadros: son muy personales.

Siento que estoy leyendo su diario. Un diario compuesto de poemas en los que los espacios y la colocación de las palabras son tan importantes como las propias palabras. Los cuadros no son naturalezas muertas. No hay nada muerto en ellos. En todo lo que ha representado hay elementos presentes y ausentes, se puede notar la presencia y la ausencia, y te hace reflexionar sobre si las figuras están completas o si han empezado a desaparecer. Hay una cuerda que se extiende por el cielo, con una chica encima que intenta mantener el equilibrio. La cuerda es sólida, pero ninguno de los extremos está unido a nada. En otro cuadro, una chica curioseando dentro de un aro de fuego. Su rostro ocupa todo el aro, pero hay un cielo estrellado donde debería estar su ojo.

Un Pegaso con una única ala, volviéndose hacia el suelo.

Una estrella de mar sin un brazo, pero esa extremidad que le falta da la impresión de que intenta alcanzar un cometa.

Un león con un látigo por cola.

Un elefante que intenta rodear una luna creciente con la trompa.

Y después, en el siguiente cuadro, la luna intenta rodear al elefante.

Ha pintado estos elementos como si fueran reales.

—Debería dar la vuelta, ¿no? —dice Katie cuando se da cuenta de que llevo demasiado tiempo sin decir nada.

—Ni se te ocurra —le respondo.

Katie parece satisfecha con mi respuesta.

—Están pasando muchas cosas de repente —dice—. Es distinto

cuando son tus amigos quienes ven tus cuadros, o la gente del instituto. Pero con desconocidos... Es como abrirte a algo más, le da una dimensión diferente. Porque, de pronto, el arte tiene que defenderse por sí mismo. Se me hace raro.

—Has tenido que encarar muchas líneas de ataque abiertas con tu equipo, pero este es el partido definitivo.

—Sí. Este es el partido.

Noto que hay algo que no me cuenta.

—¿Y? —le pregunto.

—Y... no puedo dejar de pensar que está relacionado con ella. Nada de esto habría pasado de no ser por ella.

—Nada de esto habría pasado de no ser por ti.

—Ya lo sé. Me refiero a que es una combinación. Ella más yo igual a esto. De forma directa o indirecta. Este es el resultado.

Seguimos conduciendo un rato más, dejando que Sky Ferreira y Lorde canten por nosotros. Termino de revisar sus cuadros. Aunque no tengo ni idea, hay algunas piezas que se pueden eliminar fácilmente. Bocetos que todavía no han encontrado su razón de ser. Deberes que parecen deberes. Un collage que se supone que es político pero que resulta demasiado obvio.

—¿Has elegido? —me pregunta Katie.

No me puedo creer que confíe así en mí, pero asiento.

—Bien —dice—. Guarda los que hayas elegido en la carpeta y deja los demás en el asiento trasero.

—¿Estás segura? —pregunto.

Me mira a los ojos y dice:

—Nunca lo estoy.

AntlerThorn está situada en una zona residencial pero moderna justo al lado del barrio japonés. No sé si tiene nombre. Solo sé que, cuando entramos en la galería, me siento totalmente fuera de lugar. *Every*

Damn Moment, de EDM, suena a todo volumen, y las paredes están pintadas del rosa más chillón que he visto en mi vida.

—Intenso —digo.

—Es una forma de describirlo —susurra Katie.

La música se corta de repente. Las luces cobran vida. Se oye una canción de Mumford & Sons de fondo.

Un hombre aparece por una puerta que hay en la parte de atrás.

—Hola, hola, hola —nos dice.

Luce una barba tan espesa que parece un oso y se contonea al caminar. Lleva una camiseta de One Direction en la que alguien ha pintado con espray: «Y ESA DIRECCIÓN ES HACIA FUERA».

—Tú debes de ser Kate Cleary. Y su séquito. Audra siente mucho no poder estar aquí para conocerte. Me temo que tendrás que conformarte conmigo. Ja, ja, ja.

—Hola —saluda Katie.

—Qué maleducado. Me llamo Brad, soy supermalo o superguay, depende de en qué día me pilles. ¿Queréis beber algo? Tenemos agua del grifo, agua del grifo y agua del grifo. Somos una galería sin ánimo de lucro. Bueno, tampoco somos una organización benéfica, pero es que nunca obtenemos beneficios. Ja.

—No, gracias —digo.

—Yo tampoco —afirma Katie.

Brad ve la carpeta que lleva Katie en la mano.

—¡Estupendo! A Audra le ha encantado lo que ha visto en tu Instagram, no se iba a creer a Garrison sin ver nada de tu obra. Sin embargo, siempre nos gusta echar un vistazo al trabajo en persona antes de cerrar nada. ¡Como en las webs de citas!

Katie empieza a respirar con ansiedad.

Brad sigue hablando.

—Disculpadme por el ataque tecno. Audra quería que lo probara para la inauguración de mañana. Es genial que puedas ocupar el hueco de Antonio, no me puedo creer que Ross se haya puesto en plan zorra

histórica con el tema, pero claro, Ross siempre ha estado celoso del arte de Antonio, igual que Antonio estaba celoso de que Ross no parara de enviar fotopollas por ahí como si fueran spam. Cada uno tiene lo suyo. Audra estaba superpreocupada con la situación, y justo entonces vas y apareces tú en nuestro radar gay, y fue en plan: «¡Premio! Ya sabemos qué hacer con la pared seis». «¡Más te vale que sean grandes!», me dijo Audra. «¡No acepto ninguna pequeña!», le contesté yo. Ja.

Nos lleva hacia una mesa que está delante de una pared vacía que imagino que es la seis. Necesito las gafas de sol para soportar tanto rosa, pero Katie no está mirando esa pared, sino la de al lado.

—Lin Chin —dice con algo parecido a la admiración.

Cada pieza de la pared es una caja de cristal, y dentro de cada caja hay una pareja de grullas de papel. Al principio no lo pillo, pero después miro con más atención y me quedo flipando. Las grullas no solo están ahí flotando, no son seres inertes. Existen en relación la una con la otra, mantienen una conversación, y yo las observo. Los cuerpos transmiten un lenguaje. El espacio entre ellas tiene intimidad.

—Sí, ¿a que son geniales? —dice Brad—. Lin las ha hecho especialmente para la exposición, ¿qué te parece? Audra y ella se conocen desde hace mucho. Mucho, muuuucho, ¿entiendes? Muuuuuuuucho.

Mientras Katie sigue alucinando con las grullas, Brad saca las piezas que he seleccionado de la carpeta y las extiende sobre la mesa.

—¡Ah! —dice—. Sí, sí. Mmm. Feroces, son muy feroces.

Katie finge no escuchar, pero es obvio que sí está atenta. Me vuelvo hacia otra pared y veo una serie de bocetos de una pareja de hombres besándose. Empieza cuando son jóvenes, unos doce o trece años, y van envejeciendo. Casi año a año. Tienen mi edad. Después son mayores que yo. Y más mayores. Les cambia el corte de pelo. (Uno pasa de rubio a moreno a algo entre medias.) Sus caras cambian

ligeramente, empiezan bien redondas, después se estilizan y al final vuelven a alcanzar su plenitud de forma diferente. Lo único que no cambia es la intensidad del beso.

No hay ninguna explicación. Solo el nombre del artista, Nic Pierce. Pero no creo que necesite explicación. Mi instinto me dice que esa historia ha pasado, que es real. Nic Pierce ha encontrado el beso que dura años.

—¡Uau! —exclama Brad.

Me vuelvo y veo que le hace gestos a Katie para que se acerque. Yo también me aproximo porque siento que me necesita a su lado.

—Son feroces —le dice Brad—. Superferoces.

—Feroces —repite Katie—. Sinceramente, no sé qué quiere decir eso.

—¡Ja! Qué mona eres. Audra me dijo por activa y por pasiva, y yo soy pasivo, así que sé de lo que hablo, ja, que le encanta tu trabajo. Lo adora. ¿Has salido de la cabeza de Cindy Sherman? No. ¿Se puede comparar tu obra con, no sé, la de Lin Chin? ¡Ja! Pero eres mucho más prometedora que la mayoría, y a Audra le encanta que tengas tantos seguidores. El alboroto siempre engrasa las ruedas del arte, y nuestras ruedas necesitan toda la lubricación posible. Déjame esto aquí y los enmarco en un plis plas. Conozco a un tío que me debe algunos favores y no me apetece que me haga ningún otro tipo de favor, así que mejor que los enmarque, ja. No estamos a tiempo de incluirte en el catálogo, lo siento, pero podemos anunciar que vas a participar en la exposición y, pam, éxito asegurado. Hazme caso, vamos a tener mucho éxito.

—¿Puedo hablar con mi mánager un momento? —pregunta Katie.

—¡Claro! —exclama Brad—. Sobre todo porque tiene un culito muy mono, uy, quiero decir que parece muy culto y muy mono. ¡Ja!

Katie me arrastra hasta la entrada de la galería. Estamos cerca de una pared en la que la palabra que empieza por «c» aparece escrita en diferentes tipos de letra. Es muy raro verla escrita en Comic Sans,

pero supongo que ese era el objetivo.

—No tengo muy claro si de verdad les interesa mi arte o solo mis seguidores —me dice Katie—. Tampoco tengo muy claro si eso importa.

—Creo que le gusta de verdad —le digo—. Ha dicho que le parecen feroces.

—Catwoman es feroz. Cate Blanchett haciendo de asesina es feroz. No estoy segura de que mi arte sea feroz.

—También ha dicho «uau». Eso es menos ambiguo, ¿no?

—Es que no sé si estoy preparada para todo esto. ¿Estoy preparada para todo esto?

Quiero decirle «¿Cómo voy a saberlo yo?». Quiero confesarle que la única razón por la que le he echado un vistazo a la revista de literatura es porque sé que es importante para Ryan. Esa responsabilidad debería recaer en alguien que la conozca mejor.

Pero también quiero decirle lo que necesita escuchar.

—Sí, estás preparada.

No me pregunta cómo lo sé, no me da las gracias. Simplemente asiente.

—Violet pensaba que iba a participar en una exposición, y ahora es verdad. No me hago a la idea, pero no me queda otra.

—Así me gusta —le digo.

—¿Todo bien?! —grita Brad.

—¡Todo bien! —exclama Katie.

Brad grita de alegría.

—Audra se va a poner supercontenta. Tiene muy buen ojo para reconocer el talento. Superbuén ojo. Se va a alegrar un montón. Cuando Audra está feliz, todo el mundo está feliz. Nada de rollos raros. Ja. Creo que es el momento perfecto para abrir una botella de sidra achampanada sin alcohol. ¿Os apetece?

—¡Sí! —le digo.

Va corriendo a la trastienda y vuelve con tres vasos de plástico y

una botella.

—¡Siempre hay que tener algo a mano para las ocasiones especiales con menores! —exclama Brad.

Al principio parece que va a descorchar la botella encima de la mesa con todas las obras de arte de Katie, pero ella le bloquea el paso con el cuerpo. Menos mal, porque cuando quita el corcho el líquido sale disparado y forma un charco en el suelo.

—Siempre me pasa lo mismo. —Se ríe.

Al final consigue echar un poco en los vasos.

—Me alegro de estar aquí —le digo a Katie mientras Brad sirve—. Es un momento importante. Tu primera exposición.

—Está pasando de verdad, ¿no?

—Sí, está pasando.

Brad nos reparte los vasos.

—Me gustaría proponer un brindis —dice—. Aunque no hay verdaderos comienzos en la vida porque siempre hay algo que sucedió antes, sin duda hay momentos que parecen un nuevo comienzo, y debemos pararnos un segundo para poder disfrutarlos. Tu talento empezó mucho antes de que cruzaras esa puerta, Katie, pero brindemos por el comienzo de un mayor reconocimiento de ese talento. ¡Por Audra!

—¡Por Audra! —exclama Katie.

—¡Por Katie! —digo yo.

Después chocamos los vasos de plástico y bebemos del líquido templado para celebrarlo.

Katie parece feliz, aunque no acaba de creérselo, y yo estoy completamente encantado.

Estamos tan concentrados en el momento que no oímos la puerta abrirse. No nos percatamos de que hay alguien más en la galería. Solo nos volvemos a mirar cuando alguien dice:

—¿Perdonad? ¿Está abierto?

Veo a una chica guapa con una bufanda con lentejuelas que

parece algo confundida.

Sin embargo, Katie ve otra cosa.

—¿Violet? —pregunta.

Aprieta el vaso de plástico con tanta fuerza que lo rompe.

—¿Kate? ¿Eres tú de verdad?

—Sí, soy yo de verdad, supongo —responde ella.

Kate

8

Está sonriendo con su sonrisa increíble, justo delante de mí, ni en una foto ni en una pantalla. Aquí, de verdad.

Yo me he quedado petrificada, con la sidra templada escurriéndoseme por la mano y por el brazo.

—Espera, voy a coger algo para limpiarte —dice Brad—. Ja, nunca le había dicho eso a una chica —le comenta a Mark.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta Violet. Pero antes de que me dé tiempo a responder, niega con la cabeza y dice—: No me hagas caso. Solo te lo he preguntado porque estoy nerviosa. Estás aquí por tu exposición, igual que yo. He visto que lo has puesto en Instagram y vivo por la zona. Quería ver tus cuadros de cerca, sin tanta gente alrededor.

—Esto es perfecto —afirma Brad, mientras me seca el codo con una servilleta de papel—. ¿Eres coleccionista? Qué avispada, viene el día antes de la inauguración. ¡Serás mala! Y, por supuesto, quiero decir «buena». Echa un vistazo, no te cortes. El trabajo de Kate es feroz, pero entiendo que no sea lo que estás buscando. A ver, es uau, pero si no te va mucho te puedo enseñar la obra de los otros artistas.

—He venido a ver la de Kate.

Deja de secarme el codo y deposita la servilleta junto a mi cuadro de la cuerda floja. Casi encima.

—Claro —dice—. Aquí está.

Con el gesto que hace para señalar la mesa prácticamente es como si levantara el telón de mi corazón, como si me quitara la ropa y me dejara desnuda.

Es como si le estuviera cantando una canción de amor.

Se acerca a las láminas y siento que doy un paso atrás, me alejo de ella mientras mira mis cuadros. No son feroces. No son uau. Son representaciones crudas de la posibilidad del amor, y estaban ideados para mantenerlos en secreto. No lo sabía antes, pero lo sé ahora. ¿«Constelaciones»? Muy trillado. Ni siquiera sé qué nombres tienen. Siempre confundo Casiopea con Perseo, y no se parecen en nada.

Se me hace un nudo en el estómago. Me tiemblan las manos. No sé cómo me han aceptado en el programa de arte de UCLA. No sé cómo Violet o cualquier otra persona va a pensar que no son una chapuza.

—Abre los ojos —me susurra Mark—. Estás muy rara.

No me había dado cuenta de que los había cerrado, pero ahora vuelvo a ver el rosa y, cuando me atrevo a mirar a Violet, creo que sonrío, pero no estoy segura porque se oye la puerta y entra una mujer a toda velocidad.

—Audra, has vuelto —dice Brad con suavidad—. Mira quién está aquí. ¡Kate Cleary!

Audra luce una coleta perfecta, la raya de los ojos estilo felino y va vestida con ropa con flecos. Me mira, estoica.

—¿Ves, Kate? ¿No te había dicho que le iban a flipar? Aquí están los cuadros, son mejores al natural.

Violet se aparta para dejar que Audra se coloque junto a la mesa, donde los estudia uno a uno y después asiente una vez antes de sacar el teléfono del bolsillo.

—Sabía que te encantarían.

—La exposición es mañana por la noche —comenta Audra—. ¿Has pensado en el precio?

Está mirando el móvil, pero como nadie responde supongo que me lo pregunta a mí.

—Ah —digo—. Pues no lo había pensado.

—Por favor, dime que están a la venta. No puedo perder el tiempo con arte no comercial.

—No, no es eso —la corrijo—. Podemos venderlos, pero no sé por cuánto.

—Cada caja de Lin Chin cuesta tres mil, pero... —dice Brad.

Audra resopla.

—Exacto —continúa él—. Los de Nic son ochocientos por dibujo, aunque hemos decidido que debería comprarlos todos la misma persona. Romper la secuencia sería peor que separar a la pareja. Y cualquiera que diga lo contrario es un rompehogares. Las piezas de Palabras Que Riman Con Moño, de Tabitha, son mil cada una, un chollo porque son *high concept* y están hechas con luces LED. La forma se une a la función, etcétera. Pero la obra de Kate no está a la altura de la de Tabitha.

Audra hace una mueca.

Aunque me han pedido que participe en la exposición, me da la sensación de que en realidad no quieren tenerme allí. Me entran ganas de echarme atrás, pero no sé cómo hacerlo a estas alturas, porque parecería que es por el dinero. Sé que no soy Jenny Holzer ni Banksy. No hago nada revolucionario. Pero ¿de verdad mis cuadros valen menos que los sinónimos iluminados de los genitales femeninos?

—Lo máximo que podemos pedir por alguien prácticamente desconocido son cuatrocientos —opina Audra—. Y me parece mucho.

No puedo evitarlo, noto que me arden los ojos. Parpadeo deprisa, intentando contener las lágrimas. Todo esto es una estupidez, estoy cabreada con Lehna, estoy cabreada conmigo misma, estoy cabreada

porque, de todos los momentos con los que he soñado que conocía a Violet, tiene que ocurrir justo en este, cuando me siento completamente humillada.

—Como su mánager... —empieza a decir Mark, intentando salvarme.

—Quiero comprarlos.

Audra y Brad se quedan de piedra. Ladean la cabeza a la vez, con una intriga sincronizada.

—Todos —confirma Violet—. Y, lo siento, pero no compro cuadros que valgan menos de quinientos cada uno, así que insisto en pagar esa cantidad. Los cien extra van directos a la artista.

—Bueno, en teoría el reparto es mitad y mitad —objeta Brad.

Audra levanta una mano, y Brad guarda silencio.

—Es una oferta muy generosa —dice Audra—. Supongo que no te importará que los expongamos de todas formas.

—Claro que no —concede Violet—. Considéralo un favor a la galería. Kate no necesita más publicidad.

Audra se pone tensa, pero solo durante un segundo.

Ahora, en lugar de intentar contener las lágrimas, miro fijamente a Violet, sorprendida. Ahí está, con el pelo corto y revuelto y la pequeña cicatriz junto a un ojo. Con la bufanda que Lehna me mencionó y la boca con la que sueño. Pero también con una voz clara que no había oído hasta hoy, una postura algo más encorvada de lo que imaginaba y una cara un poco más redonda que en la foto de la carpa.

Es como me imaginaba y al mismo tiempo no lo es.

—Pero una cosa —dice, con la cabeza ladeada, mirando la pared rosa donde colgarán mis cuadros—. ¿Tenéis esas pegatinas de punto rojo? Las que se ponen para indicar que un cuadro está vendido.

—Normalmente solo lo marcamos en nuestra hoja de precios.

Violet pone mala cara.

—Qué decepción.

—Podemos conseguir los puntos rojos —dice Audra.

Salimos de la galería, Mark, Violet y yo. Doblamos la esquina antes de echarnos a reír apoyados en la pared.

—Mi madre me va a matar cuando vea el extracto de la tarjeta — comenta Violet—. Por lo menos está en otro continente, así que mi muerte no será inmediata. Oye —le dice a Mark—, no nos han presentado oficialmente. Soy Violet, la prima de Lehna.

—Mark.

—Mi mánager —añado.

—Eso —dice ella—. El mánager.

—Sí —confirma Mark—. Y Katie es mi tutora, me ayuda a preparar la prueba de acceso a la universidad.

—Un acuerdo interesante.

—Ya te digo —comenta Mark.

—Tengo ganas de celebrar mi primera gran inversión artística. ¿A quién le apetece sushi?

Mark y yo levantamos la mano.

En el restaurante reina la tranquilidad, pese a que todas las mesas están ocupadas. No suena música, solo se oye el murmullo de las voces, y la iluminación es perfecta, no demasiado brillante. La camarera aparece con tres menús y nos lleva hasta una mesa en un rincón; Violet va justo detrás de ella, la seguimos Mark y yo.

—¿Quieres que me vaya? —susurra Mark—. Este sitio parece romántico.

Niego con la cabeza.

—No, prefiero que te quedes —le respondo—. Te necesito.

—Vaya —dice—. Me siento halagado, pero sabes que no me gustas, ¿verdad?

Le doy un codazo en las costillas y lanza un gemido. Violet se vuelve hacia nosotros y arquea una ceja.

Sonrío. Mark se encoge de hombros.

Nos sentamos. Me alegro de que la mesa sea redonda, así no tenemos que decidir quién se sienta al lado de quién.

Quiero sentarme a su lado, pero tengo miedo. Quiero sentirla cerca, pero también quiero verle la cara.

Nuestra camarera llega con té y nos llena las tazas. En cuanto se marcha, Mark saca el teléfono y lo deja encima de la mesa.

—No —dice Violet—. ¿Eres uno de esos? No puedes beber té sin más; tienes que subirlo a Instagram o a Facebook.

—No —responde—. Solo quiero mandar un mensaje.

—¿A quién? —le pregunto.

—Ya sabes a quién.

—¿En serio?

—¿Quién es ya sabes quién?

—Ryan —respondo—. Su mejor amigo barra medio novio.

—¡Ah! —exclama Violet, mirándolo—. No lo había pillado, vale. Medio novio. Cuéntame.

—Ni siquiera es medio novio —dice Mark—. Ex medio novio.

—Au. Continúa.

Mark me mira, no estoy segura de por qué hasta que me doy cuenta de que el comienzo de la historia tuvo lugar el sábado, cuando se suponía que debía conocer a Violet en lugar de ver a Mark bailar casi desnudo sobre la barra del bar.

—Tengo que disculparme... —le digo—. El sábado pasado fue un día un poco complicado para mí.

Sonríe, pero noto algo de dolor en su expresión.

—Sí —dice—. De casa de Shelbie a la mansión de moda. Imaginé que sería una historia que querrías contarme algún día.

—Claro —contesto—. Algún día, pero por ahora, digamos que acabé en un bar presenciando un concurso de baile en ropa interior que ganó nuestro amigo Mark aquí presente.

A partir de ahí, la historia se desarrolla y se extiende, se aleja

hacia el pasado lejano, al momento en que Ryan y él se conocieron, a lo que sintió, y vuelve hasta el pasado más reciente, a cómo se besaron, a lo que sintió, y al futuro que Mark imaginaba para los dos hasta que llegó el sábado por la noche, cuando todo se rompió en pedazos al ver a Ryan bailando con otro.

—Qué historia más triste —dice Violet—. En serio, lo siento mucho. Pero, por favor, no le envíes una foto de una taza de té.

—Te parece penoso, ¿a que sí? —pregunta Mark—. Ya lo sé, ya lo sé. Debería ignorarlo. Seguro que recibirá el mensaje y deseará que fuese de Taylor. Ni siquiera se molestará en leerlo.

Levanta su taza y la huele. La vuelve a dejar sin beber.

—Pero es que a Ryan le gusta mucho el té. Sobre todo el verde. Yo nunca bebo té ni nada de eso, igual así me presta atención.

—Vale —asiento—. Crees que se preguntará con quién estás. O creerá que estás cambiando. Te dará cierto misterio.

—Kate. Mark. En serio. El té no te va a volver misterioso. Mira, mejor haz esto. Piensa en una frase, solo una. Tiene que ser verdad. Tiene que salirte del corazón. Ahora escríbela, pero no la envíes todavía.

Mark se pone a pensar. La camarera vuelve y pedimos. Cuando se marcha, Mark escribe algo en el teléfono.

—Vale —dice Violet—. Uno de mis rasgos característicos es que cuento historias con moraleja. Voy a contaros una ahora mismo.

Mark y yo asentimos con la cabeza.

—Conocí a un chico en el circo. Lars. Rondaba los treinta y era domador de leones. Se le daban muy bien los animales, nunca tenía miedo. Además de ser valiente, era un romántico. Una noche me contó que había querido a una chica cuando era joven. Hacía muuucho tiempo, cuando tenía once o doce años. Se llamaba Greta, y una primavera les dijo a sus compañeros de clase que su familia se iba a mudar, que ese era su último día. Lloró mientras se lo contaba a todo el mundo, y él sintió que su amor por ella lo desbordaba. Fue a casa y

le escribió un poema para darle antes de que se marchara. Me lo recitó entero, pero solo me acuerdo de un verso, que se traduciría como «Tu pelo rubio sedoso con reflejos dorados». Suena fatal, ya lo sé. Me dijo que pierde la gracia al traducirse, pero no estoy segura. Da igual. En cada ciudad a la que íbamos con el circo, en algún lugar cerca del recinto donde habíamos montado la carpa, aparecía ese verso pintado con espray en alguna pared. Al final le pregunté: «¿Qué pasa si Greta un día ve el verso, se acuerda del poema, se acuerda de ti y quiere encontrarte, pero no puede?». La mayoría de los artistas no utilizaban sus nombres reales, incluido Lars. Si la chica intentaba buscarlo, no encontraría ningún rastro de él. Entonces pensé que si aún se acordaba de la chica de su infancia y le importaba tanto como para dejarle notas en edificios de todo el mundo, si de verdad tenía tantas ganas de dar con ella, ¿por qué no le daba alguna pista para que ella pudiera encontrarlo?

—¿Qué te respondió? —pregunta Mark.

—Me dijo que no había entendido la historia, que el objetivo no era encontrarse. Según Lars, lo que de verdad importaba era que ella lo supiera.

Me inclino hacia delante.

—¿Que supiera el qué?

—Cuánto la quería. Que aún pensaba en ella. Lars tenía una fantasía. Se la imaginaba viviendo en algún lugar, en Berlín, en Madrid o en Oslo. Imaginaba que ella un día volvería de recoger a sus hijos de la escuela, o que habría salido a comprar el pan, o que regresaría a casa después de trabajar y que, de repente, se toparía con ese verso escrito en una pared, en una valla, en un cartel sobre las vías del tren. Una carta de amor. Pensaría en él. Se acordaría de cuando era niña. Puede que le cambiara la vida. O puede que no.

Permanecemos en silencio. Llega la sopa humeante. Con cuidado, tomamos los primeros sorbos.

—La moraleja —dice—, por si no la habéis entendido, es que a

veces es suficiente con lanzar algo al mundo.

—Así que crees que debería enviar el mensaje.

Asiente.

—Debes enviar el mensaje.

Mark da otro sorbo a la sopa, deja el bol y lo mira fijamente, con el ceño fruncido.

—Pero Taylor... —dice—. Ryan no me elegirá a mí.

—Puedes imaginarte lo que va a pasar después de que lo envíes —dice Violet—. Pero no puedes controlarlo, y quizá te sorprendas.

Me mira, esperando.

—Como tu tutora y amiga, siento que debo ayudarte con tu futuro —digo—. Y creo que, si no juegas, nunca ganarás.

MARK

9

Me siento genial durante unos tres segundos.

Katie y Violet están contentas de que lo haya enviado, se nota. Y yo me alegro de que se alegren.

Pero entonces me doy cuenta.

Qué.

He.

Hecho.

Si Apple quiere de verdad que seamos adictos a sus productos, si de verdad quiere que sean los más fáciles de usar, ¿por qué narices no hay un botón para cancelar el envío? No creo que sea tan difícil dejarnos retirar algo, borrar el error antes de que alguien lo vea.

En.

Qué.

Estaba.

Pensando.

¿Qué tipo de hechizo me ha lanzado Violet para hacerme escribir lo que acabo de enviar?

Voy a pelear por ti.

¿De qué extraño lugar ha salido eso? ¿Cómo he podido pensar por un segundo que a Ryan le gustaría leer algo así?

Soy Steve *el Estúpido*.

Violet está orgullosa de mí, es totalmente ajena a mi pánico creciente. Pero Katie se da cuenta de que algo no va como debería.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿Qué le has dicho?

Le paso mi teléfono. Lo mira y dice:

—Madre mía.

Le pasa el móvil a Violet, que lee el mensaje y me lo devuelve.

—¿Es verdad? —me pregunta Violet.

—¿El qué?

—¿De verdad vas a pelear por él?

Asiento, pero no es suficiente.

—Voy a pelear por él. —Siento que tampoco es suficiente, así que continuo—. Levantaría escombros con mis propias manos hasta llegar a él. Levantaría coches. Pelearía con cualquiera que dijera que no podemos estar juntos. Porque, si queréis saber la verdad, si realmente queréis saberla, nada de eso sería ni la mitad de difícil que estar enamorado de él y no poder decírselo a nadie. Incluido él. Tengo algo dentro de mí, y está enfadado, se muestra inseguro y tiene miedo y, sobre todo, está completamente enamorado de él y haría cualquier cosa por no perderlo, aunque eso signifique seguir como hasta ahora.

No me puedo creer que esté diciendo todo eso. ¿Por qué se lo estoy contando?

No puedo contenerme, sigo hablando.

—No puedo dejar que se enamore de otra persona. No lo puedo permitir. Y mucho menos de esta manera. Estoy superenfadado con él, pero también muy enamorado, y me duele darme cuenta así. ¿Que si voy a pelear por él? Llevo años peleando por él y estoy perdiendo. Haga lo que haga, voy perdiendo. Pero tengo que seguir luchando.

Quiero reírme porque, ahora mismo, sentadas frente a mí, preocupadas, Katie y Violet parecen la pareja perfecta. Justo lo que yo no tengo. Y eso me da ganas de hacer lo contrario a reírme.

—Nunca se lo has dicho —replica Violet.

No es una pregunta, es obvio.

—Se lo digo a todas horas, pero siempre tengo cuidado de que no me esté escuchando. Se lo digo cuando está en la habitación de al lado, o cuando está dormido, o cuando la música está muy alta. A veces me pide que se lo repita y le digo que no importa. O me invento otra cosa, algo que no sea «te quiero».

Sé que hablar de un problema en teoría te hace sentir mejor, pero en este caso solo lo vuelve más real. El silencio de mi teléfono mantiene en equilibrio mis palabras, mi discurso.

No responde.

No responde.

No responde.

Cancelar envío.

—No te lo puedes seguir guardando dentro —dice Violet.

—O quizá debería dejarlo y punto —le contesto—. Tal vez nunca fue mío.

Puedes estar desnudo junto a una persona y seguir siendo un misterio. Puedes ser el secreto de alguien sin llegar a saber nunca la historia al completo. Puedes saber que él tiene más miedo que tú, pero eso no te ayuda con tu propio temor.

Nos poníamos límites y los cruzábamos. Nada de quitarnos la ropa interior. Solo íbamos a tontear, pero el sexo estaba prohibido. Solo íbamos a acostarnos una vez, para ver qué tal. No íbamos a darle importancia. No íbamos a dejar que afectara a nuestra amistad. No se lo íbamos a contar a nadie.

No creo que le contase nada a nadie.

Supongo que a Taylor le dijo que solo éramos amigos. Su compañero para salir a ligar. Su mejor amigo.

Bueno, eso si Taylor se molestó en preguntarle.

Katie me llama y me saca de mis pensamientos. Me mira atenta, mientras Violet contempla mi teléfono con una mezcla de sorpresa y horror ante la falta de actividad. Quizá cuando ella lanza mensajes al

universo recibe respuestas rápidamente. Quizá creyó de verdad que su plan iba a funcionar.

El camarero lleva como una hora merodeando alrededor de la mesa, esperando a que el chico gay con lágrimas en los ojos y problemas con el móvil se recomponga para poder pedir más pescado crudo.

—¿Queréis algo más? —pregunta.

Siento que ha pasado tiempo suficiente para que se me enfríe el té, pero no.

Niego con la cabeza. No tendré palabras hasta que vea palabras en mi teléfono.

—Igual está ocupado —dice Katie cuando el camarero se ha marchado—. A lo mejor tiene el móvil apagado.

Pero mis palabras aún lo están esperando.

Y si Taylor le gusta tanto como parece, tendrá siempre el teléfono cerca con el volumen al máximo.

A menos que esté con él ahora mismo.

Katie me coge de la mano, aunque debería coger la de Violet. Están juntas por primera vez, y las he convertido en personajes secundarios de mi telenovela.

—Siempre pienso en cómo sería conocerlo ahora —me oigo decir—. Es mi juego dentro de nuestro juego, intento imaginarme la situación que funcionaría mejor. Quizá si lo conociera ahora. Quizá si lo conociera en la universidad. Después de la universidad. Cuando por fin se sienta cómodo consigo mismo. Pero, cada vez que lo hago, me siento fatal porque estoy sacrificando nuestra historia. No lo quiero por quien es ahora. No lo querría por ser la persona en la que se convierta dentro de dos años. Lo quiero por todas las versiones de sí mismo que ya ha sido conmigo. Supongo que esa es la contradicción. Me gustaría empezar de cero. Pelearía por ese nuevo comienzo. Pero también quiero una continuación.

Violet sonrío. No es una sonrisa feliz, es más bien melancólica.

—No es ninguna contradicción —replica—. Quieres una continuación que parezca un comienzo.

Justo en ese momento mi teléfono vibra sobre la mesa.

Me da miedo mirar.

Lo coge Katie. Lee la pantalla y dice:

—Ah.

—¿Es un «ah» bueno o un «ah» malo? —pregunto.

Sujeta el móvil para que pueda leerlo.

Me alegro de que estés de mi parte.

Miro la hora de su mensaje y la comparo con la del mío.

Hay una diferencia de seis minutos y cuarenta segundos.

Ha tardado seis minutos y cuarenta segundos en escribir: «Me alegro de que estés de mi parte».

Empiezo a escribir mi respuesta. «Me alegro de que te alegres.»
No. «Siempre.» No. «¿No entiendes lo que te estoy diciendo cuando te digo que voy a pelear por ti?»

No.

—Deja el teléfono —insiste Violet.

—No iba a...

—En serio, deja el teléfono. Ya. Entiendo de estas cosas. No ha terminado. Solo tiene que darse cuenta de que no ha terminado. Si respondes, no dejarás que se dé cuenta.

—¿Por qué entiendes de estas cosas? —pregunta Katie.

—Canciones de inocencia, canciones de experiencia —responde Violet.

Noto que Katie no está del todo satisfecha con la respuesta. Parece a punto de decir algo, pero el teléfono vuelve a vibrar y la interrumpe.

Te necesito.

Sigue escribiendo.

¿Vienes a casa?

Miro a Katie y a Violet. Me devuelven la mirada.

Sabemos lo que voy a hacer.

Kate

10

Solo quedamos dos en una mesa de tres.

Supongo que, después de la humillación de Brad y Audra, por fin me estoy dando cuenta de la realidad: Violet está aquí. Después del subidón de la compra de los cuadros y de la valentía que ha demostrado Mark al enviar el mensaje y de la terrible expectación que hemos sentido con el mensaje de Ryan.

Ahora solo quedamos Violet y yo, y no dejo de pensar en qué decir.

—Cuéntame lo del trapecio. ¿Da miedo?

—Seguro que sí. Yo solo me he subido un par de veces, y muy cerca del suelo.

—Pensaba que la cicatriz...

—¿Esto?

Se toca el ojo.

—Me lo hice al caerme con el monopatín cuando tenía ocho años.

—Joder, Lehna —murmuro.

—¿Qué?

—Nada. Así que no estabas estudiando con trapecistas.

Se ríe.

—No, pero los observaba a todas horas, es hipnótico. Se tarda años en aprender. Sobre todo hacía los deberes. Estudiar en casa no es lo más estimulante del mundo, a menos que los padres lo hagan divertido con proyectos de arte o con excursiones o diseccionando alcachofas para descubrir que son flores...

—Las alcachofas no son flores.

—Sí que son flores —me dice, señalándome con los palillos.

Se mete un edamame en la boca y sonrío.

—Lo ponía en la bolsa.

Le sonrío. Se muestra tan segura de sí misma, es tan divertida e inteligente..., y sin esforzarse.

—¿Y tú? Vas a ir a UCLA, ¿no? Debes de estar muy al día con los estudios.

Me encojo de hombros.

—Supongo. Lo que me gusta en realidad es el arte.

—Es raro, ¿no? —pregunta.

Ladeo la cabeza.

—Habernos conocido por fin.

—Sí —confirmo.

—Ojalá no fuera tan tarde. Me refiero a que pronto tendrás que marcharte.

No quiero pensar en ir a la universidad. Pero ahora no puedo evitarlo, esa idea me envuelve, pesa sobre mi cabeza, me hunde. Quiero perderme en Violet, pero está al otro lado de la mesa, no en algún lugar lejano que solo puedo alcanzar en mis ensoñaciones.

Siento que el pánico se apodera de mí y debo alejarme de él.

—Tengo tu rosa —digo.

Su cara refleja sorpresa.

—¿Cómo sabes lo de la rosa?

Parece que hubiese pasado hace mucho tiempo, aunque solo fue hace un par de días. Lo recuerdo todo perfectamente: cómo me sentí con Mark esa primera noche, cómo percibí que la amistad puede ser

diferente. La canción *Umbrella*, mi vaso con hielo, el alivio en la cara de Mark cuando le pedí que fuéramos amigos.

—El sábado volví a casa de Shelbie, pero ya te habías marchado. Lehna me dijo que me habías traído una flor.

—Aun así...

—June me dijo que habías ido a ver los leones marinos, así que Mark y yo intentamos encontrarte. Pensamos que igual te alcanzaríamos allí. Fuimos al muelle, pero no vimos a nadie. Al final encontramos una rosa.

—Increíble —dice—. ¿Ves? A eso me refiero con lo de lanzar cosas al mundo.

—Perdona por lo de la otra noche.

Se encoge de hombros.

—Cosas que pasan.

Suena dolida, así que sigo hablando.

—Tenía muchas ganas de conocerte y me puse nerviosa.

—¿Qué pasa cuando te pones nerviosa?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero conocer todo lo que pueda sobre ti. Llevo mucho tiempo esperándolo y pensando en ello.

Intento sacarme de la manga una buena respuesta, una digna de tanta paciencia. Pero solo se me ocurre la verdad.

—No lo sé, supongo que salgo corriendo —confieso.

Me mira fijamente a los ojos con una ligera sonrisa.

—Espero que no estés nerviosa ahora —comenta.

Fuera, la niebla ha vuelto, y no parece verano.

—Y ahora ¿qué? —le pregunto.

—Tengo que ir a trabajar.

Saco mi teléfono, son casi las siete.

—¿Empiezas a trabajar ahora?

—Sí. La madre de Shelbie me consiguió un curro. Una amiga suya, divorciada, con dos hijos, vive en una casa enorme en Pacific Heights. Me paso por allí cuando los niños acaban de cenar y la ayudo con algunas cosas.

—¿Como qué?

—Organizar recibos, hacer pedidos online, cosas de esas. Compra un montón.

—¿Puedo acompañarte? —le digo.

Sonríe.

—Sí, me encantaría.

Se quita la bufanda, que brilla bajo la débil luz del sol. Cuando se la vuelve a poner, se la enrolla de una forma complicada que le tapa casi todo el pelo que le sobresale a un lado. Está elegante y se ve valiente.

—Por aquí —dice.

Y dirige la marcha durante dos manzanas antes de girar en Fillmore.

—¿Qué vas a hacer con los cuadros? —le pregunto.

—¡Colgarlos! Tengo un estudio pequeño y nada en las paredes.

—No son muy buenos.

—Venga ya.

—No, en serio. Antes pensaba que no estaban mal, pero después de verlos en la mesa y escuchar a Audra y a Brad...

—Que les den a Audra y a Brad. Nunca he conocido a personas más ridículas.

Me río sin pensar, de forma espontánea. Me río con ganas y tan de repente que la gente a nuestro alrededor se vuelve para mirarme. Sienta muy bien, y Violet está tan contenta que desearía que este momento no terminase nunca: no quiero volver a casa, no quiero volver a clase, no quiero volver a pensar en Lehna ni preocuparme por el futuro, quiero quedarme en esta calle pija con esta chica tan increíble.

—El arte es así —sentencia—. Tal vez la mayoría no opine como yo, pero es lo que creo tras viajar durante años con artistas increíbles que arriesgan la vida para actuar delante de un público al que no le importa lo que está viendo, sino que solo se fija en el espectáculo. El arte verdadero tiene que ver con la creación. Lo que queda después es secundario. Siempre miraba tu Instagram cuando viajábamos. Vi las escenas del circo y las estrellas. Sí, tienes técnica, y los colores son increíbles. Pero me gustan mucho porque demuestran que estabas pensando en mí. —Se detiene a mitad de la manzana y me coge de la mano—. No los he comprado porque fueran cuadros, aunque sean preciosos —me confiesa—. Los he comprado porque, igual que Lars con sus pintadas, me has estado escribiendo cartas de amor.

Y entonces me besa, ahí mismo, en la acera entre la niebla de esta tarde noche de verano. Violet me está besando y todo es perfecto. El beso no termina. No somos dos chicas en una tímida primera cita, dándonos el típico piquito de buenas noches.

No.

Nos besamos como dos chicas que llevan años anhelándose. Dos chicas que nunca habían hablado pero que de algún modo han intercambiado te quiero. Que se han pasado horas mirando fotos con atención y delante de la pantalla de un ordenador soñando una y otra vez con este momento.

Se oye un aplauso, y después gritos de ánimo. Más gritos, más aplausos.

—¡Viva el Orgullo! —grita una voz a la que se unen otras más.

Si fuera por nosotras, seguiríamos besándonos para siempre. Pero al final tenemos que parar. Los desconocidos se muestran amables, no se quedan para hacernos sentir incómodas cuando nos separamos.

—Me alegro mucho de que vayas a venir mañana a la exposición —dice.

No me fio de mis palabras, así que solo asiento, segura de que mi cara expresa sin problemas mi alegría.

Me dice adiós y me despido con la mano; de vuelta en el coche pienso en el beso. Me toco los labios. Siento un cosquilleo. Estoy borracha de amor. Por el camino, no dejo de oír en mi cabeza la de cosas tan increíbles que ha dicho esta tarde.

Quiero contarle a Mark lo que ha pasado.

Quiero saber qué se siente al pronunciar las palabras «Violet me ha besado».

Quiero contárselo a Lehna, pero no sé por dónde empezar. Y no entiendo por qué creía que tenía que mentirnos sobre cómo somos en realidad cuando la verdadera Violet es todo lo que he deseado. Cuando llego a mi calle, me invade el pánico. Voy a tener que hablar con Lehna antes o después. Pronto. Pero no esta noche.

Subo por el camino de entrada y apago el motor del Jeep.

A unas manzanas, Lehna estará cenando con sus padres y su hermano, sin ser consciente de que he pasado la tarde con su prima. O quizá no. Tal vez Violet se lo esté contando ahora mismo. Quizá Lehna esté mirando su teléfono para comprobar que no ha pasado por alto un mensaje mío, preguntándose por qué no se lo he dicho yo primero.

Ya ha oscurecido, las ventanas brillan. Mi madre está en la cocina fregando los platos. Me saluda. Finjo que no la he visto.

No quiero entrar en casa. No quiero ir a mi habitación. Quiero volver a Fillmore Street, a la sensación del cuerpo de Violet cerca del mío, a los sonidos de celebración.

Cuando bajo del coche, el calor de la noche me sorprende. Solo hace una hora que nos hemos despedido. Nos hemos besado a unos cincuenta kilómetros de aquí, pero noto el ambiente distinto. Mi ansiedad habitual regresa. No debería haberme inscrito en el programa de arte de UCLA. No debería haber dicho que sí a la exposición en AntlerThorn. Todos mis seguidores en Instagram son el resultado de

una noche extraña y fugaz y, cuando Violet descubra quién soy de verdad, lo normal y poco interesante que soy, se va a sentir decepcionada.

La realidad se me asienta en el estómago, pesada.

Violet me ha besado.

Pero mi vida sigue siendo mi vida.

MARK

11

Cojo el tren de vuelta de la ciudad y camino desde la estación hasta casa de Ryan. Es justo lo que habíamos planeado hacer el sábado antes de que nos secuestraran la noche.

Le mando un mensaje para intentar descifrar qué quiere, pero no me contesta. Me pregunto si de verdad le habrá llegado el mío. Me pregunto si de verdad vamos a tener esta conversación. Me he acostumbrado tanto a nunca cruzar ese límite que se me ha olvidado que puede que haya otro lado.

La vez que más cerca hemos estado de este momento fue hace un mes, después de ver *Mi nombre es Harvey Milk*. La escondió en su ordenador como si fuera porno. Tuvimos que esperar a que sus padres estuvieran fuera para verla. Me parto, no creo que les importara. Pero a él sí. Le preocupa.

A esas alturas, ya habíamos hecho un montón de cosas juntos, pero nunca habíamos llorado. No así. No por todas las cosas que pueden salir mal. No por todas las cosas que también pueden salir bien. Cuando terminó la película, quería enfrentarme al mundo. Una voz en mi cabeza me decía con ganas: «¿Cómo vas a enfrentarte al mundo si no eres capaz ni de confesarle tus sentimientos?».

Las palabras estaban ahí. Las palabras siempre están ahí, listas para ser pronunciadas. Pero él, en cambio, estaba un poco más lejos de lo normal, perdido en su reacción ante la película. Así que, en lugar de hablar de nosotros, hablamos de historia y de que este año iríamos al Orgullo, pasara lo que pasase.

Ahora la Semana del Orgullo ya está aquí, y nada ha salido como esperaba. Llego a su casa y llamo al timbre aunque no hace falta, he entrado un montón de veces sin más. Pero en este instante quiero anunciar mi llegada.

Cuando Ryan abre la puerta está radiante, claramente cautivado.

—Sí que has tardado —dice.

Después, sin pronunciar otra palabra, se dirige a su habitación. Le grito «¡hola!» a su madre, pero nadie me contesta. Imagino que no está en casa.

Estamos solos.

Aun así, Ryan cierra la puerta de su cuarto. Pone un grupo indie a todo volumen y se asegura de que nadie pueda oírnos. Me quito los zapatos y me siento en la cama, porque es lo que hago siempre.

—Tengo un montón de cosas que contarte —comenta—. Un montón.

No puede parar. Cambia de canción. Recoloca mis zapatos. Toquetea una raqueta de tenis que por algún motivo está encima de su escritorio.

—Vale —dice—. ¿Por dónde empiezo?

Veo lo feliz que está. Veo las ganas que tiene de hablar conmigo y me duele darme cuenta de que soy capaz de descifrar su estado de ánimo tras años estudiando su cara: todo esto no tiene nada que ver con mi mensaje. No tiene nada que ver con nosotros.

No se sienta a mi lado. Se queda junto al escritorio, toqueteando la raqueta.

—A ver... Taylor ha organizado una fiesta esta noche y tiene muchas muchas ganas de que vaya. No es ningún fiestón ni nada, es

solo una quedada que sus amigos hacen siempre para el Orgullo. Ven películas y pasan un rato juntos. Suena superbién. Hemos hablado tanto por mensaje que es como si ya conociera a todos los que van a ir. Tiene un montón de colegas artistas. Una amiga suya es titiritera. ¿A que mola? Y Taylor va a preparar la cena. ¿Te había contado que sabe cocinar? No le gusta presumir, pero estoy seguro de que también se le da genial. No preparas la comida de tu propia fiesta si cocinas fatal.

Yo ni siquiera compro las patatas fritas para mis fiestas, así que no tengo ni idea de qué responder.

Pero Ryan no quiere que le responda, solo quiere que escuche.

—Sé que es tarde, pero me gustaría que vinieras conmigo. Taylor tiene muchas ganas de conocerte, y yo no estoy listo para ir y volver a la ciudad solo. Taylor vendría a recogerme, pero la fiesta es en su casa, así que tiene que prepararlo todo. Y, ya te digo, algunos de sus amigos parecen superinteresantes, así que igual pillas. Aunque si no te llevas bien con ninguno, tampoco pasa nada, vamos a ver pelis, así que no tendrás que mantener ninguna conversación incómoda si no te apetece.

No soporto verlo tan alegre y emocionado. De verdad, no lo soporto.

Sigue hablando.

—Sé que no suena tan divertido como la fiesta a la que fuiste el sábado. Por cierto, aún tienes que contármela. Pero sí, estará bien. En serio.

—A ver si lo he entendido —le digo—. ¿Me has hecho venir de la ciudad para que vuelva a ir a la ciudad contigo?

—No sabía que estabas en la ciudad hasta que me has dicho que ibas en el tren. Pensaba que estabas en casa, preparando el trabajo sobre Plath o qué sé yo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabrás, tú eres el que tiene secretos.

Lo dice con picardía, no con mala leche. Está de buen humor, se lo está pasando de coña. Tiene el mundo a sus pies, Taylor babea por él, y yo estoy totalmente fuera de la ecuación.

Quiero seguirle el rollo. Quiero ser su amigo. Quiero ser capaz de sonreír y reírme y darle una palmada en la espalda y seguirle el juego.

Pero no puedo. No puedo.

—No —le digo.

Ryan me mira con cara rara.

—¿No?

—Sí. No.

—¿Cómo que no?

—No puedo, en serio, no puedo hacerlo.

Mi corazón va a mil por hora, en pleno ataque de pánico. Tenía un montón de cosas pensadas, ¿por qué le he dicho justamente eso? Discurro a toda velocidad cómo salir de esta metedura de pata, cómo fingir que es broma. No es demasiado tarde.

—¿Qué es lo que no puedes hacer? —me pregunta.

Es demasiado tarde.

—Estás de coña, ¿no? —le digo—. ¿Me lo preguntas en serio?

Deja la raqueta, como si parar de toquetearla de alguna forma significara que se ha puesto serio. Me está mirando como si fuera una mascota que se ha asilvestrado.

A la mierda, igual lo soy.

—Escucha —me dice—. Perdona por haberte hecho venir hasta aquí para volver a ir a la ciudad. Si hubiera sabido que estabas allí, habría ido yo a verte. Lo sabes, ¿no?

—No —respondo—. No, no, no, no, no, no, no, no. No es eso. No me puedo creer que pienses que es eso.

Este es el momento en que debería preguntar: «Entonces, ¿qué pasa?». Pero no lo hace. Porque lo sabe. Y si me lo pregunta, estaremos un paso más cerca de la respuesta.

De todas formas, se lo suelto.

—Cuando digo que no puedo hacerlo, quiero decir que no puedo seguir ahogando mis sentimientos para que seamos siendo amigos y punto. No puedo. Y eso significa que no puedo quedarme aquí sentado y decirte que sí, que me encantaría ir contigo a la fiesta de tu nuevo novio. Que seas capaz de pedirme eso significa que se te ha dado mucho mejor que a mí distanciarte. Pero, joder, yo no puedo, Ryan. Estoy tan enamorado de ti que me da miedo.

Estoy temblando. No me puedo creer que esté pasando esto.

—No es mi novio —dice Ryan.

—¡ESO ME DA IGUAL! —le grito.

—Ya lo sé —me dice Ryan en voz más baja—. Ya sé que te da igual.

Ya está. Lo he hecho. He vencido su buen humor. Y no me siento mejor por ello.

—Ya lo hemos hablado —comenta tranquilo—. Sabíamos lo que hacíamos.

—¡Era mentira! —le digo—. Todo era mentira.

Niega con la cabeza.

—Nunca te he mentado.

—No, pero te has engañado a ti mismo. Si de verdad crees que no hay nada más entre nosotros, que solo somos amigos, si crees que enrollarnos no cambia nuestra relación, te estás mintiendo. ¿De verdad te lo has creído? ¿En serio no tienes ni idea de lo mucho que te quiero? ¿De cuánto deseo estar contigo?

Ryan parece horrorizado, y entonces me doy cuenta de que los dos temíamos esta conversación por motivos diferentes.

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora? —me pregunta.

—Porque eres lo mejor de mi vida, y sé que soy lo mejor de la tuya. Porque una cosa es que yo piense que no estás listo para estar con nadie y otra totalmente diferente es que quieras estar con alguien, pero no conmigo. Porque sé lo que siento cuando nos besamos.

Porque tengo la sensación de que llevo toda la vida esperando para contarte la verdad y, si no te la digo, acabaré odiándonos a los dos. Porque no quiero salir contigo a ayudarte a ligar, quiero estar contigo.

—¿Y si yo no quiero lo mismo? —Ryan se mantiene firme—. ¿Y si yo quiero a Taylor?

No puedo mirarlo. Estoy deshecho. Me abrazo a mí mismo. Me quedo contemplando la alfombra.

—Quiero decir... —continúa—. ¿Y si con quien quiero salir es con Taylor? Eso no significa que no quiera que tú sigas siendo mi mejor amigo. Quiero que seas mi mejor amigo. Siempre. ¿No es eso más importante que cualquier relación?

No levanto la vista.

—Claro que sí. Y quizá esté siendo egoísta, pero lo quiero todo. Te quiero a ti. Porque estoy enamorado de ti.

Lo digo y entonces me doy cuenta de que no hay nada más que añadir. Puedo repetirlo de mil formas, pero no me queda nada en la recámara, no puedo decir nada con más fuerza que eso.

Intento no pensar en cuando nos besamos en su cama. Intento no pensar en cuando estuve desnudo sobre esta alfombra. Intento no recordar todas las veces que cerramos la puerta y nos convertimos en esas personas y sentimos que todo era posible.

Se acerca y se sienta a mi lado. Noto su peso sobre el colchón, el hundimiento y que me elevo ligeramente.

Me pone una mano en el hombro. No es un gesto romántico, intenta consolarme.

—Mira —me dice—. Pienso seguir repitiéndotelo. Eres mi mejor amigo. Eres mi mejor amigo. Eres mi mejor amigo. Así es como te quiero, y es algo grande. No quiero estropear eso y no quiero hacerte daño. Te entiendo, para ti es obvio reaccionar así por lo de Taylor, pero, si te soy sincero, a mí me ha pillado totalmente por sorpresa. Sé que no es algo nuevo, que siempre ha estado ahí, ahora me doy cuenta. Pero tienes que entender que para mí sí es algo nuevo. Nunca pensé

que lo que hacíamos era... eso. Siento muchísimo si tú no estabas en la misma onda, pero yo no te he dado pie. Nunca. Yo siempre lo he tenido claro. Eso no significa que piense que eres menos increíble, sigo pensando igual. Pero no eres mi novio, eres mi mejor amigo.

—¿Y tienen que ser dos cosas diferentes? —le pregunto, incapaz de reprimir un sollozo.

—En nuestro caso, sí.

Esto va mucho peor de lo que había imaginado.

Nos quedamos ahí sentados durante un par de minutos. Yo no tengo nada más que decir. Él no tiene nada más que decir.

Al final, es Ryan quien rompe el silencio.

—Te vi bailando en el bar, y he leído lo de tus aventuras el sábado por la noche. No veas lo celoso que me puse. Pero me alegro, porque demuestra que tienes un montón de opciones. Encontrarás a alguien tan increíble como tú, y de verdad espero que me lo cuentes todo cuando suceda. Porque eso es lo que hacen los mejores amigos. Y aunque ahora vamos a estar raros durante un tiempo, da igual, todo pasa, sé que al final nos irá bien. Lo superaremos. ¿Vale?

«No quiero a otra persona. Te quiero a ti», pienso. A pesar de todo, no he cambiado de opinión.

Pero vuelvo a guardármelo dentro. Antes lo hacía por miedo a que no funcionara. Ahora lo hago porque sé que no va a funcionar.

Tampoco puedo decirle que vale, no puedo mentir.

Lo miro y vuelvo a pensar en todo otra vez.

«Eres guapísimo.

»Te comprendo.

»Me comprendes.

»Te conozco bien.

»Estamos juntos en esto.

»Podemos estar juntos.

»Si escarbamos y dejamos a un lado toda la basura, en el fondo lo que encontraremos es amor.»

Sé que debería dejar de pensar esas cosas, pero no puedes deshacerte tan fácilmente de algo que llevas dentro. Algo que está tan arraigado.

«No eres suficiente, Mark.

»Nunca serás suficiente.

»No sé cómo has podido creer que él podía verte así.

»Te ha utilizado y ha terminado contigo.

»Solo eras un sustituto hasta que encontrara a alguien mejor.

»Y ya ha encontrado a alguien mejor.»

Ryan se levanta y se acerca a su estantería. Coloca algo en una balda.

—Perdona por haberte hecho venir y por pensar que era buena idea invitarte a la fiesta de Taylor. Ya me dirás si quieres que te cuente cómo ha ido o no. Aunque lo entiendo, si no tienes ganas de saberlo. No tengo que hablar de él contigo si no te apetece. Lo que necesites para que podamos superar esto.

Sería más fácil si se comportara como un gilipollas. Si dijera algo que estuviera totalmente fuera de lugar. Así, podría marcharme enfadado. Me cuesta mucho decidirme a marcharme sin más.

Pero tiene que ir a la fiesta, y a mí no me queda nada que decir en voz alta. Así que me levanto. Respiro hondo. Me obligo a mirarlo a los ojos.

—Nos vemos mañana —le digo y, después, aunque sé que me voy a odiar por ello, añado—: Pásalo bien.

—Tú también —me responde.

No tenemos remedio.

Abro la puerta. Decido no mirar atrás.

—¿Mark?

Miro atrás.

—Yo también pelearía por ti —me dice—. Espero que lo sepas.

No puedo. No puedo.

Me voy antes de derrumbarme por completo.

MARTES

Kate

12

Me despierto de repente con la cálida luz del verano que se cuele por la ventana y miro el teléfono.

Nada.

Es raro, porque Mark me dijo que me escribiría pasara lo que pasase. Con buenas o malas noticias. Con «Te quiero» o «No te quiero».

«Cuéntame», le escribo, y me llevo el móvil al baño y lo coloco sobre el lavabo. Mientras me ducho, sigo esperando a que suene. Quizá el ruido del agua sea demasiado fuerte y me impida oírlo, o quizá, mientras estoy bajo la ducha pensando en el beso de Violet, esté demasiado embobada con mis recuerdos para darme cuenta. Pero cuando corro la cortina y miro el teléfono, aún no ha contestado.

Me preocupo mientras me seco el pelo. Me preocupo mientras me pongo rímel. Me preocupo mientras me acerco el pintalabios a la cara, pero me lo pienso mejor. Violet y yo nos vamos a ver esta noche y no quiero emborronarme de pintalabios rojo ni manchar sus labios perfectos.

No quiero pensar en nada.

Cuando me bese, me dejaré llevar.

Me pongo el teléfono encima de las piernas mientras conduzco hacia el instituto, algo que normalmente no hago, porque mis padres han prohibido los móviles en los asientos delanteros. Los tres somos muy distraídos y no tenemos remedio ni paciencia. Es mejor alejar la tentación. Pero no recibo ningún mensaje mientras conduzco y, cuando aparco, decido que la cosa debió de irle bien.

Porque, si se parece un poco a Lehna o a June o a Uma, no me mandaría un mensaje si estuviese superfeliz de la vida, pero no tardaría ni un segundo en escribirme si estuviera destrozado. Me enviaría «novelas» por mensaje. Varios volúmenes de poesía triste. Me habría pasado toda la noche despierta contestando: «¡Ay, no! Qué mal. ¿Quieres que vaya a tu casa?».

Cuantas más vueltas le doy, más creo que la noche le fue bien, que le fue increíble. Que fue apasionada. Quizá se les olvidó poner el despertador y por la mañana los padres de Ryan los han pillado desnudos y juntos, y en este mismo momento les están soltando una buena bronca. O tal vez eso ocurrió anoche y ahora mismo están castigados sin teléfono, lo que explicaría por qué Mark no me ha escrito.

Camino de mi taquilla, me desvío por el pasillo C, donde Mark tiene la suya, pero no hay ni rastro de él. Y tampoco de Ryan. Me dirijo a mi pasillo y dos chicas de un curso inferior me paran.

—Qué ganas tenemos de ir a tu exposición esta noche —dice una.

—Sí —coincide la otra—. Me he enterado de que todos tus cuadros ya están vendidos. Qué pasada. ¡Enhorabuena!

—Ah, gracias —les digo.

Con todo lo que está ocurriendo con Violet y Lehna y Mark, no he tenido tiempo de procesar mi nueva fama. Es desconcertante. Pero no puedo regodearme ahora mismo, porque si estas dos chicas a las que casi no conozco ya saben que todos los cuadros están vendidos, Lehna también debe de haberlo descubierto.

Pero Lehna está supersimpática conmigo cuando llego a nuestras taquillas.

—Qué noche nos espera —dice.

—No me lo creo, más que nada porque todo esto empezó con una mentira —comento—. Sigo esperando a que algo salga mal. No creo que las mentiras deban hacerse realidad.

—No fue una mentira. Fue un deseo. ¿O un pensamiento mágico? Algo de eso.

Me encojo de hombros. No sé cómo lo ve ella, pero para mí fue un engaño. Intentamos hacer que pareciera más importante de lo que soy. Y ahora se ha vuelto realidad, pero aún siento que no lo valgo.

—Voy a llevar a June y a Uma esta noche. También puedo llevarte a ti si quieres, para que no tengas que conducir, por si te apetece beber algo de champán. He oído que suelen servir champán en estos eventos...

—Ni siquiera había pensado en cómo ir todavía.

Asiente, como si todo esto le saliera natural, como si no fuera una oferta de paz. O una prueba.

—Solo dime si quieres que pase a buscarte. —Cierra su candado y añade—: Aunque sea a última hora.

—Gracias.

—No hay de qué.

Me sonrío y está a punto de marcharse, pero no quiero que se vaya. Se está portando muy bien conmigo, y yo no me lo merezco. Aún no le he contado nada de ayer.

—Oye —le pregunto—. ¿Va a venir Candace?

Asiente y sonrío.

—Qué bien. Tengo muchas ganas de conocerla mejor.

—Violet también va —comenta—. ¿Te parece bien? Es mucha presión para una sola noche, y las dos sabemos lo que te pasa cuando te presionan.

Tengo que contárselo, pero el pasillo está casi vacío. Vamos a

llegar tarde a clase.

—Hablamos a la hora de comer —le digo.

—Sí, claro. Nos vemos.

Se marcha hacia su clase, y yo debería ir a la mía, pero me quedo ahí plantada, hasta que la campana deja de sonar. Las puertas se han cerrado y el pasillo se ha quedado en silencio. Estoy sola con mis pensamientos.

Cada clase me acerca más a la hora de la comida y me aleja más de la seguridad de que Mark esté pasando el día embobado con la felicidad del éxito de la noche anterior. No mejoró la situación cuando me encontré a Ryan y me dijo que nos veríamos en la galería.

—AntlerThorn, ¿verdad? —me preguntó riéndose.

—Exacto.

—No, en serio. ¿AntlerThorn? ¿Qué nombre es ese?

—No lo sé. Espera, ¿dónde está Mark?

No me contestó. Avergonzado, murmuró algo sobre que tenía que irse por algo de la revista de literatura, aunque los dos sabemos que el último número está terminado y distribuido y lo único que le queda por hacer en esa clase es pasar el rato.

Miro el teléfono en cuanto vuelvo al vestuario después de jugar al voleibol. Aún no he sabido nada de Mark, pero hay un mensaje de un número que no conozco.

Kate, guapísima. Tengo buenas noticias y más buenas noticias disfrazadas de malas noticias. Lo primero: hemos colgado tus cuadros. Quedan muy... pintorescos. Son superpintorescos. La otra noticia te va a poner un poco nerviosa, pero, te lo prometo, no es nada que no puedas conseguir en dos horas. Eres una chica estupenda. Ahí va: ayer se me olvidó decirte que todos los participantes de la exposición han donado una obra para una subasta en beneficio de The Angel Project. Pensé que podías donar alguna pieza de las que no se vendieran porque, claro, cómo íbamos a saber que las ibas a colocar todas,

pero llegó la coleccionista esa y nos sorprendió a todos. Tuve que recoger mi mandíbula del suelo. Así que se me olvidó lo de la subasta. Necesitamos una pieza nueva y la necesitamos antes de la exposición para que nos dé tiempo a hacerle fotos para la subasta online. Un mensajero irá a tu instituto a las dos en punto. Sé que puedes hacerlo. No se te ocurra decepcionarme.

Es algo casi imposible, pero también es la excusa perfecta para evitar a Lehna. En vez de ir a donde se reúnen los del último curso, me dirijo al estudio de arte y me alegro de encontrarme a mi profesora comiendo en el aula mientras navega por internet. Le escribo a Lehna:

Tengo que pasarme la hora de la comida en el estudio. Acabo de enterarme de que debo preparar otro cuadro.

«¿Cóoomo?», me contesta, porque sabe mejor que nadie que tardo días en terminar una obra. Todas las capas de pintura tienen que secarse. Añado un montón de detalles. Me paso horas mezclando colores mientras busco el tono perfecto. Pero, mientras coloco un lienzo en blanco en el caballete y abro mi maletín de pinturas, pienso en lo que dijo Violet: el arte es creación.

Así que creo.

Avanzo a buen ritmo, trabajo más rápido y más suelta de lo normal, no me preocupa hacer las cosas bien. Pero, aun así, la hora de la comida es demasiado corta. Le cuento a la señora Gao que es una emergencia: «¿Puede ayudarme para no tener que ir a la clase de la señora Rivera?». Todo el mundo sabe que la señora Gao y la señora Rivera son amigas. Hasta hemos visto fotos de las dos en Facebook con ropa de calle, bebiendo cócteles los fines de semana.

—Deja que hable con ella.

Desaparece y luego vuelve y me pasa su teléfono.

—Kate, ¡estoy muy orgullosa de ti! —me dice la señora Rivera—. Carrie, esto..., la señora Gao y yo iremos a tu exposición esta noche. No te preocupes por mi clase, tómate tu tiempo para terminar el cuadro. Les contaré a los compañeros lo de tu exposición. Repasa

el último tema del libro antes del examen final si puedes, pero ya tienes un sobresaliente, así que no te preocupes. Repásatelo por si acaso. Vale, ¡a trabajar!

Vuelvo a mojar el pincel en la pintura roja y me pongo los auriculares cuando entran los alumnos de la clase siguiente. Intento no hacer caso de sus miradas.

Puede que sea mi mejor trabajo, puede que sea el peor. A las dos, apenas lo miro. Busco una caja de cartón y lo coloco dentro para llevárselo al mensajero. Tengo la extraña sensación de ser el centro de atención de todos los alumnos, y el hecho de que haya un coche negro con un hombre trajeado esperándome, con un cartel que dice claramente «KATE CLEARY», no ayuda a relajar el ambiente.

—Hola —saludo.

—Buenas tardes.

—La pintura aún no está seca, así que...

Coge la caja. Mira dentro.

—Te aseguro que tendré muchísimo cuidado —afirma.

—Gracias.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —me pregunta.

«Enséñame cómo volver a hablar con mi mejor amiga —quiero decirle—. Ayúdame a no cagarla con la chica a la que llevo toda la vida esperando. Dime qué decirle a alguien a quien le han roto el corazón.» Porque ahora sé que Mark no está castigado por haber tenido sexo la noche anterior. Era una teoría que no estaba mal, pero la dura realidad se hace cada vez más patente, y pronto lo veré e intentaré con todas mis ganas ser la amiga que necesita.

Puede que no sepa cómo ayudarme a mí misma, pero espero poder ayudarlo a él.

El mensajero espera pacientemente mi respuesta.

—No, gracias —le digo.

Asiente. Lo veo marcharse y pasar por los badenes a cámara lenta.

Tras una clase de cálculo sintiendo la ausencia de la mesa vacía de Mark, busco su dirección y me pongo en camino. Vive en el extremo opuesto de la ciudad, en una casa modesta parecida a la mía. En lugar del típico césped sin nada, tiene un jardín perfectamente cuidado, con flores y enredaderas. Al dirigirme hacia la puerta, paso junto a varias sillas de madera que hay alrededor de una mesa de exterior con un centro con flores del jardín.

Llamo a la puerta. Nada. Llamo al timbre. Nada.

Desesperada, pruebo a abrir. No está cerrado con llave.

He entrado sin permiso, algo que no haría en circunstancias normales. Avanzo por el comedor, decorado con gusto, y sigo por el pasillo, en busca de la habitación de Mark. Es fácil adivinar cuál es: la única con una camiseta de béisbol en la puerta.

Llamo despacio.

—¡Estoy intentando dormir! —grita desde el otro lado de la puerta.

—Soy Kate —le anuncio.

Al principio no dice nada.

—¿Kate?

Abro la puerta. Dentro está oscuro, así que tardo un momento en distinguirlo, acurrucado en la cama.

—Ya me has encontrado —dice.

—Pues sí, estaba desesperada. Llevo todo el día intentando contactar contigo.

Me siento a su lado, al borde de la cama.

—Qué manera de mantener el misterio.

Se vuelve para mirarme, y contengo la respiración.

Me esperaba tristeza, pero no esto: tiene la cara hinchada de llorar, igual que los ojos. Ni rastro de su encanto habitual, y tampoco de su dolor o preocupación.

No se parece en nada al chico que hace poco se ha convertido en mi amigo.

—Siento no haberte escrito.

—No —le digo—. No digas eso, no pasa nada.

—He escondido el teléfono en el cesto de la ropa. No quería saber si me llamaba. O si no me llamaba.

—Tiene sentido.

—Katie —me dice.

—¿Sí?

—Fue horrible.

Levanto una mano de la cama. No nos hemos tocado demasiado, pero se la apoyo en el brazo, se relaja.

—Lo siento mucho —le susurro—. Es culpa nuestra.

—No es culpa de nadie, es solo la verdad.

—No creí que las cosas fueran a salir así.

Guarda silencio durante un buen rato.

—Yo tampoco —dice.

Hay una ventana encima de su cama, y quiero abrirla para que entre la luz. Aún va vestido como ayer y está sudoroso de tanto llorar.

—¿Has comido algo?

—Mi madre me ha preparado el desayuno.

—Son casi las cuatro. Tienes que comer.

Voy a la cocina a prepararle un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada. De camino, paso por delante del televisor y de los DVD de sus padres, ordenados alfabéticamente. Elijo uno al azar. Antes de volver a su habitación, miro el teléfono. Brad me ha mandado una foto del *flyer* con mi nombre justo debajo del de Lin Chin. «Súbelo a Instagram YA.» Pienso en sus bonitas grullas, tan delicadas. Leí una entrevista que le hicieron en la que explicaba cómo una amiga de su madre le había enseñado a hacer origami. Decía que no hablaban el mismo idioma, así que se comunicaban a través del papel, de los pliegues, de las figuras que creaban.

Entonces pienso en mis cuadros junto a sus piezas y se me hace un nudo en el estómago.

Llamo al marco de la puerta de Mark y entro en la habitación.

—Podemos ver una peli —le digo.

Y le doy el bocadillo. Está sentado, pasando una mano por el cabecero de la cama.

—Tu exposición —dice—. Me he olvidado por completo. Será mejor que me arregle.

—La fiesta no empieza hasta las seis y media. Tenemos tiempo.

—Pero deberíamos salir a las cinco para llegar a tiempo.

—Puedo llegar tarde, como los famosos.

—Entonces deberíamos salir a las seis.

—O un poco después.

Luego empiezo a decir algo.

Pero me detengo.

Y después lo digo de todas formas:

—O podríamos no ir.

En cuanto lo suelto, me siento aliviada. Veo alivio también en la cara hinchada de Mark.

—¿En serio?

—En serio.

—No me puedo creer que hicieras eso por mí.

Su gratitud es demasiado, no puedo aceptarla, así que le digo:

—No lo hago solo por ti.

No pinto nada en la exposición. ¿Cómo voy a mirar a la cara a Lin Chin sin morirme de vergüenza? ¿Cómo voy a quedarme ahí parada escuchando a Brad y Audra definir mis cuadros como «pintorescos»? ¿Cómo voy a soportar las miradas de Lehna desde el otro lado de la galería? Sería mucho más fácil no ir, pero no es el momento de hacer una lista de los motivos.

—Joder, la galería es horrible. ¡Esas paredes!

—Demasiado rosa.

—Demasiado rosa, sí. Así que arreglado. Podemos ver una película.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Sale Johnny Depp. Tienes que verla para recordarte que el mundo está lleno de buenorros.

Parece dolido.

—Para cuando estés listo —añado—. Por ahora, están en modo hibernación.

Sonríe. No estaba segura de que fuera a sonreír nunca más.

Me acerco a su ordenador.

—No, no —dice—. Si vamos a ver la película, la vamos a ver bien, no en una pantalla de ordenador horrible.

Así que pasamos al salón y vemos en una pantalla plana gigante cómo Johnny Depp se enamora de una chica extranjera. Toda la película trata de que él quiere estar en otro lugar. Quiere formar parte de otra familia. Vivir en otra ciudad. Tener otra vida. Parece que ella puede salvarlo.

Violet.

Debo avisarla de que no voy a ir.

Pero no tengo su número. Podría escribirle un mail para explicárselo, pero no sé por dónde empezar.

Son más de las cinco. Lehna estará recogiendo a June y a Uma, y mirando el teléfono a la espera de mi mensaje aceptando su invitación o dándole un motivo por el que no voy con ellas. En vez de eso, solo recibe silencio.

Y ahora son las seis y la película está a punto de terminar, y Mark y yo estamos llorando porque es bonito ver cómo acaban juntos. Hay un montón de formas de estropear las cosas y decepcionar a la gente, pero no tantas de hacerlo bien.

—Kate —me dice mientras pasan los créditos—. Explícame una cosa. ¿Eres así normalmente o pasa algo?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, pero solo para ganar

tiempo.

Sé exactamente qué quiere decir. Huyo de todo lo bueno que me ocurre. Primero de Violet y ahora de la exposición.

—Y acabo de darme cuenta —añade— de que todo el mundo que conozco que va a ir a la universidad no para de hablar del tema. Sé que tú vas a ir a UCLA, pero solo porque se lo dijiste a mi madre. Nunca lo comentas y vas a acabar el instituto dentro de nueve días.

Cierro los ojos.

Violet.

Me tomo mi tiempo para recorrer el pasillo. «Acabas el instituto dentro de nueve días. Acabas el instituto dentro de nueve días.» Me noto un poco mareada. Me tiemblan las manos.

Abro mi mochila y me siento sobre la alfombra de Mark.

Un mensaje de Lehna.

¿Es una estrategia publicitaria o qué? No estás por ningún sitio y no eres tan famosa para hacer algo así.

Le contesto:

Necesito el número de Violet.

Un momento después, me vibra el móvil:

Flipo.

Espero a ver si me llega otro mensaje con el número, pero nada.

No sé qué le voy a decir a Mark cuando vuelva al salón. Podría contarle la verdad, supongo: que me esforcé en los cuadros que mandé en mi portfolio. Que lo hice sabiendo que no me iban a aceptar porque el programa de arte es muy competitivo y mi trabajo seguro que no destacaba entre los miles de solicitudes. Pero me llegó la carta felicitándome y mis padres se alegraron mucho y mis abuelos nos llevaron a cenar y nadie me preguntó ni una sola vez si era eso lo que quería.

O podría darle la respuesta que todos esperan y que di también a mis padres, a mi familia y a los amigos de mis padres: «He oído que los profesores son increíbles, tengo muchas ganas de ir a la playa y de

tomar el sol y de conocer a gente nueva».

Pero Mark sabría que es mentira. Sabría que intento engañarlo.

¿La verdad? La verdad es que no creo que me lo merezca.

Sin embargo, justo cuando llego al final del pasillo aparecen los padres de Mark y me rescatan de la situación con presentaciones y comentarios sobre el sábado por la noche. Después, lo abrazo fuerte para despedirme. Quiero decirle que no me apetece dejarlo solo. Quiero saber qué va a hacer ahora. Quiero que me hable de Ryan y que me cuente qué se dijeron y si aún queda alguna esperanza de que pase algo entre ellos.

Pero no tengo ganas de hablar de mí ni del miedo que siento.

Lo suelto y lo miro fijamente a los ojos. No sé cuánto saben sus padres de lo que pasó anoche y no quiero revelarles sus secretos. Así que, como ninguno de los presentes va a malinterpretar nada, le cojo la cara y le doy un beso en la mejilla.

—Señor y señora Rissi —digo—. Quiero mucho a su hijo.

Sus padres parecen muy contentos, y Mark niega con la cabeza. Me dirijo al coche.

Cuando llego a casa, me sorprende ver que está a oscuras hasta que caigo en que probablemente mis padres vayan camino de la ciudad para asistir a mi exposición después del trabajo. Tengo que decirles que no estoy allí.

Me vuelvo y veo que mi teléfono está iluminado con un mensaje.

Una frase corta de un número que no tengo guardado. Lo cojo.

Compénsamelo.

MARK

13

No quiero que se vaya.

Mientras vemos *¿A quién ama Gilbert Grape?* solo me olvido de lo que me pasa durante unos veinte minutos. Ryan ha salido de la habitación, y estamos solo Katie, yo y la película. Mi mente se puede relajar. Mi cuerpo está cómodo. No soy un trapo.

Pero la peli termina, y mis padres llegan a casa, y aunque no quiero que Katie se vaya, ella sale corriendo como si acabara de terminar de hacer de niñera, y no necesita que mi padre la lleve a casa. Me da un beso en la mejilla, le dice a mi madre lo genial que soy y desaparece. Igual debería enfadarme, pero la verdad es que no puedo echarle la culpa. Ni yo mismo me aguanto, ¿cómo voy a esperar que lo haga otra persona? Me siento agradecido por el rato de olvido que me ha regalado, me siento agradecido por que hay alguien en el mundo que sabe que necesitaba desconectar de todo durante un rato.

Nos hemos quedado mis padres y yo solos y, aunque estamos en la sala y yo ocupo el sofá, me siento como si me encontrara en el asiento trasero del coche durante un viaje largo en el que mi madre no para de mirarme por el espejo retrovisor. Sé que estoy hecho un asco. Sé que se ha dado cuenta. Se da cuenta de todo, especialmente cuando algo no va bien.

Pero con mi padre presente no va a preguntarme qué me pasa. Porque él le dirá que me deje en paz. Es su manera brusca de defenderme.

—Estoy cansado —les digo reuniendo todas mis fuerzas, y me dirijo hacia las escaleras.

—No es tarde —comenta mi madre.

«Para mí, es muy tarde», pienso.

Espero que Katie vaya a la exposición. Es todo un detalle que se haya quedado a consolarme en vez de obligarme a ir con ella, pero espero que no se la pierda por mi culpa.

Saco el móvil del fondo del cesto de la colada, casi sintiendo nostalgia por la persona que llevó puesta esta ropa sucia. Solo quiero el teléfono para desearle buena suerte.

Pero, antes de poder hacer eso, hay otro mensaje que tengo que leer.

¿Estás bien?

Cómo se atreve a preguntarme eso. Cómo se atreve a fingir que es tan fácil. Cómo se atreve a preguntármelo solo una vez.

Me juré que no iba a mirar el móvil, y ahora que he roto esa promesa es como si todas las demás tampoco sirvieran de nada. Como cualquier adicto, he construido mis compuertas con papel higiénico. En un ataque, cojo el ordenador y busco todas las páginas o aplicaciones en las que Ryan ha podido publicar algo. Quiero ver cómo le ha ido la noche, el día, cómo continúa la historia sin mí. Soy el puto Tom Sawyer (¿o es el puto Huckleberry Finn?) asistiendo a mi propio entierro, pero solo me importa la reacción de una persona. Aunque esa persona ni siquiera se ha molestado en ir al entierro porque, mientras busco en un montón de pestañas, no encuentro ni una palabra, ni una imagen, ningún reflejo de su vida que pueda espiar. Lo único que veo en Facebook es que ha ido a la exposición de Katie. No dice si acompañado o solo.

Clico en su lista de amigos. Escribo «Taylor» en la casilla de

búsqueda. Aparecen cinco personas. Dos son chicas que se llaman así. Dos son chicos que se apellidan así. Y uno es el anticristo.

Sé que no es justo. Pero tampoco es justo ver lo guapo que está en su foto de perfil, con una camiseta de tirantes rosa frente al Golden Gate, con las gafas de sol en el bolsillo izquierdo del pecho, sobre el corazón, y tatuajes que no me atrevo a leer. No es justo abrir su perfil y descubrir que juega al waterpolo y que publica poesía en una revista alternativa de la zona de la bahía. No es justo ver una foto subida ayer a las 23.13 de Taylor con su brazo tatuado alrededor de Ryan, sentado en un sofá verde lima junto a otros dos tíos, con un montón de comida en una mesa delante de ellos.

Me pregunto a qué hora volvió Ryan a casa anoche. Si es que durmió en casa.

«¿Estás bien?» No, no estoy bien.

Vuelvo a la página de Ryan. No hay fotos de Taylor en su muro, pero sí un montón de nosotros dos. Nada ni remotamente romántico para los que no estén al tanto de la historia. Pero yo las veo desde mi punto de vista y sé que después de la foto sin camiseta en la playa fuimos al bosque y nos besamos contra un árbol. El proyecto que hicimos sobre el volcán Krakatoa tuvimos que acabarlo en una noche porque nos pasamos dos semanas poniéndonos en erupción el uno al otro en vez de trabajar. En la foto que salimos con nuestras amigas Lisa y Aimee después de ver *Frozen* sé que parece que me echo sobre él para poder entrar en el plano, pero en realidad me pegué a él para poder rodearle la cintura, para tenerlo cerca y sentir mi cabeza apoyada en la suya. Yo veo ternura. La he visto desde siempre.

Es una gilipollez que llore. ¿De qué sirve?

Debería haberle contado más cosas a Katie. O debería haber pensado en lo importante que era la exposición para ella antes de arrastrarla al agujero negro en el que se ha convertido mi vida. Aunque ella no se ha comportado como si su noche fuera importante. No sé. No soy capaz de ver más allá de Ryan y de mí.

Lo que también es una gilipollez.

¿Estás bien?

¿Por qué tengo el teléfono en la mano otra vez?

¿Por qué estoy escribiendo «NO» en mayúsculas?

¿Por qué le he dado a «Enviar»?

La voz de mi cabeza me dice: «Supéralo». Pero estoy confundido. No reconozco la voz. No es Ryan. No soy yo. Es como una versión militar de mí. El tío serio con voz profunda. ¿Por qué está en mi cabeza? ¿De verdad mi mente cree que voy a dejar de sentirme fatal si me hablo con voz de sargento?

Miro el móvil. Ryan no me ha contestado.

Han pasado siete segundos.

Pienso en escribir a Katie para pedirle perdón por entretenerla. O para darle las gracias por haber venido. O para suplicarle que vuelva.

Oigo la voz de mi madre en algún lugar. Me está llamando para que vaya a cenar.

Todo esto es culpa mía. Por ir a la ciudad. Por hablar. Por no dejar las cosas como estaban. Por forzarlo.

Sabía que lo perdería si le decía algo.

Le dije algo.

Lo perdí.

No puedo echarle la culpa.

Los golpes en la puerta no están mi cabeza. Mi padre me está llamando.

—¿Vienes a cenar, muchacho?

A Ryan le encantaba que mi padre me llamara así. Diría «Si mi padre me llamara “muchacho”, igual podría contarle la verdad».

No se refería a la verdad sobre nosotros dos. Hablaba de él. Aunque está relacionada con los dos.

Me doy cuenta de que no he contestado. Mi padre espera una respuesta.

—No lo sé —le digo.

—¿No sabes si vienes a cenar? Tu madre ya lo ha preparado todo, así que creo que la mejor respuesta es «Sí».

Esa también habría sido una respuesta mejor para «¿Estás bien?».

Miro el móvil.

—Mark.

Mi padre se está impacientando.

—Lo siento —le digo.

No tengo ni idea de si he hablado o solo lo he pensado.

«¿Qué estás haciendo, Mark?»

Vale, sin duda eso lo he pensado.

«Te estás portando como si hubierais cortado.

»No habéis cortado.

»Para cortar, primero tenéis que estar juntos.»

—Pero estábamos juntos —digo. En voz alta.

Por suerte, mi padre ya se ha ido.

Sé que tengo que comer y sé que mis padres quieren que cene con ellos, y esas obligaciones me llevan a la cocina, donde ellos ya están comiendo la ensalada.

A Ryan le parecía divertido que mis padres empiecen todas las comidas con una ensalada. A los suyos no les iban las verduras.

No tengo ni idea de por qué estoy pensando en pasado.

No ha muerto.

No se ha ido a ninguna parte.

Hasta me ha mandado un mensaje para preguntarme si estoy bien.

(Miro otra vez. El teléfono no se separa de mi mano.)

—Espero que le hayas dicho a Katie que podía quedarse a cenar —dice mi madre—. No me ha dado mucho tiempo a hablar con ella, pero me cae bien.

—Tenía que ir a una exposición —murmuro a la defensiva.

Sueno como si me estuviera acusando de espantar a Katie.

—¿De quién? —pregunta mi padre.

—Suya. En AntlerThorn.

Mi madre deja el tenedor, aunque aún tiene lechuga pinchada.

—¿Qué?

—Expone su obra en una galería. Hoy es la inauguración.

—¿Y por qué no estás con ella?

«Porque soy un mal amigo, mamá. Y parece que tampoco soy un buen novio.»

—No lo sé —digo.

Se levanta. ¿Por qué se ha levantado mi madre?

—Vamos —me dice.

No entiendo qué está pasando.

Mi madre está buscando la dirección en su móvil.

—Sé dónde está —dice.

Y no hay más que hablar.

Como un enorme sabueso gay, Brad huele mi presencia en cuanto cruzo la puerta.

—¡Menos mal! —exclama, y corre hacia mí—. Audra ya estaba afilando la pica para clavar mi cabeza, y prefiero que me claven otras cosas. Ja. La línea que separa llegar tarde para causar sensación de llegar tarde para provocar una tragedia es muy fina. Y a Audra no le hace ninguna gracia. No, señor. Pero ahora que estás aquí voy a enseñarte...

Brad se para en seco porque al mirar por encima de mi hombro ha visto a mi madre, no a Katie.

—¿Dónde está? —pregunta—. Por favor, dime que está aparcando.

—¿Quién es? —pregunta mi madre—. ¿Es amigo tuyo?

Por la manera en que dice «amigo» está claro que se refiere a «amigo especial», esto es, novio.

—Encantada de conocerte —le dice, y le tiende la mano.

Brad analiza la ropa de mi madre y le da el visto bueno.

—No está aparcando —susurro.

Y entro en la galería antes de que a Brad le dé un ataque. Me cuesta reconocerla porque está llena de gente. Hay algunas caras conocidas del instituto, pero la mayoría son adultos. Adultos serios. Con joyas serias. Entablado conversaciones serias sobre arte. O cotilleando, pero haciendo que parezcan conversaciones serias sobre arte. Busco a Ryan, pero no lo encuentro. Después busco a Katie, pero no la encuentro.

—Tú. Sí, tú.

No presto atención porque me preocupa meterme en algún lío. Pero al final tengo que volverme cuando alguien me da una patada en la pierna. Veo a la amiga de Katie, Lehna. Su enfadada amiga Lehna. Las otras dos chicas van detrás de ella. Me sabe fatal, pero no me acuerdo de sus nombres.

—¿Dónde narices está? ¿Qué mierda le has hecho?

Ignoro a Lehna y veo que mi madre sigue charlando con Brad. Por la manera en que sujeta el bolso, imagino que están hablando de dónde lo ha comprado.

Lehna me da otra patada.

—Céntrate, majo —me ordena—. Katie se comporta de manera muy extraña desde que te conoció. Exijo una explicación.

¿Quiero que Ryan esté aquí? ¿Por qué no ha venido? ¿Está con Taylor?

Lehna mueve la mano delante de mi cara.

—Déjame en paz —le digo.

Y me dirijo hacia la pared seis.

—No tan rápido —dice Lehna.

Y me coge de la camiseta. Cada vez nos mira más gente.

Entre ellos, Ryan.

Ryan.

Quiero que esté horrible, pero no está nada horrible.

Tampoco parece feliz.

Parece ausente.

No soy capaz de verlo sin que me afecte. Nunca he podido mirarlo sin reaccionar de alguna manera. Felicidad. Deseo. Debilidad.

Lehna tira con más fuerza.

Le cojo la mano y hago que me suelte la camiseta.

—¡No me toques! —grita.

No veo a Taylor. Ryan estaba hablando con alguien, pero no era él. Era Anna, una chica de clase.

Claro. Taylor no puede estar aquí.

Taylor todavía es un secreto. Porque Ryan todavía tiene un secreto.

Siento ganas de reírme. Y al mismo tiempo me imagino el castigo. Sería tan fácil... Lo único que tengo que hacer es acercarme a él y besarlo. No. Lo único que tengo que hacer es decirles la verdad a cuatro cotillas. No. Lo único que tengo que hacer es contárselo a mi madre, que se lo comentará a la suya. No. Lo único que tengo que hacer es besarlo. Lo único que quiero hacer es besarlo.

Todo el mundo lo sabrá. Y si lo sabe todo el mundo, no habrá razón para esconderse. Y si no hay razón para esconderse, no habrá razón para no estar juntos.

Creo que Lehna me está gritando, pero no importa. Avanzo hacia él, y él me observa acercarme y pienso: «Sí, ahora mismo yo tengo el poder». Lo único que tengo que hacer es besarlo delante de toda esta gente. Lo único que tengo que hacer es besarlo como si fuera lo más natural del mundo, como si lo hubiéramos perfeccionado con la práctica.

Me encanta que no tenga ni idea. Mientras me acerco, no tiene ni idea. Finge que no siente nada. Finge que todo está bien. Finge que no importa que camine hacia él en una galería llena de gente después de haberme pasado el día llorando.

Voy a hacerlo. Se va a enterar. Todo el mundo se va a enterar, y después todo volverá a estar bien.

«No. No lo hagas.»

Es la voz de Katie. En mi cabeza. Me paro y miro a mi alrededor un segundo. Pero no está aquí. No es ninguna de las personas que me están mirando.

«Has encontrado el arma, ahora títala.»

Miro a Ryan a los ojos y sé que voy a coger ese beso público, ese beso que lo habría cambiado todo, y lo voy a doblar hasta que sea tan pequeño que no vuelva a encontrarlo.

Nos miramos a los ojos durante un segundo. Parece triste. No se lo ve feliz. No hay deseo.

Solo pena.

—¿Dónde está Katie? —pregunta.

Y entonces Lehna aparece de nuevo ante mi cara, de nuevo entre Ryan y yo.

—No te marches así, contesta.

—No sé dónde está —le digo a él, a ella, a todo el mundo.

No menciono que la he visto. No es asunto de nadie.

Ryan aún parece triste. Me ha preguntado porque no sabe qué más decir. Ahora intenta pensar en qué paso dar a continuación. Y como yo no paraba de pensar en besarlo, lo único que siento ahora es que no lo estoy besando, que está aquí, pero en realidad no.

De repente es como si toda la galería cayera sobre mí. Lehna está enfadada y Ryan está en blanco y las constelaciones de los cuadros de Katie lanzan una advertencia. Percibo a los dos hombres detrás de mí, besándose a lo largo de los años, y veo a Audra dirigirse como un rayo hacia mi madre, y veo a Brad apartarse, como castigado. La gente me mira, pero nadie me ve, las paredes rosas van ocupando cada vez más mi visión, como si estuviera atrapado en un ventrículo lleno de gente, en un corazón ruidoso.

Necesito una vida nueva, y la necesito enseguida.

No me despido de nadie. Me dirijo hacia la válvula, nado hacia la puerta. Ignoro todas las voces, todas las miradas, todo excepto mi

pensamiento de salir de aquí. Salgo a la acera y giro a la izquierda, paso por el lateral de la galería, llego hasta la parte de atrás. Me siento en el bordillo. Agacho la cabeza y la apoyo entre las manos.

Se produce un flashazo, como un rayo de luz. Levanto la mirada y cuando consigo volver a ver reconozco a Garrison, el fotógrafo del sábado, sonriéndome.

—Lo siento —se disculpa, y baja la cámara—. No me he podido resistir. Era una imagen de desconsuelo preciosa.

—No hay nada precioso en mí ni en el desconsuelo —le digo.

—Desde fuera, sí.

—Pues yo no estoy fuera.

Se sienta a mi lado en el bordillo.

—Llegará el día en que lo estés. Sé que ahora no lo ves posible, pero llegará.

Diría que no me ha reconocido, no sé por qué me iba a reconocer. Hasta que me pregunta:

—¿Le gustó a la gente la otra foto?

—Sí, supongo —digo—. Todo el mundo habló del tema. Todo el mundo menos el chico que más quería que dijera algo.

Me da un golpecito en la rodilla, como lo haría Katie, no como lo haría alguien en Happy Happy.

—No me creo que te vaya a decir esto, pero no soy mucho mayor que tú. Y sé que, cuando tenía tu edad, este consejo me habría entrado por un oído y me habría salido por el otro. Pero voy a dártelo de todas formas. La mayoría de las vidas son largas, y la mayor parte del dolor es corto. Los corazones no se rompen de verdad, siempre siguen latiendo. No quiero quitarle importancia a lo que estás sufriendo, pero yo también he pasado por eso, y al final esa sensación desapareció. Como Winston Churchill, famoso homosexual, dijo en una ocasión: «Si alguna vez te rompen el corazón, sigue caminando».

—¿Winston Churchill era gay?

—No, solo quería relajar el ambiente.

No me siento mucho mejor, la verdad, pero sí más relajado. Algo es algo.

El fotógrafo se pone de pie. Levanta la cámara de nuevo.

—Una más, para la posteridad.

No poso. Le dejo que me vea como soy.

—Imperfecto —dice—. Es decir, perfecto. —Y después, como todo el mundo, hace la pregunta del millón—: ¿Dónde está tu amiga?

Kate

14

Me lo encuentro en la acera, justo donde me dijo por mensaje que estaría.

—No me puedo creer que hayas venido —le digo.

—No me puedo creer que tú no.

Aunque estamos detrás de la galería, las voces y las luces del interior me dicen que la fiesta aún está muy viva cuatro horas después de que empezara. Vi a la señora Rivera y a la señora Gao subirse al coche cuando llegué, pero oigo las voces de Lehna y Brad y una risa tan chillona y triste que solo puede ser de Audra. No busco la voz de Violet porque sé que no está aquí. Está en algún otro lugar, esperando a que la compense.

Se oye la voz de Brad a todo volumen anunciando que queda una hora para que acabe la subasta.

—¿Vamos a otro sitio? —pregunto—. Ya volveremos más tarde, no puedo entrar ahora.

Mark se levanta.

Lo miro, me mira.

No somos los mismos que éramos el domingo.

Se pasa una mano por el pelo, incluso la forma en que le cae por la cara ha cambiado. No es el chico de oro que enamora a todo un bar con sus encantos y su atractivo. Está herido y destrozado, cansado y perdido. Si bailara encima de una barra ahora mismo, el público lo observaría igual, pero nadie sonreiría.

También percibo el cambio en mí, pero no quiero pensar en ello. Una cosa es que alguien te haga daño, otra muy distinta es herirte tú misma.

—Ha venido Garrison, te estaba buscando.

—¿En serio?

—Me ha hecho una foto y me ha dado un consejo. Creo que piensa que es mi hado madriño.

Sonrío aunque no tengo ganas y entonces pienso en la noche del sábado, en la mansión y en toda esa gente y en la sensación de que cualquier cosa era posible.

—Nunca nos van a preguntar qué pasó —digo—. Si no nos lo han preguntado ya, nunca lo harán.

—Ya lo sé.

El coche que hay aparcado delante de nosotros cobra vida y me deslumbra con los faros.

—¿Qué consejo te ha dado?

—No sé qué sobre corazones. Y luego me ha soltado la cita de Churchill de caminar por el infierno, pero él lo ha cambiado por el corazón.

—Al señor Freeman le encanta esa cita. ¿Te ha dado historia?

—Sí, en segundo año.

—Me encanta su clase. Tiene todos los pósters enmarcados en vez de pegados en la pared como el resto de los profesores. Me gusta que siempre tenga té en la mesa y el vaho que llena el aula cuando en invierno pone la tetera. Nunca quería que su clase acabara. Aunque habláramos de guerras y traiciones y muerte, todo cosas horribles, y sobre cómo se repiten, cuando estaba en su clase me sentía segura.

Mark me mira como si estuviera contándole todo esto como respuesta a su pregunta de antes. Y quizá sea así. O, al menos, es la mejor que puedo dar teniendo en cuenta que no sé cuál es la respuesta.

«¿Qué te pasa?»

Si pudiera expresarlo con palabras, tal vez no me seguiría pasando.

Cierro los ojos.

Violet.

Pero ya no funciona. Ya no es una idea ni un encantamiento ni un sueño. Es alguien a quien he besado. Sabe que tengo problemas y que suelo huir. Y aunque debería consolarme que me quiera de todas formas, no es así.

Nada me consuela.

—Vamos a dar una vuelta —propone Mark.

Dejamos atrás el restaurante japonés al que fuimos con Violet. Dejamos atrás un karaoke y a un hombre que hay tumbado sobre un montón de mantas en una puerta, donde va a pasar la noche, restaurantes de comida rápida y un club de jazz, a modernos y a mendigos, un estudio de tatuajes y una iglesia. Y después la calle se transforma en un lugar más tranquilo, pisos y más pisos y nadie excepto nosotros y los coches y alguna persona que vuelve a casa.

Llegamos al final de la manzana y nos detenemos. Las luces de la ciudad se extienden a nuestros pies.

—No me había dado cuenta de que íbamos cuesta arriba — comenta Mark.

—Yo tampoco —digo, aunque jadeo ligeramente.

Intento descubrir qué me pasa. Sigo sin conseguirlo.

—Cuéntame lo de esa noche.

Se vuelve hacia mí.

—No nos van a preguntar, pero sigue siendo algo nuestro.

Asiente.

—Vale —dice—. Nos presentamos en la puerta y no sabíamos qué iba a pasar. Llamamos y esperamos una eternidad, pero entonces, el tío ese, George, abrió y nos invitó a entrar. Era como una escena de *El gran Gatsby*, pero más gay. A menos que estés de acuerdo con el señor Chu y pienses que esa parte extraña con las elipsis significa que Nick y Gatsby se enrollaron, en ese caso es como una escena de *El gran Gatsby*, igual de gay. El sitio estaba lleno de helechos y alfombras y champán en bandejas de plata que llevaban camareros buenorros y que se bebían invitados aún más buenorros. «Os estábamos esperando», dijo George y, aunque era imposible, también era cierto. —Toma aire—. Ahora te toca a ti.

—Era verdad que nos estaban esperando. Pasamos por debajo de una lámpara de araña enorme y fuimos hasta donde estaba el fotógrafo con sus amigos. Nos preguntaron qué tal nos había ido la noche y les encantó todo lo que les contamos.

—Es increíble el interés que mostraron en nosotros.

—A mí no me parece tan increíble —opino. Me concentro. Intento encontrar la razón de su interés—. Lo que nos está pasando, las decisiones que tomamos y las que no, las cosas que podemos controlar y las que no, es enorme. La gente puede elegir olvidar lo que significó para ellos o pueden recordarlo. Pueden escucharnos a medias y poner mala cara cuando nos marchamos porque somos jóvenes y no tenemos ni puta idea de lo que estamos haciendo. O pueden escucharnos de verdad y acordarse de cuando eran como nosotros, y quizá podamos despertarles algún recuerdo. —Se me están llenando los ojos de lágrimas, me tiemblan las manos—. Porque lo perdemos. Crecemos y dejamos atrás quienes somos. A veces, cuando suena una de mis canciones favoritas, no puedo evitar interrumpir lo que estoy haciendo y tumbarme a escuchar. Siento cada palabra de la canción. Cada nota. Y es horrible pensar que dentro de veinte años, o de diez, o

de cinco, escucharé esa misma canción y ladearé la cabeza o algo y ya está. Estoy seguro de que creeré que sé más sobre la vida, pero no es cierto. Sabré menos.

Tengo la cara empapada.

—Mírame —digo—. Soy una imbécil. Probablemente esperabas algo real, pero lo único que puedo soltar para explicarme es un rollo existencial.

—No —responde Mark—. No digas eso.

—En serio. Tú estás pasando por algo que es de verdad con Ryan, y yo estoy asustada por pensar demasiado.

—No —repite—. La que habla es tu yo futuro. Has madurado, idiota.

Me río. Me coge de la mano.

—Cuéntame qué pasó después.

—Vale —le digo—. Déjame pensar. Los amigos de Garrison sacaron los teléfonos y dijeron que solo necesitaban diez minutos para hacerme famosa. Me preguntaron cómo se llamaba la galería, y luego mi nombre en Instagram. Mientras seguían haciendo su magia, Garrison nos dijo que quería sacarnos unas fotos allí mismo. Se cambió de sitio conmigo, así que yo me senté en el sofá, y le pidió a George...

—¿Decidimos al final quién era George? ¿Un mayordomo moderno y joven? ¿Todavía existen los mayordomos? Igual es mejor un ayudante personal.

—Creía que George vivía allí. Que era uno de los dueños. Fue superhospitalario.

—Puede que lo fuera.

—Da igual. Le pidió a George que me pasara una botella de whisky. Le dije que gracias, pero que tenía que conducir. «Solo quiero que la sujetes», me contestó. «No sé si me hace gracia la idea de que me hagan fotos con una botella de whisky que ni siquiera me voy a

beber», insistí. «No sale en la foto», me dijo. Me enseñó la cámara para que lo viera y era verdad. Supongo que la botella era para que sintiera algo.

—¿Y sentiste algo?

—No lo sé. Bueno, sí. Supongo que me hizo sentirme atrevida.

—¿Crees que se reflejó en la foto?

—Ni idea, no la vi bien.

—¿Por qué no?

Niego con la cabeza, no se me ocurre ningún motivo.

—Podemos seguir en otro momento —dice—. Vamos.

«Compénsamelo. Compénsamelo.»

—¿Qué pasa? —me pregunta Mark—. Te has parado.

Supongo que dejé de caminar.

—Violet —digo—. No sé cómo voy a recuperarme de esto. Ha comprado todos mis cuadros. Seguro que la gente le ha preguntado un montón de cosas, y yo la he dejado sola ante el peligro.

—Llámalas —sugiere Mark.

Pero no puedo. No podría soportar oír la decepción en su voz.

—O mándale un mensaje.

—¿Y qué le digo?

—Pregúntale dónde está. Vete a donde sea.

—Pero estoy horrible.

—Estás guapísima. Vete. Impresiónala.

Escribo:

Violet. Lo siento mucho. ¿Dónde estás?

Empieza a responder inmediatamente. Después para. Empieza otra vez.

Acabo de llegar a casa.

—Está en casa —digo—. No sé dónde vive.

—Pídele la dirección.

Se la pido.

Aguanto la respiración.

—Está en Hayes.

—Eso queda cerca —dice Mark—. Vamos.

Ojalá pudiera comprarle algún regalo, pero todas las tiendas están cerradas, así que cuando nos presentamos en su casa diez minutos más tarde voy con las manos vacías.

—¿Quieres que te espere? —me pregunta Mark.

—Estás de broma, ¿no? Tú vienes conmigo.

—Mmm. —Niega con la cabeza—. No es muy romántico que vaya yo. No te preocupes. No me iré hasta que me digas que lo haga.

Asiento y entro sola. Sigo las instrucciones que me ha mandado por mensaje y rodeo el edificio hasta la parte de atrás, donde encuentro un pequeño estudio con la luz encendida. Llamo a la puerta.

Abre.

Cuando la veo, se me rompe el corazón. Sigue vestida para la fiesta, con unos pantalones de espiga y zapatos de tacón, y una corbata fina alrededor de su esbelto cuello. Si la viera pasar por la calle así, me pararía a mirarla con lujuria y asombro.

Pero al verla ahora, cuando se aparta para dejarme entrar, es demasiado. Miro las paredes. Están casi todas desnudas excepto una en la que hay algunas fotos en blanco y negro clavadas con chinchetas. Me acerco. Son todas del circo.

—¿Las ha hecho tu madre? —le pregunto.

Asiente.

Tiene el portátil sobre la cama. En él hay un vídeo de YouTube en pausa en el que aparece un trapeceista vestido con un traje plateado sobre un fondo negro, colgando del trapecio con una sola pierna.

He venido a pedirle perdón, a confesar. He hecho algo peor que llegar con muchísimo retraso, ni siquiera me he presentado. Pero, en vez de eso, le pregunto:

—¿Echas de menos el circo?

No dice nada. Al fin la miro por primera vez desde que he llegado.

—Pensaba que ya era hora de quedarme en un sitio —dice—, hacer mi vida aquí. Pero no soy capaz ni de deshacer el equipaje.

Señala una maleta y un montón de cajas, y entiendo a qué se refiere. No hay cómoda ni mesa ni sillas. Solo una cama y una cocinilla sin ollas ni sartenes ni nada más que indique que alguien vive allí.

—No estoy acostumbrada a quedarme en un sitio durante mucho tiempo. He venido porque pensaba que habría algo esperándome. — Parece que está a punto de llorar, pero contiene las lágrimas—. Vamos afuera, necesito tomar el aire.

—Vale —le digo—. Pero Mark está esperando en la calle. Si quieres hablar, puedo decirle que necesitamos tiempo...

—Sinceramente, no me apetece mucho hablar —responde.

La sigo afuera, con un nudo en la garganta y los ojos ardiendo.

—Hola, Mark —saluda—. No estoy de humor. Creo que deberíamos ir a tomar un helado.

—Me gusta el helado —dice Mark.

Y echamos a andar. Violet va la primera, en dirección al centro del barrio donde adultos superguais se ríen y beben cerveza en una terraza. Somos los únicos adolescentes a la vista.

Veo la heladería a lo lejos, pero antes de llegar, Violet se para en seco delante de una mujer que hay sentada en una manta en el suelo.

—Cambio de planes —nos dice. Después, se dirige a la mujer—: Quiero que les leas las cartas a mis amigos.

Me acerco y veo que hay un cartel sobre la manta que dice: «TAROT».

—No estoy muy segura —objeto.

—Sí... —Mark ladea la cabeza—. Gracias, Violet, pero...

—Admitidlo —dice ella—. A los dos os vendría bien aclarar un poquito vuestras vidas...

Aunque ya he rebuscado lo suficiente en mi alma por una noche, sé que no puedo volver a decepcionar a Violet, así que cojo a Mark de

la mano y me acerco. La lectora de tarot es más joven de lo que parecía. Siento la suave manta en las piernas, es pequeña, así que mi rodilla toca la de Mark.

—Soy Kylie —se presenta—. ¿Os han leído las cartas alguna vez?

Mark y yo negamos con la cabeza.

—Una buena manera de empezar es con tres cartas: el pasado, el presente y el futuro. ¿Quién quiere ser el primero?

—Él —digo.

—Ni de coña —se opone Violet, que está detrás de nosotros. Después, le dice a Kylie—: A Kate no se le da bien terminar lo que empieza.

La chica asiente como si ya lo supiera. Me coge de las manos, y no puedo evitar ponerme roja. Por primera vez esta noche siento el frío del ambiente, ojalá me hubiera traído un jersey, una chaqueta o una bufanda, algo para cubrirme.

Me suelta las manos y va a coger las cartas, pero se detiene.

Se vuelve para mirar a Mark a la cara y le coge las manos. Inhala durante más tiempo de lo que consideraba posible y después exhala igual de lentamente.

—Voy a haceros una lectura conjunta —nos informa.

Miro a Mark. Se encoge de hombros. Espero a que nos explique por qué, pero solo dice:

—Siento que es lo más apropiado.

Abre una caja dorada y saca las cartas.

—Baraja —me dice. Y luego, se dirige a Mark—: Tú las cortas.

Después, la adivina se concentra.

—Al girar la primera carta, ya siento dolor —dice.

No quiero juzgarla, pero somos dos adolescentes con las mejillas húmedas por las lágrimas. Tres, si contamos a Violet. No hay que ser adivino para percatarse.

Le da la vuelta a una carta preciosa: una mujer alegre y desnuda

flotando en el cielo, rodeada por una corona verde.

—Sí. Esta es la carta del Mundo —comenta.

—No lo entiendo —dice Mark—. A mí me parecen buenas noticias.

Pero la carta, aunque es bonita, me hace sentir tristeza.

—Está boca abajo —observo.

Asiente.

—Un mundo del revés —explica—. No hay cierre. Hay demasiadas cosas que han quedado sin decir, sin hacer. Siento que esta carta me atrae hacia ti, Kate.

Me mira.

—Te has estado conteniendo.

Se me forma un nudo en la garganta por el dolor, que después se transforma en ira.

—Ya, te acaban de decir que me cuesta terminar lo que empiezo.

No responde.

—Vale —acepto—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Gira la siguiente carta. Esta vez, una mujer tiene los ojos vendados y está atada, rodeada de espadas.

—No puede quedar más claro —dice—. Los dos estáis sufriendo, estáis atascados.

Se vuelve hacia Mark y se lleva una mano al pecho.

—Tu corazón está roto y no sabes cómo avanzar.

Mark me mira con escepticismo, y estoy de acuerdo con él. Es fácil suponer que un adolescente con los dientes perfectos y ropa buena con cara de tristeza tiene el corazón roto.

—Es una chica a la que has estado muy unido durante mucho tiempo —dice—. Lo veo por lo profundo del dolor.

Estoy confusa, pero la sonrisa de satisfacción de Mark no deja lugar a dudas: Kylie es una mujer disfrazada, hablando con un chico sobre sus problemas de faldas. Probablemente lo haga para pagarse la universidad.

—Fijaos bien —nos pide—. La figura está atada y tiene los ojos vendados. Parece atrapada, pero no es así.

—Está rodeada de espadas —observa Mark—. Parece que está bastante atrapada.

—Mirad bien. Las espadas no la rodean del todo, y solo tiene atados los brazos. Si confiase en sí misma y avanzara, conseguiría liberarse. Esta carta es una advertencia para los dos. No podéis dejar que el dolor os atrape.

—Vale —digo—. Si estás atravesando el infierno, sigue caminando. Parece el tema de la noche.

—Podría ser —acepta—. O quizá, si crees que estás en el infierno, abre los ojos. Puede que te sorprenda lo que ves.

Toca la última carta, lista para darle la vuelta.

—Esta es la carta que nos dirá vuestro futuro. ¿Listos?

Asentimos.

La gira. Aunque en realidad no creo en esto, aunque Kylie solo es una chica guapa que cuenta historias, que juega con nuestras vidas, me asalta el miedo.

En la carta hay una torre sobre la que cae un rayo, llueve fuego en un cielo negro. Dos hombres saltan para escapar de las llamas y caen al suelo rocoso. Esperaba una carta sobre fuerza o paz y que Kylie pronunciase las palabras que todo el mundo utiliza para dar ánimo: «Ahora las cosas parecen difíciles, pero pronto todo irá mejor». En vez de eso, me encuentro cara a cara con el desastre.

—Vale —dice—. La Torre. Es una carta poderosa.

—Sí. —Mark está de acuerdo—. Eso ya lo veo.

Le tiembla la voz.

—No tengáis miedo —dice—. O tened miedo si queréis, no pasa nada. Dadme un segundo, necesito pensar.

Vuelve al principio, al mundo del revés, avanza por las espadas y después hasta la Torre.

—Soy nueva —explica—. Sé que las cartas parecen aterradoras.

Dan miedo. Pero miraos. Estáis fatal, se os ve tristes y asustados. No necesitáis que las cartas os digan eso, ya lo sabéis. Así que, si seguimos el camino que nos muestran, vemos que la torre es necesaria. Es necesario que ocurra algo importante. Algo tiene que cambiar, y va a suceder pronto. Puede que ya sepáis lo que está por venir. Será algo que os altere, algo que agite vuestro mundo. Pero cuando la torre se queme hasta los cimientos y os levantéis del suelo, y el fuego se apague y pase la noche, volveréis a ver la luz del día.

»Mark, crees que estás solo, pero hay alguien en el horizonte. Veo amor, amor correspondido, en tu futuro próximo. No lo veo directamente en la carta, pero lo siento. Es alguien a quien conoces pero que no te esperas. No es la chica que te imaginas. Kate, la mujer con la venda en los ojos eres tú. Mira, sus pies no tocan el suelo. Estás muy cerca de ser libre.

—Eso es lo que me da miedo —confieso.

—Ya lo sé —responde—. Ya lo sé. Pero los cambios requieren valor.

Se echa hacia atrás, como si hubiera terminado, pero entonces se inclina hacia delante otra vez y clava la vista en las cartas.

—Siento algo —dice.

Esperamos.

Se le ilumina la cara.

—Él —le dice a Mark—. Lo siento, lo di por supuesto. No estaba escuchando con claridad. Él no es quien crees.

Violet le da quince dólares a la mujer, y Mark se levanta, pero yo tardo un momento en recomponerme. Me pongo de pie. Intento recuperar mi escepticismo, pero no lo consigo. Siento lo que acaba de pasar, sea lo que sea, como algo real y cuando me vuelvo me doy cuenta de que también lo es para Violet.

Me está mirando fijamente, con una tristeza más intensa.

—Parece que tienes mucho en lo que pensar —dice—. No quiero meterme en medio y molestarte.

Debería decirle que se equivoca. Debería mentirle y decirle que nada de eso es verdad. Debería decirle que, aunque me lo creyera, ella nunca podría molestarme. Quiero volver a su estudio, al momento en que dijo que creía que algo la esperaba aquí. Yo la estaba esperando, eso es lo que debería decirle. Aún la espero.

Pero tardo demasiado en hablar y ella interpreta a su manera mi silencio. Asiente. Fuerza una sonrisa triste.

—Ya me avisarás cuando tengas las cosas claras —me dice.

Se da la vuelta y vuelve a su casa.

MIÉRCOLES

MARK

15

—¿Crees que es él? —pregunto por décima vez en cinco minutos.

A la mañana siguiente, justo antes de clase, estamos sentados en el capó del coche de Katie, bebiendo café, observando a la gente entrar.

—¿Mackenzie Whittaker?

—Seguro que detrás de esa fachada dura de chico de ciencias es un cachorrito. No es quien creo que es.

—¿De qué vais a hablar?

—De ciencia. Podemos hablar de ciencia, de ciencia dura, de biología.

—¿Y él?

Señala con la cabeza a Ted Lee, un chico de mi equipo de béisbol.

—Hetero.

—¿Seguro?

—Hetero.

—Le has estado dando vueltas, ¿verdad?

—Un poco —admito—. Algunas de las vueltas eran muy concretas. Pero la respuesta sigue siendo la misma: es hetero.

—Odio esa palabra. «Hetero.» Es aburrida. Sería mejor que a los «no heteros» nos dejaran llamarnos como queramos. No sé, algo más interesante, como «etéreo». O «iridiscente». Me gusta. «¿Crees que es hetero?» «No, es iridiscente.»

—¿Sabes lo que odio yo?

—Dime.

Miro a Ted, que no está nada mal.

—No me apetece nada tener que empezar con esta ronda de clasificación. «¿Es o no es?» Si me gustaran las chicas, eso no pasaría. Podría intentarlo directamente porque las probabilidades estarían a mi favor. Y si al final resultara que la chica es iridiscente, ups.

—Qué me dices si el chico que crees que es hetero «no es quien crees que es».

Katie lo suelta como si estuviera estudiando para ser adivina.

Me apoyo en el parabrisas y doy un trago al café.

—Necesitamos nuestro propio programa, tú y yo encima del capó del coche, hablando sobre la gente que pasa. Seríamos un bombazo.

—¿Qué te parece Diego? Es iridiscente.

Aunque sé a quién se refiere, lo miro. Después me arrepiento, porque me ha visto y tarda un rato incómodo en apartar la vista.

—Interesante —dice Katie.

—Le he gustado —le explico—. Durante casi todo este curso. Me ha pedido salir tres veces.

—¿Por qué le has dicho que no? Es un tío majo.

—Porque estaba saliendo con otra persona. Aunque no podía decirle a Diego que estaba saliendo con otra persona. No me quedó otra, me porté como un imbécil.

—¿Cómo?

—Me comporté como un imbécil a propósito. Lo ignoré. Fingí que no me estaba pidiendo lo que me estaba pidiendo. Le hice creer que en realidad soy un capullo para que no pensara que tenía un

problema con él. Me lo curré un montón para que no pensara que la cosa podía ir más allá.

No le cuento que lloró. No sería justo. Pero lloró. La tercera vez fue la peor. No paraba de repetir «No lo entiendo». ¿Qué podía hacer? Le respondí «Te quiero, pero solo como amigo» sin parar, lo repetí tantas veces que apenas sabía lo que decía. Si dices algo un montón de veces al final son solo palabras.

—Lo siento —dice Katie.

—No es culpa tuya.

—Tampoco tuya.

—Sí que lo es.

—Indirectamente, es de Ryan.

—Pero Ryan nunca me pidió que lo hiciera. Creo que no le habría importado que saliera con Diego. Hasta se habría alegrado. Me habría destrozado saber que le parecía bien.

Katie hace un rápido cálculo mental.

—Entonces, durante todo el tiempo que has estado con Ryan, ¿no has estado con nadie más?

—Nunca ha habido nadie más. Él es el único. ¿Y tú?

—Dicen que las lesbianas se casan después de la primera cita.

—¿Es un estereotipo?

—Comprometidas con el compromiso. Así somos. Pero parece que yo, con mi corazón de placebo, soy la excepción a esa norma. Me cuesta pasar de la primera cita. La primera media hora, todo bien. Después, dejan de gustarme poco a poco. Y yo tampoco me gusto cuando me veo intentando impresionarlas. Así que paro y me largo en cuanto puedo. Y, por supuesto, babeo por la única chica a la que no puedo tener.

—Hasta que deja el circo y viene aquí.

—Más o menos.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Estoy seguro de que Katie está pensando en cómo acabó la noche, y a mí no me apetece

mucho seguir especulando sobre los chicos del instituto, porque eso hace que me plantee la cuestión de qué voy a hacer si encuentro al adecuado.

—Mira —dice Katie—. Por ahí viene alguien muy especial. Mi ex.

Miro y veo a Quinn Ross, la competencia de Ryan, poeta y editor de la revista literaria «independiente» del instituto.

—¿Has salido con Quinn Ross?

—Sí, cuando tenía nueve años, durante dos semanas. Los dos acabamos siendo gais.

—Hola, Katie —dice al acercarse a nosotros—. Y hola, Markitos. Las clases están a punto de acabar y vosotros parece que ya os habéis rendido. Siento no haber ido a la galería anoche, estoy haciendo de voluntario en The Angel Project en el Castro. Es una semana importante para recaudar fondos. Todo el mundo viene a la fiesta del Orgullo, pero, cuando se van, sigue habiendo adolescentes sin hogar que necesitan ayuda. Deberíais pasaros esta noche. Organizo un concurso de poesía.

—A lo mejor nos pasamos —comenta Katie, sin comprometerse—. Tenemos un par de cosas que hacer primero.

Espero que eso signifique que irá a ver a Violet, pero no quiero decir nada con Quinn delante. Es su ex.

—Espero verte allí —le dice a Katie—. Y a ti aún más —me dice a mí.

—Mmm, vale —respondo.

Quinn se ríe y se marcha.

—No estoy seguro de que me gusten tus ex —le comento a Katie.

—¿Quinn? Es inofensivo. Ladra mucho, pero no muerde. —Mira su teléfono—. No me apetece nada, pero creo que deberíamos entrar. Sería lo peor suspender en junio por faltas de asistencia.

—¿Vas a llamarla? —le pregunto.

—Sí. No. Una de dos.

—Prométemelo. Prométeme que, cuando nos volvamos a ver aquí después de clase, le habrás enviado un mensaje al menos.

—No, no te lo puedo prometer porque no quiero romper ninguna promesa que te haga a ti. Y no estoy segura de ser capaz de cumplir esa.

—Deberías llamarla, deberías intentar darle una explicación.

—Ya lo sé, lo haré. Pero igual no quiere hablar conmigo, y no la culpo.

—No, pero te echarás la culpa a ti.

Sale del coche y coge su mochila del asiento trasero.

—Ya lo sé —repite.

Y se dirige hacia clase.

Ryan me encuentra antes de la hora de comer.

—Me parece fatal —me dice.

Estoy en mi taquilla, no tengo escapatoria.

—¿El qué? —le pregunto, haciéndome el tonto.

—Que no me hables. La cara de miedo que tienes ahora mismo. Que te comportes como si todo esto fuera culpa mía.

—Nunca he dicho que fuera culpa tuya.

—Lo mismo da. —Se calla, mira al suelo y después me mira a mí otra vez—. Ayer desapareciste.

—Estaba detrás de la galería. Si hubieras ido a buscarme, me habrías encontrado.

—Pero no querías que fuera. ¿O sí?

Ahora me toca a mí mirar al suelo, sincerarme.

—No.

—Exacto. Fatal.

Se queda en silencio, y sé que es porque está pasando gente cerca de nosotros. Gente que podría oírnos.

Cuando ya están lejos, continúa.

—Te he visto hablando con Quinn esta mañana. Menuda sorpresa.

—No es nada. Es el ex de Katie.

—Seguro que te ha contado lo del concurso de poesía.

Se saca un *flyer* del bolsillo y lo desdobra. «La juventud *queer* habla.»

—No es muy sutil. Hasta lo han imprimido en papel rosa, por si alguien todavía no se había dado cuenta de que es un acto gay.

Se lo acerca a la nariz e inhala.

—Huele a Whitman.

—¿Vas a ir?

—Creo que sí.

—¿Vas a recitar? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Los poemas homosexuales de Ryan viven en un lugar privado.

—Puede.

Ah.

—¿Puede?

—Ya veremos. —Sonríe—. Tendrás que venir para ver si leo o no.

¿Qué me está contando? No sé lo que quiere.

—Taylor viene y creo que algunos de sus amigos también. Si al final leo, quiero que me anime más gente que a Quinn.

Me encantaría controlarme, no me gustaría que viera lo que siento de verdad. Pero mis barreras no son muy fuertes cuando se trata de él, así que la verdad las atraviesa.

—Si va Taylor, no me necesitas a mí —le suelto.

Las defensas de Ryan también deben de estar bajas, porque me coge del brazo, aquí, en mitad del pasillo, donde cualquiera nos puede ver.

—Solo te lo voy a decir una vez, ¿vale? Me gusta Taylor. Estoy muy ilusionado con Taylor. Puede que hasta quiera salir con Taylor si

todo va bien. Pero lo conozco desde hace unos cinco segundos y a ti desde que se crearon las montañas y los ríos. Sé que ahora mismo estamos raros, pero quiero que hagas un esfuerzo por superarlo y que vengas a apoyarme. Taylor es solo un chico, tú eres mi mejor amigo. Taylor es una cita, tú eres mi calendario. ¿Entendido?

Sé que debería decirle que lo entiendo. Sé que debería entenderlo. Pero a buena parte de mí aún le duele que sea capaz de decir estas cosas con tanta facilidad. Quiere poner la situación en perspectiva, en su perspectiva.

Además, no quiero ser su mejor amigo si no puedo ser también un chico. No quiero ser un calendario si no puedo tener una cita.

—¿En serio vas a recitar? —le pregunto—. ¿En público?

Sonríe.

—A veces pareces Eric *el Empanado*. Ya te lo he dicho, tendrás que venir para verlo. Digamos que igual no eres el único que se atreve a bailar encima de la barra.

Me ha pillado, y se marcha antes de que pueda contestar. Me quedo solo y confundido junto a mi taquilla. No me apetece seguirlo al comedor, así que voy a la biblioteca. Dave Hughes está solo. Me ve acercarme y me hace sitio en su mesa.

—¿Siempre estás aquí a la hora de comer? —le pregunto cuando me siento.

—No. Es mi hora de estudio. Yo como en el tercer turno.

—Ah, vale.

Veo que tiene la sección de deportes sobre la mesa y la señala con la cabeza para indicar que puedo cogerla. Después vuelve a lo que estaba haciendo en su portátil.

Unos cinco minutos más tarde, oigo algo parecido a «chis». Lo ignoro, pero se repite. Levanto la vista.

—Chis.

—Te está llamando esa chica de allí, la que está junto a la estantería —me dice Dave sin apartar los ojos de la pantalla.

Solo veo una mano, el dedo índice me dice que me acerque.

No reconozco la mano, pero cuando me acerco veo a June, la amiga de Katie.

—No hemos hablado, no nos hemos visto. Esto no ha pasado — me informa.

—Vale.

—Si Lehna se entera, se cabreará un montón. Ella es así, pero yo no quiero elegir bando. De verdad. No quiero que haya bandos. No es que alguien me haya preguntado «¿Qué te parece si nos dividimos en dos bandos?». Pero no mola nada tener amigos que no son buenos amigos de sus amigos. No mola nada de nada. Sé que debería hablar con Kate, pero, si lo hiciese, sería como elegir bando. Así que prefiero hablar contigo y, si al final se lo cuentas a Kate, no será cosa mía.

—Vale —le digo.

—Bien, porque Kate tiene que andarse con cuidado. Con mucho cuidado. Lehna está muy enfadada. Al principio solo estaba echándole teatro, pero ahora la cosa va en serio, porque cree que Kate está jugando con Violet. La vimos en la galería anoche y nos dijo: «¿De qué va Kate?». Lehna le preguntó: «¿Qué te ha hecho?». Y Violet nos contó que Kate la había dejado plantada y que estaba engañada. No, no dijo eso. Dijo que se estaba haciendo la dura. Dijo que Kate se estaba haciendo la dura y que, aunque entendía que todo había pasado demasiado deprisa, no pensaba esperar para siempre a que se decidiera. Y Lehna, madre mía. Lehna le dijo que Kate no se la merecía si le hacía esas cosas. Y tiene razón, porque no está bien tratar así a nadie. Pero también está equivocada, porque estamos hablando de Kate, y todas sabemos que solo actúa así porque tiene miedo. O al menos creía que todas lo teníamos claro. Pero al final deja de ser una buena excusa. A lo que voy: ha llegado el momento en que ha dejado de ser una buena excusa. Lehna está segura, y Violet está a punto de llegar a la misma conclusión. Dile a Kate que debe hacer algo, algo de verdad.

—Se lo he dicho esta mañana.

June me mira fijamente, y es como cuando te das cuenta de que Hello Kitty no tiene boca porque te puede transmitir cosas, como por telepatía.

—Pues vuelve a intentarlo —me dice—. Vamos a ir al Exploratorium esta tarde. Si vienes con Kate, distraeré a Lehna para que pueda hablar a solas con Violet. Es su última oportunidad. Dame tu teléfono.

Le doy mi número y se lo guarda. Me llama para que yo tenga el suyo.

—Listo —confirma—. Que no se te olvide, tú y yo no hemos hablado.

—No vas a elegir bando.

—Exacto. Solo quiero que todas mis amigas sean felices. A veces hay que ocuparse primero de una amiga y después de la otra.

Sé que tengo que buscar alguna excusa para llevar a Katie al Exploratorium. Es un sitio divertido, así que no debería resultarme difícil, puedo decirle que necesito distraerme en un museo de ciencias interactivo. Y, entonces, ¡sorpresa! Nos encontramos a Violet.

Sería fácil engañarla para que me acompañara.

Pero no quiero que nuestra amistad sea así.

Por eso me siento a su lado al principio de la clase de cálculo y le digo:

—Sé adónde irá Violet esta tarde y creo que tú también deberías ir.

Kate suspira.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado un pajarito. Y no te voy a decir nada más. Lo he prometido.

Katie asiente.

Continúo:

—Además, me he enterado de que Ryan asistirá al evento de poesía de Quinn.

Le cuento la conversación que he tenido con Ryan y lo raro que me he sentido.

—¿Quieres ir? —me pregunta Katie—. ¿Crees que va a leer?

—No lo sé. No lo sé. ¿Y tú qué? ¿Quieres ir al Exploratorium?

El profesor se aclara la garganta, espera a que nos sentemos para empezar.

—Luego te contesto —dice Katie.

Empieza la clase. Estamos a finales de curso, así que no hay motivos para prestar atención excepto por respeto al profesor.

En cuanto suena el timbre, me vuelvo hacia Katie, esperando una respuesta.

—Sí —dice—. Pero solo porque es el Exploratorium.

Cuando era pequeño, fui un montón de veces al Exploratorium con mis padres, pero la última vez que estuve allí fue con Ryan.

Fue una de nuestras primeras excursiones a la ciudad solos, y, durante dos horas, no me preocupé de si éramos novios o mejores amigos, o de si alguien nos veía, o de si ese sería el momento en que todo encajaría. No, durante dos horas fuimos solo nosotros, jugando y disfrutando. Experimentamos con ondas de sonido y poleas. Nos pixelamos y bailamos mientras un proyector nos transformaba en sombras en una pantalla caleidoscópica de colores. Al final de una exposición sobre obras creadas en un manicomio del siglo XIX, revisamos el libro de visitas y encontramos el comentario de un niño que decía: «He perdido mi tortuga. Se llama *Charles*». Durante semanas fingimos buscar a *Charles*.

—No ha podido ir muy lejos —decía yo.

—Igual deberíamos preguntarle a la liebre —contestaba Ryan.

Al final nos olvidamos de *Charles* y seguimos con otras bromas solo nuestras, con otras referencias de lo que compartíamos.

«*Charles* sigue por ahí —pienso ahora—. Debe de estar a punto de entrar en la adolescencia, como las tortugas ninja.»

No me vuelvo a contárselo a Ryan porque Ryan no está conmigo. Es Katie, y ella no tendría ni idea de lo que estoy hablando. Podría explicárselo, pero no sería lo mismo.

Siento que he perdido la mitad de las historias que conozco.

Escucho a Katie respirar profundamente, estamos a punto de llegar a la puerta. No le voy a preguntar si está segura porque no quiero darle la oportunidad de contestar que no.

Le mando un mensaje a June para decirle que hemos llegado.

Me responde casi inmediatamente.

Violet está donde los espejos.

Kate

16

No encuentro los espejos.

He mirado en el mapa, pero hay tantas zonas y salas que descubrir que es casi inútil. Mark me espera en la sala de las sombras. Me ha dicho que se quedaría allí un rato, por si lo necesitaba, y que si no volvía a buscarlo sería buena señal. Una muy buena señal.

—Pero no te olvides del concurso de poesía.

—Sí.

—Te necesito allí.

—Allí estaré.

—Vale. Voy a quedarme aquí un rato. Mi sombra tiene mucho potencial.

El reloj de la sala ha empezado la cuenta atrás, así que Mark ha entrado corriendo. Lo veo estirarse, con el brazo extendido como si intentara atrapar un lanzamiento, hay un flashazo y la sala se queda a oscuras otra vez.

Avanzo por los diferentes pasillos en busca de los espejos. Hay niños y adultos, turistas y socios del museo, y todos experimentan. Todos están entretenidos o relajados. Ojalá pudiera unirme a ellos, pero tengo que encontrarla.

Aún no sé qué le voy a decir. No sé qué voy a hacer. Pero lo que sí sé es que la voz de Kylie no para de hablarme desde ayer y sé que tiene razón. Yo soy la que se está reprimiendo. Yo soy la que puede cambiar las cosas.

Paso junto a gente que pulsa botones todo lo rápido que puede mientras unos números aumentan en una pantalla colocada sobre ellos. Paso junto a un tío que observa su propio reflejo. Paso junto a gente que lleva auriculares y junto a un grupo de niños que sujetan imanes encima de una mesa enorme. Entonces me paro en seco porque veo a Lehna, June y Uma. Menos mal que Lehna está de espaldas. June me ve y abre los ojos de par en par. Despacio, levanta una mano disimuladamente y apunta a un pasillo. Asiento para darle las gracias y me dirijo al centro de un grupo de turistas para seguir avanzando.

Y, por fin, ahí está Violet, delante de un espejo gigante. Su reflejo está del revés. Al acercarme a ella, aparezco en el espejo.

Me sonrío boca abajo.

Yo pongo cara seria.

No por ella, sino por cómo me he portado.

Me vibra el teléfono en el bolsillo.

Rápido, vamos hacia los espejos. Intentaré entretenerlas.

Agarro a Violet de la mano y me la llevo de allí, fuera del ala del museo dedicada al sonido y a la luz, hasta un espacio verde donde el aire parece más fresco. Estamos rodeadas de acuarios gigantes llenos de estrellas de mar, corales y anémonas, árboles con las raíces al aire y las plantas más verdes que he visto en mi vida.

Le suelto la mano, pero ella me coge las dos.

—¿Por qué has venido? —me pregunta.

—Para verte —respondo.

—Pero anoche... —dice—. Te di la oportunidad de marcharte y te fuiste. Estás muy esquiva.

—Tienes razón.

—¿Por qué? —me pregunta.

Abro la boca para responder, pero me interrumpe.

—No me contestes todavía, deja que te cuente por qué te lo pregunto.

Asiento, con las piernas flojas. Violet es increíble, hasta cuando me interrumpe. Hasta cuando me dice cosas difíciles, y sé que lo que me va a decir es difícil porque no sonrío, por la arruga entre sus cejas perfectas, por cómo aparta la vista mientras decide con qué palabras empezar.

Me diga lo que me diga, me lo merezco. Si me llama caprichosa, sabré por qué. Si me dice que no puede seguir con esto, lo entenderé. Aunque me destroce.

—Te lo pregunto porque no quiero a una persona difícil de conseguir —dice.

Niega con la cabeza. Tiene lágrimas en los ojos, y me doy cuenta de que le he hecho daño, de que se merece algo mejor.

—Me he expuesto —continúa—. Te traje una rosa, pero no me dejaste dártela. Fui a la galería para ver tus cuadros y me encontré con algo mejor: contigo. Por fin nos conocimos en persona y fuiste todo lo que deseaba que fueras. Y después compré todas tus obras. Fue una imprudencia, no es nada típico de mí, pero quería hacer algo grande. Quería conquistarte. Y después nos reímos con Mark. Y charlamos en la cena. Y paseamos. Y ese beso...

Intento hablar, pero niega con la cabeza.

—No he terminado —dice—. No quiero a una persona esquiva. ¿Te acuerdas de Lars y el poema? Quiero un amor así. Quiero un amor puro y verdadero. Y lo quiero contigo. Puede que te suene a locura, pero en parte es uno de los motivos por los que he vuelto. Nunca habíamos hablado, ni por mensaje, pero pensaba que de todas formas habíamos conectado, pensaba que podría encontrar ese tipo de amor contigo. Pero si no lo quieres, si eres así en realidad, si siempre huyes o dejas a la gente plantada, entonces tendré que pasar página.

Las lágrimas ahora le resbalan por las mejillas, pero se encoge de

hombros para decirme que, si tiene que pasar página, lo hará. Y no le será difícil. Solo hay que verla. Encontrará a alguien a quien querer con solo pasear por la calle.

—Vale, he terminado —me informa.

—Me toca —le digo yo.

Respiro hondo. La miro a los ojos. Ojalá pudiera cogerle la cara y besarla, pero sé que ahora mismo necesita algo más. Aunque quiero dárselo todo, estos últimos días he aprendido mucho, y sé que solo debo prometer lo que puedo cumplir.

—No quiero volver a decepcionarte —empiezo—. No quiero mostrarme esquiva. Anoche no me creía mucho lo del tarot, pero todo lo que dijo Kylie era verdad. Llevo toda la noche de ayer y todo el día de hoy viendo las cartas en mi cabeza y preguntándome qué significan para mí. Sé que me estoy reprimiendo. Sé que algo tiene que cambiar, que debo ser yo quien lo cambie. Y sé que, si tienes paciencia conmigo, cuando las torres se quemen, lo que encontraré al otro lado serás tú.

Parece que quiera creerme, pero entonces se le nubla la expresión de nuevo.

—Puede que haya ido demasiado rápido para ti —me dice—. Quizá fuera una estupidez besarte así.

—No —respondo—. Fue increíble. Fue el momento más romántico de mi vida. No dejo de pensar en eso desde que pasó. Quiero besarte otra vez. Por favor, confía en mí. Quiero besarte ahora mismo, pero te mereces que te bese alguien con las cosas claras. Así que voy a aclararme primero, y después, si todavía quieres, te besaré.

Ladea la cabeza y sonrío ligeramente.

—¿Y hasta entonces qué? —pregunta.

—Kylie dijo que no tardaré mucho. Hasta entonces, no lo sé. Podemos quedar. Hay un concurso de poesía esta noche.

—Sí, va a ir todo el mundo —dice.

—¿Quieres ir conmigo?

—Sí —responde.

—Ah, y con Mark.

Se ríe.

—Menos mal que Mark es muy simpático.

Me coge de la mano.

—¿Te parece bien? —me pregunta.

Se muerde el labio y me mira la boca. Me acaricia la palma de la mano con el pulgar.

—Necesito algo para aguantar hasta que estés lista para más.

Me vuelven a flojear las rodillas, estoy a punto de perder el control.

Y entonces:

—Uy, hola.

Me pongo tensa. Es Lehna. Cómo no. June y Uma, ambas con los ojos como platos, están detrás de ella.

Intento apartarme de Violet, pero no me suelta la mano.

—Mira a quién me he encontrado —dice.

Suena muy contenta.

—¡Anda! —exclama Lehna—. Menuda coincidencia.

June se pone roja. Tiene suerte de que Lehna nos esté mirando a nosotras y no a ella.

—Así que te ha dado por venir, ¿sola? —me pregunta.

—Mark también anda por aquí.

—Tendría que habérmelo imaginado.

Suena rara, y también alegre y simpática, aunque sé que no siente ninguna de las dos cosas.

—Vamos a jugar a los botones —dice Uma—. Empieza una partida nueva dentro de tres minutos. ¿Queréis venir?

—Debería ir a buscar a Mark —replico.

—¿Y tú, Violet? —pregunta Lehna.

—Me apetece estar un rato con Kate. ¿Nos vemos en el concurso de poesía?

Veo la sorpresa en la cara de Lehna, pero la transforma rápidamente en una sonrisa.

—Me alegro mucho por vosotras.

Me doy cuenta de lo que está pasando: Violet no sabe que Lehna y yo no estamos bien. Por algún motivo, Lehna ha fingido que las cosas van de cine conmigo, cuando es todo lo contrario. Las cosas van tan mal que incluso ahora noto la extrañeza que hay entre nosotras, incluso cuando Violet se acerca más a mí.

Se oye un pitido procedente de otra ala del museo.

—¡Está a punto de empezar! —exclama June—. Tenemos que encontrar algún botón libre.

Lehna asiente.

—Ah, sí —dice—. El juego de los botones nos llama. Pasadlo bien, chicas. Escríbeme luego.

Y entonces se alejan, se mezclan entre la multitud.

—¿Me lo parece a mí o Lehna estaba un poco rara? —me pregunta Violet.

—El ambiente está un poco tenso entre nosotras —le explico.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por varias razones. No pasa nada.

—Vale —acepta, pero suena insegura.

—En serio —le digo—. Voy a arreglar las cosas con ella, pero ahora mismo no. Vamos a buscar a Mark.

Asiente y nos dirigimos a la sala de las sombras cogidas de la mano. De camino, pasamos junto a un grupo que está cerca de uno de los puestos de botones. No paran de pulsarlos como locos, algunos rojos, otros azules, mientras los que los rodean observan el resultado en una pantalla y los animan.

—¿Qué es el juego de los botones? —pregunta Violet.

—Hay puestos como ese por todo el museo. Cada color intenta ganar.

—Ganar el qué.

—Pues nada. Solo intentan pulsar los botones más veces que el equipo contrario.

—¿Para qué?

—Ni idea —respondo—. Es como un fenómeno social o algo así. Veo a Mark fuera de la sala de las sombras.

—¿Te has cansado de las sombras?

—No —contesta—. Pero hay que dejar que lo pruebe otra gente.

—Qué considerado —dice Violet.

Su sonrisa es tan increíble que podría romperme el corazón, pero tengo muy pocas razones para que se me parta.

Así que es solo increíblemente bonita. Espectacular. Es tan guapa que no puedo dejar de mirarla.

—Parece que la cosa ha ido bien —comenta Mark.

—Estoy en ello —respondo, mirando a Violet—. Voy a intentar compensárselo.

—¿Y cómo va? —se dirige a Violet.

—De momento, bien —responde.

—Me alegro, porque eres la chica perfecta para mi amiga.

—¿Y tú qué? —pregunta Violet—. Primero fue «Voy a pelear por ti», después «Te necesito», y desde anoche parece que hay alguien nuevo en tu futuro.

—Fue muy convincente —afirma Mark—. Al principio no me lo quería creer, pero ahora no puedo parar de darle vueltas. Me da la sensación de que es...

—... verdad —termina Violet.

Mark asiente.

—Hemos analizado a todos los chicos iridiscentes del instituto.

Violet se ríe.

—«Iridiscentes.» Me gusta.

—Esta noche es el concurso de poesía. ¿Te ha invitado Katie?

—Sí, y he aceptado.

—Ryan también va.

—Oh oh.

—Y otros chicos.

—Chicos iridiscentes —comenta Violet.

—Sí, la gran mayoría de los chicos serán iridiscentes.

—Perfecto.

—Pero, antes de ir, tenemos que hacernos una foto de nuestras sombras —dice Mark.

Entramos en la sala y posamos, esperando a que el resto de los visitantes pierda el interés. Uno a uno se van marchando, hasta que solo quedamos los tres. Está oscuro, y el reloj cuenta treinta segundos.

—Vamos a formar una cadena —propone Violet—. Extended los brazos hasta que solo se toquen las puntas de los dedos.

Se coloca a mi lado, y Mark al otro. Estiramos los brazos como alas, nuestros dedos apenas se rozan.

—Treinta segundos —dice Mark.

No me da la sensación de que esto sea la carta con la torre ardiendo. Me he arriesgado, le he pedido a Violet que confíe en mí, pero no he saltado de un edificio en llamas ni me he estrellado contra las rocas. No he cambiado mi vida drásticamente.

—¡Veinticinco!

¿Qué podría hacer para cambiar de forma drástica la trayectoria de mi vida, para liberarme?

—¡Diez! —dice Mark.

—No os mováis —comenta Violet.

Tengo el corazón a rebosar.

Aquí es donde quiero estar, con estas dos personas increíbles. Nuestros dedos se tocan mientras contamos atrás.

—Cinco segundos —informa Mark.

—Me duelen los brazos —se queja Violet.

A mí también me duelen los brazos, pero los mantendría estirados mucho más tiempo si así pudiera conseguir que nos quedásemos aquí, que permaneciesen a mi lado, que la graduación no llegase en unos

días, que el verano no pasara volando.

—¡Tres! —exclama Mark.

—¡Dos! —dice Violet.

—¡Uno! —gritamos los tres.

Un flashazo.

Bajamos los brazos.

Avanzamos para ver la silueta en la pared.

Pasan unos segundos hasta que aparecen nuestras sombras, una cadena de tres perfecta. En estos segundos, entre la oscuridad y la luz, descubro lo que tengo que hacer.

MARK

17

Hace cinco noches, Katie y yo nos paseábamos por una mansión abarrotada, y yo me sentía más perdido que nunca en mi vida. Me sentía como un impostor, un intruso, alguien que se cuela en una fiesta, una fiesta que para los ricos y famosos no significaba más que otra noche cualquiera. No importaba que la gente me dijera que soy guapo, que me invitara a copas acompañadas de proposiciones. No importaba que el objetivo fuese fingir. No importaba que Katie estuviera conmigo, tan fuera de lugar como yo. Sentí que todo el mundo me seguía la corriente. Sentí que notaban que tenía miedo y que, en cuanto me marchara de allí, se reirían y les daría vergüenza ajena.

Ahora estamos en un sitio totalmente diferente y sigo sintiéndome fuera de lugar. Estamos en el salón de actos de un pequeño centro comunitario, con botellas de plástico de zumo de arándanos y Sprite en vez de champán, vodka y ginebra. El techo y las paredes están cubiertos de banderines rosas y morados, y hay unas cuantas mesas organizadas en semicírculo alrededor de un escenario improvisado: básicamente, un micrófono con algo de espacio alrededor.

Ryan está sentado a una de las mesas con Taylor y sus amigos. No quiero mirar a Taylor demasiado fijamente, pero tampoco puedo apartar la vista de él. Está cómodo, bailando, con una mano en el brazo de Ryan. Se me hace raro verlos, ver su dinámica. Ryan es sin duda el joven de la pareja, claramente el que tiene menos experiencia, el novato de la relación. Taylor cuida de él.

No estoy acostumbrado a ver a Ryan así.

No me ha visto todavía. Miro a Katie y a Violet. No sé qué ha sucedido, pero el resultado es visible: por fin se han encontrado. A cada minuto que pasa, se encuentran más.

Les he dicho que no tenían que venir conmigo, que podían abandonar al sujetavelas, no pasaba nada.

—Ni hablar —se negó Katie—. Somos un trío, vamos los tres.

Las dos me están observando, ven cómo intento ignorar que Ryan no levante la vista cuando entro. Con Taylor a su lado, no hay motivo alguno para hacerlo.

—Ve a saludar —me insiste Violet—. Marca tu territorio.

Pero antes de que pueda acercarme, aparece Quinn. Lleva un esmoquin rosa con un clavel a juego en la solapa.

«Muy sutil», oigo a Ryan susurrar en mi cabeza.

—Ay, mi corazón gay, no te alteres —comenta Quinn—. Parece que Safo ha venido a mi fiesta. Katie, ¿has traído a la mujer de tus sueños a nuestro guateque?

Katie se sonroja. Cuando se da cuenta de que se le han subido los colores, se enciende aún más.

—*Enchantée* —dice Violet, y le tiende la mano.

En vez de estrechársela, Quinn la besa.

—*Enchanté* —repite él.

Vuelvo a dirigir la vista hacia Ryan y, sí, ahora nos está mirando. Cuando ve que lo observo, me saluda. Taylor se da cuenta del gesto y me mira. Se une a Ryan y me saluda.

—Venga —dice Katie.

Nos separan pocos metros, pero me siento superraro durante el tiempo que tardo en recorrerlos, y es aún más incómodo cuando llego y Taylor se levanta para saludarme.

—¡Por fin! —exclama, y me abraza. Cuando me suelta, dice—: Normalmente conozco a los tíos antes de verlos en calzoncillos, pero, en tu caso, creo que puedo hacer una excepción.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dice Ryan, que también se levanta, pero no me abraza.

Me presenta a los amigos de Taylor, pero se me olvidan sus nombres al instante. Me ofrecen un sitio en la mesa, pero señalo a las lesbianas con las que he venido y les digo que voy a sentarme con ellas.

—Muy bien —dice Taylor.

No le respondo: «Estoy intentando no odiarte con todas mis fuerzas, pero no me lo pones fácil», aunque me encantaría.

Quinn se coloca delante del micrófono y anuncia que la competición está a punto de empezar.

—Todo el que quiera participar, puede apuntarse ahora. Solo hay seis poetas inscritos de momento. A ver, gente, no me obliguéis a arrastraros hasta el escenario, porque sabéis que lo haré, aunque sea de los pelos.

—A que no te atreves a apuntarte —le digo a Ryan.

—Llegas tarde.

La gente ha empezado a sentarse. Veo a Lehna merodear por la parte de atrás y ocupar una mesa con June y Uma. Violet les hace gestos para que se unan a nosotros, pero Lehna niega con la cabeza.

Le deseo buena suerte a Ryan y vuelvo con ellas.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Katie cuando me siento.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —respondo.

No soy poeta. Soy un jugador de béisbol cuyo corazón ha roto un poeta. Es distinto.

Quinn nos manda callar.

—Como ya sabéis, este evento es para recaudar dinero para The Angel Project, que ayuda a la juventud *queer* de San Francisco. La mayoría vive en la calle o en unas condiciones horribles en casa. Nuestro primer poeta, Greer, vive en la residencia de The Angel Project. Creo que es el poeta perfecto para abrir la noche.

Greer se acerca al micrófono, con una pajarita de lunares roja y blanca y expresión nerviosa, pero decidido.

—Gracias, Quinn. Como ha dicho, me llamo Greer. Mis padres me echaron de casa porque no podían aceptar que fuera de género no binario. Mi familia vive a solo dos horas de aquí. Como otras muchas personas, decidí venir a San Francisco porque en teoría es la ciudad más tolerante. Pronto aprendí que la tolerancia no siempre se traduce en un trabajo ni en un sitio donde vivir. Acabé en una situación desesperada hasta que encontré The Angel Project. Me ayudaron a salir del pozo, así que me gustaría dedicarles esto.

El público guarda silencio, se muestra respetuoso. Katie coge a Violet de la mano. Cuando ve que me he dado cuenta, me coge de la mano a mí también.

Greer no tiene ningún papel delante. Recita de memoria.

Cuando era pequeño me encantaba pintar.
El pincel era una varita de plástico
con la punta recortada estilo punk
y los colores caramelos parecían.
Si quería naranja, presentaba al rojo y al amarillo.
Si quería verde, el amarillo se enrollaba con el azul.
Como a cualquier niño al que no se anima a preguntar,
me enseñaron el significado de los colores:
en especial, del rosa y del azul.
Todos sabíamos cuál era el color de las princesas.
Todos sabíamos por qué me dieron princesas para pintar.

Pero un día me pregunté qué pasaría
si el rosa y el azul mezclaba.
Exploré la curiosidad un día,
sin tener idea de que estaba cerca de la verdad.
Pensé que azul y rosa crearían un color espectacular.
Empapé el pincel y recogí el azul, lo extendí en la página absorbente
de un libro para pintar que me compraron en Walmart para
mantenerme callado.
Después, sin limpiar el pincel, lo sumergí en el rosa.
Aquel sin duda el secreto de la belleza sería.

Lo que conseguí fue barro,
una hoja sucia,
oscuridad.
Había fallado.

Me alejé de mi curiosidad, y de la verdad que la rodeaba.
Confié en otras personas para conocer el significado de los colores,
y me enseñaron cosas equivocadas.
La verdad tardó mucho tiempo en alzarse,
y yo tardé mucho tiempo en poder alcanzarla.
Saqué mis viejas pinturas y los colores volví a mezclar.
El mismo resultado, pero ahora lo veía diferente.
Azul y rosa son barro, tierra, roca.

Soy barro, soy roca, soy tierra.
Soy la naturaleza, una fuerza de la naturaleza.
Soy el color que queda cuando todo lo demás desaparece.
Soy el color del suelo que pisas, del suelo que evita
que te caigas. Soy elemental, esencial,
y eso tiene tanto color como cualquier arcoíris.

Cuéntales eso. Cuando los niños te pregunten, cuéntales eso.

Aunque la sala es pequeña, el aplauso es enorme. Greer vuelve a su mesa, donde sus amigos lo reciben con abrazos y felicitaciones. Quinn se levanta y anuncia que el siguiente es Taylor.

«No reacciones —me digo—. No mires, pero imagina que Ryan te está mirando.»

Menuda tontería, cuando lo miro, Ryan está contemplando a Taylor acercarse al micrófono.

—Greer, ha sido increíble —afirma Taylor cuando está delante del micrófono—. No puedo estar más de acuerdo con lo que has dicho de The Angel Project. Como muchos sabéis, soy voluntario, pero lo más importante de todo es lo que ellos hicieron por mí hace tres largos años. Creo que puedo decir sin miedo a equivocarme que si no fuera por The Angel Project, no estaría aquí ahora mismo. Y no me refiero a esta sala, me refiero a este planeta. Así que me parece poco apropiado dar las gracias con un poema que no tiene nada que ver con eso. Os diría cómo se titula, pero seguramente lo descubriréis vosotros solos.

Miro a Ryan, no se lo ve sorprendido. Conoce la historia de Taylor, ya han hablado del tema.

Taylor saluda con una reverencia exagerada y lee el poema.

Reina,
entiende
que todo
existe
de forma reactiva.

Por favor,
recuerda
que no borro

en silencio.
Impulsa,
anima,
alienta,
ruge.

Las ideas
ceden
ante la pasividad,
la igualdad
se diluye.

Rápido,
desentierra
cada revolución
ansiosa

que late
rítmicamente
en tu interior.
Deseo,
emerge.

Se oyen algunos aplausos. Pensaba que Taylor volvería a su mesa, en cambio, dice:

—Como ha sido corto, y como he terminado con el deseo emergiendo, me gustaría acabar con un poema sexual. Pido disculpas a e. e. Cummings, que, casualmente, es mi nombre porno. ¡Allá vamos, marineros! Este lo escribí anoche.

Marea
desliza, empuja

gotea
encaja
mortero y maja
jadeo, cosquilleo
lucha

la belleza
de la cabecera
me llevas
a un éxtasis
denso, inmenso

sé el abrigo
de este espectador malherido
atrevido
atrevido
reorganizamos el universo
(atrevido)
con nuestros cuerpos

Taylor termina con una sonrisa y recibe una gran ovación. Ryan aplaude junto con el resto del público, pero también parece algo más tímido, quiere que Taylor lo vea aplaudir, pero que nadie más lo mire ni asuma nada de lo que Taylor acaba de leer. Pero ¿a quién cree que engaña? Cuando Taylor vuelve a la mesa, le da un beso de película, delante de todo el mundo.

—No era necesario —se queja Katie.

Y la quiero por ello.

—¡Buscaos un hotel, o un burdel, Maribel! —exclama Quinn.

Taylor parece algo avergonzado y se sienta, deja en paz la boca de Ryan. Sus amigos se inclinan hacia él para felicitarlo. Ryan mira a todas partes menos a mí.

Quinn continúa.

—Ha llegado el momento de mi propia contribución. Algunos puede que ya lo hayáis escuchado, pero creo que es lo que más necesito compartir. Cada vez que vuelvo al poema, cambio algo. Espero que llegue el día en que consiga expresar todo lo que intento decir. Se titula «El latido».

«No es hijo mío, Señor.
¡No es hijo mío!»

Golpe golpe golpe
Intentas cambiarme a golpes
Sacármelo con el cinturón
Despiadado corazón
Late a cada golpe
Crees que puedes herirme
Para que deje de ser
Cambiarme a moratones
Con el cinturón golpeas
Romper intentas
Romper lo que no puedes romper
Porque lo llevo tan dentro
Que ningún golpe tuyo
Ningún cinturón tuyo
Podrá acercarse jamás.

Intentas cambiarme a golpes
Sacármelo con el cinturón
Zurrarme para doblegarme
Golpearme hasta detenerme el corazón
Detener el dolor
Intentar silenciar

Dices que me matarás para salvarme
Matar a la persona que llevo dentro
Golpe cinturón patada
No cedo.
Por ti no.

Sé
Que no puedes quedarte aquí para siempre
Sé
Que no podemos quedarnos aquí para siempre
Me pegas me golpeas para vencerme
Pero nunca me vencerás
A mi yo que late no.
Me lo guardo.

Me lo guardo para esta noche
Me lo guardo para vosotros
Y para los otros.
Me lo guardo para cada persona
Con un yo en su interior, profundo.
Ahora que he salido de esa habitación
Al mundo tan enorme
Como un millón de habitaciones
Me he salvado
Sí, me he salvado
Construido de palabras y dolor
Y del yo de cristal que he protegido
Todo este tiempo
Para llegar a esta entre un millón de habitaciones
A esta habitación esta noche.

Latido latido latido

He encontrado mi propio latido
Mi propio bum bum
Mi propio pum pum
Latido latido latido
Lo saco a golpe de corazón

Cantada con fuerza canción
Azote canción
Lengua canción
Vuelta al ser
Mordisco
Algunas canciones cantadas
Ruegan que las lleven a casa.
Esta canción canta
Para llegar a cada rincón.
Latido latido latido.

El sonido que la acompaña
Es el sonido de las alas.

Cuando termina, se produce un silencio muy breve. Después: clamor. Manos que chocan entre sí. Voces que se aúnan.

Alguien se levanta. Todos nos levantamos. Katie está llorando a mi lado. Quinn está delante de nosotros y no llora. Tampoco sonrío. Respira hondo.

No sé cómo preguntar lo que quiero preguntar.

—¿De qué va todo eso? —le digo a Katie al final. Suena estúpido y fuera de lugar.

—Fue horrible —replica ella—. Pasó durante el primer curso. Le dije a su madre que o echaba a su padre de casa, o se marchaba él. Su madre eligió a Quinn, pero fue un momento muy delicado.

—No tenía ni idea —respondo.

—Él quería que en el instituto fuera todo normal, era lo único normal que le quedaba.

Miro a Ryan. ¿Lo sabía? Pero por su expresión comprendo que él tampoco tenía ni idea. Nuestras miradas se encuentran y no necesitamos decir ni una palabra para decirlo todo. Para comentar que no lo sabíamos. Que Quinn es mucho más de lo que pensábamos.

—Vale, vale, ya está —dice Quinn—. Se lo estáis poniendo muy difícil al siguiente poeta, Ryan Ignatius.

Ryan parece que se arrepiente, o que quiere desmayarse. O las dos cosas. Pero toda su mesa lo está animando, y Taylor le da un pellizco de apoyo. Me lo imagino pensando: «No hay marcha atrás». Coge unas hojas de la mesa y se dirige hacia el micrófono, y yo me siento tan nervioso como si fuera yo mismo el que tuviera que leer. Lo animo con todas mis fuerzas con la esperanza de que oiga mi voz y eso lo ayude.

—Hola —dice al micrófono—. Soy Ryan, y esta es mi primera vez.

—¡Lo estás haciendo genial! —grita alguien de la mesa de Greer. Le tiemblan las manos al desplegar el poema y no paran de temblarle cuando empieza a leer. No soy capaz de distinguir si lo primero que dice es el título o el primer verso.

No estoy listo.
No estoy listo
para dar unos pasos hacia delante.

No estoy listo
para emparejarme,
declararme,
desnudarme,
para estar seguro
de lo que hay al otro lado del telón.

No estoy listo
para llamarlo por su nombre
porque entonces será diferente
de lo que solía ser.

Tú estás listo
para que yo lo esté.
Pero yo no estoy listo
para vestir la ropa que me has cosido.

Es preciosa,
pero no estoy seguro de que me valga.

Me sujetas con firmeza,
pero solo siento rareza
porque no estoy listo,
no estoy listo para decirte por qué.
No estoy listo para sentir más congoja
de la que siento ahora.

No levanta la vista. Está mirando el papel. Cuando llega el momento de girar la hoja, las manos le tiemblan tanto que se le cae. El folio planea y desaparece detrás de él.

En lugar de parar y agacharse a recogerlo delante de todo el mundo, intenta seguir de memoria.

Estoy listo para dejarme llevar,
pero...
O sea, estoy listo...
No estoy listo.

Ahora mira al público. No me mira a mí. No mira a Taylor. Mira a otra persona. A cualquier persona.

No estoy listo
para hacer esto,
para estar aquí

Creo que es parte del poema, pero quizá no lo sea. Porque Ryan se detiene. Se queda helado.

—Lo siento —dice.

Deja el micrófono y abandona la sala, sin correr.

Violet se pone a aplaudir. Otros se unen a ella, pero yo llego un minuto tarde. También me he quedado helado. Taylor se ha levantado antes de que yo haya podido reaccionar y sale en busca de Ryan. Está más cerca de la puerta. Vuelvo a quedarme de piedra. Miro a Katie, pero ella no me va a decir que vaya. Violet sí, me dice que vaya. Que me dé prisa.

Así que me levanto, aunque Quinn está anunciando al próximo poeta, que no soy yo. Todo el mundo cree que soy yo porque me he puesto de pie justo cuando no debía, y parecen confundidos cuando me dirijo en la dirección opuesta al micrófono y salgo por la puerta.

Ryan y Taylor no han ido muy lejos. Están justo al salir. Taylor abraza a Ryan, y le dice que es increíble, que ha sido muy valiente, que el primer paso es siempre el más difícil. Me detengo, pero me han oído llegar. Se separan un poco y me miran.

Los estoy interrumpiendo.

No sé por qué, pero me dirijo a Taylor.

—Solo quería ver si estaba bien —le explico.

Taylor asiente, lo entiende.

—Estoy bien —dice Ryan—. En serio. Supongo que improvisar no es lo mío.

Lo mío tampoco, porque me quedo ahí plantado.

—Ahora mismo entramos —dice Taylor.

—Sí, vale.

La puerta hace un montón de ruido cuando la abro, justo en mitad de la lectura del poema. No quiero llamar más la atención, así que me quedo ahí hasta que termina la lectura, unos diez minutos después.

Vuelvo a la mesa. Imagino que Taylor y Ryan me seguirán pronto, Taylor ha dicho que no tardarán. Pero no aparecen. Veo que sus amigos miran el móvil y se susurran algo. Algo que yo no sé.

Miro mi teléfono. Nada.

Alguien de la mesa de Greer lee un poema muy divertido titulado «Oda a Pee-wee Herman». Cuando termina, Quinn anuncia que ya han recitado todos los inscritos, así que habrá una pausa de cinco minutos. Durante ese tiempo quiere que al menos tres personas más se presenten voluntarias para leer algunas palabras.

—¿Queréis que nos marchemos? —nos pregunta Violet.

Quiero marcharme, pero no sé si quiero decir que quiero marcharme.

Katie observa a su alrededor y dice:

—Si nos vamos ahora, Quinn nos matará.

Probablemente tenga razón.

Así que nos quedamos. Algunos de los amigos de Taylor están de pie hablando con gente de la mesa contigua a la nuestra, así que no puedo contarle a Katie lo que ha sucedido fuera. Noto que se ha dado cuenta de que no ha sido bueno.

Quinn se acerca. Mientras Violet y Katie le comentan lo increíble que ha sido su poema, miro la zona del micrófono y veo el folio solitario cerca de la pared del fondo. La segunda página del poema de Ryan. Me parece mal dejarlo ahí, así que voy y lo recojo. Está boca abajo. Supongo que podría doblarlo y no saber cómo termina.

Pero no es su diario. Es algo que tenía pensado leer delante de todo el mundo. Me imagino que no pasa nada si le echo un vistazo.

Cuando acabo, siento que no he hecho bien.

Estoy listo para dejarme llevar,
pero no estoy listo para perderte.
Estoy listo para encontrarme,
pero no estoy listo para que sepas lo que encuentro.

Si quieres que cambie,
debes estar listo para que cambie.
No creo que lo estés.
No creo que yo lo esté.

¿Por qué hay que arriesgar lo bueno
para conseguir algo mejor?

No estoy listo para conocer la respuesta.

Sé que se ha ido, que se han ido, pero salgo de todas formas. Veo que no están y saco mi teléfono de nuevo. ¿Qué puedo decirle? ¿Que estoy listo para que cambie? ¿Que estoy listo para que haga lo que quiere hacer? Los últimos días son una prueba de que no es cierto.

Supongo que yo tampoco estoy listo.

Quinn se dirige hacia el micrófono cuando entro. Dejo el folio con el final del poema de Ryan en la mesa. Katie va abriendo los ojos mientras lo lee. Y los abre aún más cuando Quinn nos sorprende a todos al anunciar:

—Bienvenidas de nuevo, zorras. El concurso de poesía joven *queer* está bien calentito para recibir a ¡Lehna!

JUEVES

Kate

18

Es una mañana de jueves normal en mi cocina. La cafetera sisea y silba como siempre; nos sentamos a la mesa del desayuno como siempre. Mi madre, como siempre, lee la sección de negocios mientras mi padre, como siempre, lee primero el apartado de internacional y después se anima con la sección de entretenimiento.

Comemos tostadas, fruta y yogur.

Estiramos el brazo para coger el cartón de leche o el bote de miel.

Vamos mirando los números rojos del reloj digital hasta que uno de nosotros dice «las siete y media», y entonces recogemos y aclaramos los platos, metemos la comida en la nevera y nos dirigimos a nuestros coches, aparcados los tres, uno junto al otro, en la entrada de nuestra casa de barrio residencial. No soy capaz de explicar lo mucho que me consuela esta rutina. El consuelo es tan inmenso que podría llenar el cielo.

Pero hace meses que no la disfruto, porque sostengo una gran carga. Ansiedad. Un temor aplastante y horrible. Un peso que decidí quitarme de encima ayer en la sala de las sombras, cogida de la mano de Mark y de Violet. Éramos como una cadena de papel de niños.

Éramos sustancia y sombra. Éramos calor y manos unidas, y maravilla y amor. Y lo vi tan claro que me dejó sin aliento. Me pilló por sorpresa y se marchó.

Y quizá una mañana de jueves normal a la hora del desayuno no sea el mejor momento para hacerlo, pero voy a hacerlo de todas formas.

—¿Mamá? —digo—. ¿Papá? ¿Puedo hablar un segundo con vosotros?

Bajan sus secciones del periódico.

—Claro —contesta mi padre.

—Y más de uno si quieres —añade mi madre, sonriendo, aunque noto que está nerviosa.

—Últimamente las cosas no han ido muy bien.

—Ha pasado algo con Lehna, ¿verdad? —pregunta mi padre—. La casa nunca ha estado tan tranquila desde que os conocisteis.

—Chiss —lo calla mi madre—. Deja que nos lo cuente ella, cariño.

—Perdona. Sigue, Katie.

—Sí —digo—. Lehna y yo no estamos demasiado bien. Quizá eso tenga que ver, no lo sé. Pero lo que más me preocupa es la universidad.

Mi madre ladea la cabeza. Mi padre se quita las gafas despacio, muy despacio, y se lleva un dedo al entrecejo.

—No quiero ir —replico—. Todavía no.

—Mmm —murmura mi madre.

Mi padre sigue presionándose con el dedo el entrecejo. Más y más.

—¿Puedes explicárnoslo un poco? —pregunta mi madre.

—Sí —respondo—. Perdonad. Solo quiero retrasarlo un año. Cada vez que pienso en marcharme me entra el pánico. Sé que es normal estar nervioso, es un gran cambio irme de casa, cuidarme sola,

así que es normal que me sienta algo alterada. Pero también debería apetecerme, ¿no? Y no tengo ganas. Ningunas ganas. Ni siquiera me apetece pensarlo, porque odio la idea.

—Odias la idea —repite mi madre.

—Sí, la odio. Papá, me estás estresando. Te vas a hacer un moratón.

—No sé... —dice mi padre—. No sé...

—Creo que tu padre quiere decir que necesitamos un poco de tiempo para pensarlo.

No tengo ni idea de qué le pasa por la cabeza a mi madre. Su voz suena tranquila, hasta sonrío, pero trabaja en el Departamento de Recursos Humanos de una empresa de inversiones. Está acostumbrada a decir a la gente lo que han hecho mal de una manera que les hace sentirse bien. Está acostumbrada a despedir a gente y hacer que parezca una gran oportunidad.

—Vale —acepto—. De todas formas, son las siete y media.

Nos levantamos. Mi padre vuelve a ponerse las gafas.

—Te queremos, Katie —dice mi padre.

—Kate —lo corrige mi madre.

—Eso. Kate. Lo hablamos luego, ¿vale? Con más tiempo.

Asiento. Recogemos los platos y los aclaramos. Cogemos los bolsos y nos los colgamos del hombro. Caminamos en fila india y nos dirigimos a los coches.

—Solo un año —digo, antes de subirnos.

Mi madre asiente. Mi padre suspira.

Y entonces se marchan, y yo oigo que mi teléfono suena en el asiento trasero. Aún no he arrancado, así que cojo la mochila para ver quién me está llamando.

Ryan. Me sorprende ver su nombre en la pantalla.

—No pensaba que fueras a contestar —me dice—. ¿Estás con él?

—¿Con Mark? No, voy a ir a buscarlo ahora —respondo.

—¿Qué está haciendo?

—Mmm, arreglándose para ir a clase, supongo.

—No, ahora mismo no. No me refería a eso. O igual sí. Seguramente estará acabando los deberes de primera hora. O cepillándose los dientes. Se los cepilla un montón. Un montón, demasiado. O quizá solo se los cepillaba para estar preparado por si nos enrollábamos. Nunca lo había pensado, pero seguro que era por eso.

—Oye —lo interrumpo—, ¿estás bien?

—No. No lo sé. Estoy cansado. No he dormido.

—¿Nada?

—Ha leído el resto del poema, ¿a que sí? El final. Sé que lo ha leído, puedo sentirlo. Tiene el teléfono apagado. Lo tenía apagado a medianoche, a las dos, a las cinco, a las siete...

—Sí, leyó el resto —confirmo.

—¿En serio?

—Sí.

—Lo sabía. Nos fuimos porque estaba alterado. O al menos es lo que me dijo Taylor: «Estás alterado, estás alterado». Me aconsejó que lo mejor era que nos fuéramos, así que lo hicimos. Cuando llegamos a su casa, me acordé de que se me había caído el folio, estaba en el suelo, cualquiera podía encontrarlo y reírse. Me entró el pánico. Me marché de casa de Taylor y volví corriendo al salón de actos. Se había terminado, y casi todo el mundo se había ido. No obstante, me dejaron entrar y busqué por todas partes, pero no lo vi. Al final lo encontré, sobre la mesa, y lo supe. Supe que lo había leído. ¿Cómo reaccionó?

—Creo que deberías preguntárselo a él —le respondo.

—Ya te he dicho que tiene el teléfono apagado.

—Pues habla con él en el instituto.

—No creo que vaya hoy, no me encuentro muy bien.

Quiero decirle que no hace falta que me cuente obviedades. No sabía que Ryan fuera capaz de sentir este tipo de emociones. Creía

que era todo alusiones literarias y poco sentimiento, todo crítico y nada poeta. Pero entonces lo recuerdo anoche frente al micrófono, invadido por los temblores y el miedo, y relajo mi opinión acerca de él, aunque le ha destrozado el corazón a mi amigo y tal vez no se merezca mi compasión.

—¿Estás bien, Ryan? —le pregunto—. Es una pregunta sincera y quiero una respuesta sincera.

Silencio.

—¿Ryan?

—Creo que no.

—Vale —le digo—. Tranquilízate. Ahora mismo vamos a tu casa.

Mark me está esperando cuando paso a buscarlo. Parece algo cansado, pero no puedo evitarlo, le revuelvo el pelo.

—¿Era necesario? —inquire.

Noto que no le importa.

—¿Dónde vive Ryan?

—¿Por qué?

—Porque vamos a su casa.

—Hay una cosa que se llama «instituto». Y otra cosa que se llama «clase el penúltimo día del curso».

—Dirección —le digo.

—Howard Street. Detrás del Seven-Eleven.

—Gracias.

—¿Qué pasa? —me pregunta mientras conduzco.

—Lo sabrías si no hubieras apagado el móvil.

—Quizá haya apagado el móvil para no tener que saberlo.

—Entonces deberías alegrarte de que me haya llamado a mí para que pueda decirte que tu amigo te necesita. Tal vez no sea justo, tal vez sea una mierda, porque tú lo necesitabas y él estaba «desliza empuja gotea» con un universitario...

—No te olvides del «mortero y la maja».

—No se me ha olvidado. Tampoco se me ha olvidado lo de reorganizar el universo...

—Con sus cuerpos...

—Que yo sepa, eso es una tarea importante. No todo el mundo puede hacerlo.

—Parece ser que yo no. Si pudiese, Ryan no me habría cambiado por su poeta erótico.

—No —replico—. Nada de autocompasión, no es el momento. Tienes que ayudarlo. ¿Qué casa?

—La azul.

Paro el coche y me vuelvo hacia Mark.

—Sonaba fatal, parece grave. Te espero aquí. Si me necesitas, avísame.

Mark respira hondo. Niega con la cabeza. Me doy cuenta de que no tiene ganas, pero baja del Jeep de todas formas. Espero a que llame, pero abre la puerta sin más. Tiene sentido. Hasta hace unos días, todo iba bien, al menos aparentemente. Mark era un chico callado de mi clase de cálculo, un borrón en movimiento en el campo en el único partido de béisbol al que he ido. Muchas cosas pueden cambiar en pocos días, incluso en unas horas. Lo he traído hasta aquí para que se enfrente directamente al cambio, y sé que yo voy a tener que hacer lo mismo.

Ya no voy a huir de nada.

Me lo prometo a mí misma.

Puedes seguir haciendo lo que debes, lo que se espera de ti, y decirte que es lo que quieres. Sentarte con la misma gente a la hora de comer, fingir que aún tenéis cosas en común. Leer los folletos de las universidades, visitarlas, creerte el mito de que tu destino es ir a una de ellas. Creer que a los dieciocho años sabes lo que te depara la vida y cómo prepararte para ello.

Pero si no te lo crees de verdad, si durante todo ese tiempo tienes dudas tan profundas que oscurecen hasta los mejores momentos y

rompes las normas y te alejas, llegará el día en que tengas que ajustar cuentas. Deberás dar explicaciones.

Mientras espero, los recuerdos de anoche se apoderan de mi pensamiento. Estoy sentada en esa silla incómoda, destrozada por el poema de Quinn, por la salida de Ryan, por la derrota de Mark. Y ahora le toca a Lehna.

—No suelo escribir poesía —comienza—, pero escribí esto en mi diario la otra noche y he pensado que por qué no.

Parpadea ante la luz, frente al micrófono.

—¡Vamos, Lehna! —grita Violet.

June y Uma la saludan, muy emocionadas, pero yo solo la observo, me preparo para lo que viene.

—Vale, allá voy.

Nadábamos corriente abajo, siempre.
Éramos escamas y aletas,
brillando bajo el sol,
alegres y despreocupadas.
Nunca tuvimos que esforzarnos,
ni siquiera intentarlo.
Tú y yo,
yo y tú,
y el agua,
y el sol.

O no.

En realidad éramos gemelas.
Sentíamos cuando la otra
tenía frío.
Sentíamos el latido de dos
corazones en lugar de uno.

Si me pellizcan,
tú dirás «ay».

O quizá me lo haya imaginado todo,
el agua,
el sol,
incluso las escamas y las aletas.
Quizá fueron las circunstancias,
nada profundo
ni anómalo
ni siquiera raro,
que te comieras una fresa
y yo dijera
«qué rica».
Porque solo hizo falta
que te alejaras
para oír
un solo latido.

Siempre he sido yo sola.
Siempre has sido tú sola.
Creíamos que éramos especiales,
pero siempre hemos sido
el sujeto
de dos frases separadas.

—Vale —dijo—. Ya está.

Sé que después de eso pasaron cosas. Los aplausos, las lágrimas en los ojos de todo el mundo. Mark susurrándome al oído: «No sabía que fuera humana». La cara confusa de Violet y lo que fuera que le dije yo. Pero todo lo que pasó después es un borrón porque lo único que recuerdo es a Lehna, parpadeando frente a la potente luz, y la

manera en que me afectó todo, cómo sus palabras excavaron en mi interior, se encontraron. Sea lo que sea lo que está pasando entre nosotras, es otra parte de la torre que tengo que quemar.

MARK

19

«¿A que no te atreves?»

¿Por qué nos parece que está bien? ¿Por qué siempre sentimos la necesidad de presionar, presionar y presionar? ¿Por qué no aprendemos de una vez que presionar nunca funciona para conseguir que alguien se acerque más a nosotros?

Pero insistimos.

Cuando desaparece el consuelo, queda algo poderoso, hay cierta intensidad en la sensación de presión, en saber que la fuerza que la impulsa es su cariño, su preocupación, la creencia de que la presión conseguirá llevarte a un lugar mejor.

«No estoy listo.»

Mientras subo las escaleras hacia la habitación de Ryan, pienso que la única respuesta verdadera a esas palabras es: «¿Y quién lo está?».

Aún va en pijama. No es justo, porque en el caso de Ryan «pijama» significa unos bóxers y una camiseta vieja de la reina Amidala, mucho más sexy de lo que debería ser la ropa de los noventa.

Pero eso no es lo que llama mi atención. Lo que veo es a un chico tan perdido en el mundo que no es capaz ni de levantarse de la cama. El cansancio de la falta de sueño, el cansancio de demasiados pensamientos sin conseguir encontrar el adecuado. Parece un globo que una vez tocó feliz el techo, pero, ahora, da tumbos por el suelo.

—Gracias por venir —me dice.

Me entristece que crea que ha de agradecerme. Debería sobrentenderse que iba a venir, que siempre estaré ahí para él.

—Sé que es ridículo —continúa—. Me refiero al momento. Joder, solo quedan dos días de instituto. Pensarás que podía haber seguido en el armario un par de días más. Pero no. Parece que ese no era el plan.

—¿Así que ha llegado el día? —le pregunto.

Da un golpecito en la cama, junto a él, y después abraza una almohada. Me siento donde me ha pedido, mirándolo de frente.

—Lleva demasiado tiempo siendo el día —responde—. Hoy es el día del que llevo hablándome a mí mismo desde hace mucho sin llegar a creerme mis palabras. Pero esta semana, el día se ha hecho realidad. Se acabó el mirar a una pared fingiendo que es un espejo. Se acabó el colocar la ficción en la sección de no ficción. Se acabó el pensar que puedo salirme con la mía. Sé que no quieres oírlo, pero ha sido Taylor el que me ha dicho que dejara de ir de farol. Entre nosotros el secreto forma parte de la historia, al menos, según la contaba yo. Sé que tú la habrías relatado de manera diferente. Pero con él tuve que abandonar el mundo que había creado, tuve que adentrarme en el mundo real. Lo que siento no son sentimientos del mañana. Es lo que siento hoy. Entre nosotros es muy...

—¿Complicado?

—Sí, complicado. ¿Me dejas que te diga otra cosa que no quieres oír?

—Sí.

—Si no te hubieras subido a la barra de la discoteca a bailar,

nunca habría tenido el valor suficiente para hablar con Taylor. Para bailar con él. Para dejar que pasara todo esto. Me diste la inspiración que necesitaba. En parte era una competición, estoy seguro. Lo hiciste para empujarme a hacer algo aún más arriesgado. En parte fue pura admiración. Así que tonteeé con él de forma superdescarada y al hacerlo descubrí lo que se sentía al vivir fuera del armario. Llegué a ese momento. Estoy en ese momento. Ahora solo tengo que descifrar el otro noventa por ciento. ¿Y sabes qué? El otro noventa por ciento da mucho miedo.

Asiento. Es verdad.

Me doy cuenta de lo aterrorizado que está. Puede parecer retorcido, pero me alegro de formar parte de esto. Y, de manera igualmente retorcida, me entristece ser solo parte de esto y no serlo todo.

Pero el tema es otro.

Sé que el tema es otro.

Mi corazón es suyo, pero de un modo diferente. Antes quería amor, atención, reconocimiento.

Ahora mi corazón solo quiere que Ryan encuentre su camino. Y sabe que su camino y el mío pueden que no sean el mismo.

Lo conozco bien. Sin embargo, había un punto ciego en mi conocimiento de Ryan, pero ahora puedo ver de qué se trata. Ahora lo conozco aún más.

—Lo siento —se disculpa.

Me pide perdón por sentirse mal, porque lo estoy viendo sentirse mal. Él también me conoce bien.

—No pasa nada —lo tranquilizo.

Dice algo más, pide otro tipo de disculpa.

—Me gusta mucho.

—No pasa nada, en serio.

Lo miro, con su camiseta de *La guerra de las galaxias* y sus calzoncillos con anclas, abrazando una almohada en la cama en la que

hemos pasado tanto tiempo juntos, y me doy cuenta de que, de algún modo, de repente, me he desenamorado de él y ahora estoy en un lugar que puede ser incluso mejor. Tengo que desenamorarme de él porque lo que siempre he esperado que estuviera ahí nunca ha existido en realidad. Él es capaz de ponerse en esa situación, pero no conmigo. En cambio, me quedan todos los años que hemos pasado juntos, en los que hemos crecido. Lo quiero de manera indestructible, es una de las personas más importantes para mí, pero en este momento por fin entiendo que nunca seremos pareja, nunca nos casaremos, nunca lo seremos todo el uno para el otro en ese sentido. Ahora puedo dejarlo ir y centrarme en lo demás.

Debería percibirlo como una retirada. Debería sentir que mi amor disminuye y mis sentimientos se contraen. Pero, en su lugar, tengo la sensación de que se expanden, y lo hacen porque es necesario.

Estoy seguro de que más tarde dudaré de todo esto. Sé que lo lamentaré, que me preguntaré si este descubrimiento repentino fue solo un espejismo. Pero no hay ilusiones. Hoy por fin ha llegado el día. No somos lo que éramos. Ahora somos el futuro.

—Sé que no estás listo —le digo—. Yo tampoco lo estoy. Pero ¿sabes qué? Está pasando de todas formas. Y todo va a salir bien. Arriesgaremos lo bueno por algo mejor. Todo va a salir bien.

Me siento casi vacío después de decir eso. Le estoy ofreciendo todo lo que puedo, ya no forma parte de mí, pero no he renunciado a ello por completo. A cambio, suelta la almohada. Abre los brazos y repite mi nombre una y otra vez, como si por fin me hubiera encontrado después de mucho tiempo, como si por fin hubiésemos entendido que esto es lo que necesitábamos.

Katie me está esperando fuera.

Cómo no.

Me subo al asiento del copiloto, pero no cierro la puerta. No quiero que nos marchemos todavía.

—¿Qué tal te ha ido? —me pregunta.

—No creo que ni Ryan ni yo vayamos a ir a clase hoy.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Pues porque, aunque el día nacional de salir del armario no forma parte de la Semana del Orgullo, hemos reorganizado el calendario para que Ryan pueda tener su día. Veremos películas como *Pride (Orgullo)* y episodios de *Glee*. Comeremos helado. Puede que bailemos alguna canción de Robyn y de Rihanna. Nunca se sabe.

—¿Helado? ¿Forma parte del proceso de salir del armario?

—Ya te digo. Ben y Jerry llevan mucho tiempo juntos. Son nuestros modelos.

—¿Y después?

—Después tal vez invitemos a Taylor para que pueda conocerlo mejor. Parece que es el novio de mi mejor amigo.

Intento comentarlo de forma relajada, pero me atasco un poco. Al fin y al cabo, es la primera vez que he tenido que decir algo así.

—Mark... —dice Katie preocupada—. ¿Te parece buena idea? No tienes por qué hacerlo.

—No, no pasa nada. Dicen que si te enamoras de alguien, es mejor que ese alguien también te quiera. Eso no va a pasar con Ryan y, es raro, pero he aceptado la situación. Al menos por ahora.

—El corazón es un animal traicionero.

—Pero tiene buenas intenciones.

Katie sonrío.

—«El corazón es un animal traicionero, pero tiene buenas intenciones.» Eso lo resume bien.

—Lo que nadie te dice nunca es que la parte más difícil es la de la amistad. Besarse es fácil. Besarse tiene sus normas, pero después de todo no es más que eso. Lo difícil es lo real, el formar parte de la vida del otro...

—Ser casi gemelos sin serlo.

—Sí. Es el reto y la recompensa.

Miro a Katie y sé que a veces no es tan difícil, a veces encajas con alguien y todo fluye durante mucho tiempo. Todavía me sorprende que hace una semana apenas supiéramos el nombre del otro. Ahora estamos juntos en este viaje. Sé que solo podemos ayudarnos hasta cierto punto, somos nosotros los que debemos resolver nuestros propios problemas. Pero es de agradecer tener a alguien a tu lado. Ayuda poder contar con alguien con quien hablar cuando llega el momento de tomarse un descanso de solucionarlo todo.

—¿Crees que vas a hablar con Lehna hoy? —le pregunto.

Ayer quedó bien claro por la reacción de sorpresa al poema de Lehna que Katie debe resolver algunos de los versos que quedaron en el aire.

—Sí —dice. Y después lo repite, como si una vez no fuera suficiente—. Ya he hablado con mis padres sobre tomarme un descanso antes de ir a la universidad. Y aún he de comentar con Violet qué vamos a hacer ahora. Llevo demasiado tiempo adorando su corazón errante, pero no tengo ni idea de qué significa su corazón errante para nosotras. Siento el ansia del movimiento, pero no sé si quiero que sea una exploración conjunta o no.

—Todo saldrá bien —la tranquilizo.

Y no lo digo porque quiera llenar el silencio con una frase sin sentido, lo creo de verdad. Le va a ir bien, va a solucionar su situación.

—Gracias —me responde.

Después se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Ahora, ve a ayudar a tu amigo a encontrar el camino. Y recuerda: aunque quieras estar ahí para apoyarlo, si Taylor y él se ponen demasiado en plan novio, tienes todo el derecho del mundo a marcharte y darte un poco de espacio. La empatía está muy bien, pero demasiada, demasiado rápido puede causar sobredosis. ¿Entendido?

—Entendido.

—Hoy me voy a hacer la tonta mientras tú te alejas de tus responsabilidades educativas, pero espero verte mañana para el gran final y durante la celebración de las actividades del Fin de Semana del Orgullo, sobre todo en el desfile del domingo. Por muy sofisticada que sea, Violet nunca ha ido a un festival del Orgullo y juro por Tegan, Sara y el Espíritu Santo que va a ser el mejor día de su vida.

—También será el primero de Ryan.

—Qué suerte tienen de conocernos —comenta Katie.

Le devuelvo el beso en la mejilla.

—Mucha suerte, sí.

Kate

20

Al caminar hacia Lehna a la hora de comer, me siento como una novata que no conoce a nadie los primeros días de clase. Chicos y chicas con la mala suerte de haberse mudado a un sitio nuevo, o que no han sido escolarizados, o que vivían en zonas más inseguras y, gracias a la lotería o al trabajo duro de sus padres, se habían trasladado a nuestro instituto de barrio residencial.

Lehna y yo solíamos enviarles energía positiva. «Que el chico de la mochila morada con la bufanda encuentre a su gente. Que la chica de la coleta y las Converse blancas nuevas se dirija al grupo de chicas que están pintando con rotuladores y se las personalice.»

Al final, a menos que tuvieran muy mala suerte, todos daban con un grupo al que pertenecer, pero durante esos primeros días de deambular en los que se comían sus bocadillos con la cabeza gacha, Lehna y yo sufríamos por ellos. Nosotras llegamos al instituto de la mano, las dos con las mochilas a reventar de objetos con arcoíris. Pulseras de la amistad de arcoíris, camisetas que decían «GAY LEGAL», el forro para cubrir los libros de texto plagado de las letras de las canciones de Tegan and Sara que nos sabíamos de memoria, es decir, todas.

Fuimos un modelo para otros alumnos *queer*. Habíamos pasado por la parte difícil el año anterior. Ningún chico nos incomodó invitándonos a ir al baile de bienvenida, gracias a Dios. June y Uma, que por entonces no nos conocían ni se conocían entre ellas, nos encontraron siguiendo el brillo del arcoíris de nuestras mochilas. Hank también nos encontró, y durante seis meses llenó nuestras vidas con cómics y Frank Ocean. Pero después empezó a salir con Quinn, y sus padres se enteraron y poco a poco fue desapareciendo del instituto, y de nuestras vidas.

Por aquel entonces ya deberíamos haberlo sabido (el mundo no paraba de intentar decírnoslo), pero Hank es la persona que nos lo enseñó: la vida no era tan fácil. Hank fue quien nos dijo a Lehna y a mí que teníamos mucha suerte. Hank fue quien nos hizo ver que la suerte a veces es un asunto complicado.

Y ahora mismo pienso en él mientras avanzo hacia donde están mis amigas, de espaldas a mí, en la zona de los del último curso, desde donde observan al resto de los alumnos desde ese pedestal de antigüedad. Dejo mi mochila junto a Lehna. Saco el móvil y pongo *Super Rich Kids* a todo volumen, lo coloco en la barandilla delante de nosotras.

Seguimos el ritmo con la cabeza y escuchamos.

—Hank debería estar aquí con nosotras —dice Uma, cuando termina la canción.

—Una vez me puse a buscarlo por internet como una loca —explica June—. Lo intenté por todas partes, hasta repasé todos los nombres falsos que podría usar.

—Yo también lo intenté una vez —comenta Uma.

—Kate y yo también —comenta Lehna—. Creo que lo vi un día en Telegraph. Lo llamé por su nombre, pero no levantó la vista.

—Éramos muy jóvenes cuando éramos amigos. —Es el tipo de comentario que a los adultos les parecería absurdo, pero es cierto—. Teníamos catorce. Aún no le había cambiado la voz, estaba delgado

como un niño pequeño. No sé si lo reconocería ahora.

—Hank —dice June—. Te enviamos todo nuestro amor, estés donde estés.

Nos quedamos en silencio durante un rato.

—Tengo algo que decirles, chicas —anuncio.

—A ver si lo adivino. Mark y tú os vais a casar.

—¡Va, Lehna! —la riñe June.

Todas nos volvemos a mirarla, sorprendidas.

—¿Qué pasa? Por primera vez en una semana, parece que todo regresa a la normalidad. Mejor seguir siendo positivas.

—Vale, vale —contesta Lehna—. Perdón, Kate, cuéntanos.

—Me voy a coger un año sabático.

—¿En serio? —me pregunta Uma—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Y eso? —quiere saber June—. No habías dicho nada, ni siquiera habías comentado que te lo estuvieras pensando.

—Ya, surgió de repente.

—¿No tienes ganas de ir a la universidad? —vuelve a la carga Uma.

—Sí, pero lo contemplo como una idea de futuro, para más adelante.

Siento que Lehna me está mirando, pero sin juzgarme, me está escuchando. Veo mi oportunidad y la aprovecho.

—Para más adelante, como mi boda con Mark.

—Tú con tu velo blanco, y Mark con su esmoquin negro... —imagina Lehna.

—Sé que va a pasar, pero primero tengo que pegarme unas buenas fiestas.

—Primero tienes que repasarte al resto del equipo de béisbol.

—Solo al universitario.

—Piensa en los músculos, en los pantalones apretados, en ese pedazo de bulto...

—Vale ya, esto es serio —dice June.

—No lo sé... ¿Es serio?

—Mmm, ¿sí? Estamos hablando de tu futuro. Todas nos hemos esforzado para entrar en la universidad.

—Voy a ir a la universidad. Es solo que... —Me estrujo el cerebro intentando buscar una buena razón que darles, pero al final me rindo y les confieso la verdad—. Quiero dejar que las cosas pasen, quiero ser libre, todo lo libre que me apetezca ser. Y quiero estar con Violet.

—¡Ah! —exclama June.

—¡Ah! —repite Uma.

—Amor —dicen a la vez.

—Quizá —respondo.

Es una respuesta más prudente que decir que sí, porque ha pasado menos de una semana desde nuestro primer beso, menos de veinticuatro horas desde que le pedí que confiara en mí.

Digo «quizá» porque cuando eres adolescente hay una norma: no deberías tomar decisiones basadas en el amor. Deberías decirle a tu corazón que es inmaduro y cambiante. Deberías pensar en Romeo y Julieta, y en lo mal que acabaron.

Tu pobre corazón adolescente no está preparado para tomar ese tipo de decisiones.

Aunque quizá. Quizá. Puede que sí.

Todavía tengo que hablar con Lehna.

Termina la hora de comer y nos dirigimos a nuestras taquillas.

—¿Qué vas a hacer después de clase? —le pregunto.

—Voy a ir a casa de Shelbie. Candace estará allí, y vamos a cenar juntas.

—¿Te apetece tomar algo primero? Yo también voy para allá.

—¿A ver a Violet?

—Sí, y he de pasarme por AntlerThorn. Brad me ha dejado un mensaje, algo sobre la subasta.

—Ah sí. Enhorabuena, por cierto.

—¿Por qué?

—Tu cuadro.

—¿Qué pasa con mi cuadro?

—Nos fuimos justo después de que acabara la subasta. Tu cuadro se vendió por un montón.

—¿En serio?

Se ríe, sorprendida de que todavía no lo sepa.

—Sí, por miles de dólares. Estaba demasiado enfadada y no presté mucha atención, pero sé que se pagó por él más que por ninguna otra obra. Venga, vamos a tomar algo.

Cuatro horas después, estamos sentadas la una frente a la otra en una cafetería en Mission, y el dibujo de unos helechos idénticos decoran nuestros capuchinos. Me doy cuenta de que son iguales y lo comento.

—Gemelos.

Se encoge de hombros.

—El poema es muy bueno, a todo el mundo le gustó —digo.

Ahora lo pienso, todas las maneras en las que fuimos como gemelas, con nuestros gustos idénticos en libros y música, cómo supimos a la vez que nos gustaban las chicas, que nunca pensamos en tontear entre nosotras porque las hermanas no hacen eso. Hasta salimos del armario juntas, reunimos a nuestros padres en el salón de Lehna como si fuéramos una gran familia.

—Somos lesbianas —dijimos al unísono, con nuestras manos sudorosas de chicas de catorce años entrelazadas.

—¿Sois pareja? —preguntó mi padre.

Nos miramos, la sorpresa ante la pregunta borró los nervios y nos echamos a reír.

Estoy llorando. No me lo esperaba, pero me caen lágrimas por las mejillas y entonces Lehna también se pone a llorar. La cafetería está llena de gente joven, guapa y *queer*. Todo el mundo es un poco mayor que nosotras, todo el mundo ya ha pasado por algo parecido. Aun así, sé que he estropeado lo nuestro. Sé que hace mucho tiempo que dejé de sentirme como la gemela de Lehna. Es terrible ser la que se aleja.

—Escucha, tengo que pedirte perdón —dice Lehna.

—¿Por qué?

—Por todo lo de Violet. Como cuando te dije que tenías que ponerte más pintalabios, que parecías normal, y cuando te obligué a inventarte lo de la galería como si no fueras suficiente para ella.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé —responde—. Lo he estado pensando, pero no lo sé. Es una sensación que tengo... Me da la impresión de que ya no te diviertes conmigo, de que de repente no soy lo bastante interesante. No me gustó sentirme así.

—No sé lo que me ha pasado —digo.

—Has cambiado. Antes eras Katie, ahora eres Kate. No creo que quisieras que nadie te acompañara en ese viaje. —Niega con la cabeza—. No mola nada ser la que se queda atrás.

—Me sentí muy perdida —afirmo.

—¿Y entonces? ¿Mark te ayudó a encontrarte?

—Tengo derecho a tener nuevos amigos.

—Claro que sí. Y tienes derecho a cambiarlos por mí como si yo solo fuera una suplente mientras esperabas a que llegara el de verdad. Tienes derecho a sustituirme, pero yo tengo derecho a enfadarme.

—No quería sustituirte —comento, pero mientras lo digo me pregunto si es verdad.

Sin embargo, ahora mismo, mientras Lehna se seca las lágrimas, en este momento es la verdad. Me resulta imposible pensar en perderla.

—No pasa nada por hacer amigos nuevos —dice—. Las dos

vamos a conocer gente nueva. Por primera vez no vamos a vivir cerca. Ni siquiera en el mismo estado. Pero no entiendo por qué ha tenido que pasar ahora. Es la última semana de instituto, Kate. Son nuestros últimos días juntas, no deberíamos pasarlos así.

Asiento.

—Ya lo sé. Lo siento.

Miramos fijamente nuestras tazas de café. Lehna da un trago, yo también.

—Seguro que la gente piensa que estamos cortando —comenta Lehna.

Sonrío, me seco las lágrimas y miro a mi alrededor, pero no veo a nadie que nos preste atención.

—Parece que las cosas van bien con Violet —dice.

Incluso en este instante, siento que la felicidad surge de mi interior.

—Sí.

—Me alegro. Hacéis muy buena pareja.

—¿Y qué pasa con Candace?

Sonríe despacio. Reconozco la sensación.

Brad me saluda cuando entro en la galería.

—Hola.

Me preparo para su ataque verbal, pero no pasa nada.

—¿Hola? ¿Nada más? —le pregunto.

—Ha sido un día muy largo, Audra se ha marchado pronto. A veces hasta yo necesito un descanso.

—¿Un descanso de qué?

—De ser lo que todo el mundo espera de mí —comenta—. Sígueme.

Cruzamos la galería y subimos un pequeño tramo de escaleras, su manera de caminar es menos extravagante de lo normal. Hasta su pelo está más relajado.

—Bienvenida a mi oficina —me dice.

Es un espacio pequeño con paredes de cemento, archivadores de metal y luz fluorescente.

—Qué acogedora.

—Es una puta celda. Creo que esta es la idea de broma que tiene Audra.

—Qué maja.

Resopla.

—Solo necesito que firmes esto, dice que cedes lo recaudado por tu cuadro a The Angel Project.

Me alarga un contrato.

—Sin problema —le digo.

—Hemos recaudado más de veinte mil dólares.

—Qué bien.

—Con tu cuadro conseguimos casi una tercera parte.

—¿Cómo?

—Sí —responde—. Fue toda una batalla.

Me tiembla la mano al firmar. Pensaba que Violet sería mi única mecenas.

—Garrison se va a pasar hoy a recogerlo. Le he dicho que estarías aquí sobre esta hora. ¿Te importa esperar un momento?

—¿Lo ha comprado Garrison? Claro, puedo esperar.

Volvemos a la soleada galería, y entonces veo el cuadro. Está colgado en uno de los mejores lugares. También veo los demás. Me dan ganas de cubrirlos de la vergüenza que tengo. Pero me doy cuenta de que ese es diferente.

Brad se pone a mi lado.

—Voy a echar de menos ese cuadro.

Me vuelvo para mirarlo. Su cara refleja sinceridad.

—Es el mejor piropo que me has hecho.

—¿En serio?

—Brad, me dijiste que mis cuadros eran pintorescos.

—Este no —sentencia.

Se abre la puerta y deja entrar el ruido de la ciudad, seguido de un hombre alto y guapo.

—Mira quién ha llegado —comento—. El responsable de mis quince minutos de fama.

—Tu fama va a durar un poco más —dice Garrison—. Me pasé la noche de la inauguración para saludar, pero no te vi. En cambio, vi tu cuadro, no pude dejar de mirarlo.

—Gracias —le digo. Es casi un susurro, lo digo de corazón.

—¿Por qué? —pregunta Brad—. Él se lleva el cuadro que quiere, pero tú no vas a ver ni un centavo.

Pero no tiene nada que ver con el dinero, tiene que ver con lo que sé que es cierto. Porque estoy mirando la tormenta brillante de color rojo sobre el lienzo, las líneas delicadas y las pinceladas apasionadas. Estoy mirando algo urgente y verdadero que va más allá de lo que creía ser capaz de crear.

Estoy mirando lo que pasa cuando me dejo llevar y confío en mí misma, y esa imagen me emociona.

La cajera del museo de Young me dice que no puede venderme una entrada porque están a punto de cerrar.

—Solo quedan quince minutos —me comunica.

—No pasa nada —le digo—. Merece la pena.

Violet me dijo que iba a estar aquí. También que podía esperarme fuera cuando terminara, pero no soy capaz de aguantar otro cuarto de hora. Necesito verla ya.

—Ahí está la torre de observación —me informa la mujer—. Es gratis y está abierta al público. Aún tienes tiempo de subir, pero no se permite entrar con comida.

—¿Esto? —le pregunto levantando la alcachofa que he comprado de camino—. No es comida. Bueno, no en este contexto. Es una flor.

—Guarda la flor en la mochila, por favor.

De camino al ascensor, le mando un mensaje a Violet para decirle que estoy en la torre de observación. Está contemplando North Beach cuando la encuentro. Hay mucha gente aquí arriba disfrutando de las vistas de la ciudad a través de las paredes de cristal, pero lo que tengo que decirle no puede esperar. Por fin veo muchas cosas con claridad.

Le toco el hombro y se vuelve.

—Hola —me saluda.

—Ayer el Exploratorium y hoy el de Young. ¿Estamos haciendo una ruta de museos?

—Es la costumbre, supongo. Siempre es fácil encontrar un museo, y además tienes garantizado ver algo bueno.

Sonrío.

—Pero me parece que no has venido a comentar mis costumbres —dice—. Pareces nerviosa. ¿Qué pasa?

Suena un timbre y después una voz grabada nos anuncia que el museo va a cerrar dentro de diez minutos. Así que me doy prisa.

—Creo que en realidad no quería conocerte, por eso salí corriendo de la fiesta de Shelbie.

Veo dolor en su rostro, pero continúo.

—La idea que tenía de ti me salvaba una y otra vez en mis peores momentos. Cuando estaba preocupada, lo único que debía hacer era pensar en tu nombre y me relajaba. Todos mis cuadros hablaban sobre

ti, pero también sobre la idea de otro mundo, de otra vida, una que sería mejor que la que estaba viviendo. Eras mi válvula de escape. Necesitaba que siguieras siendo una idea.

Se encoge de hombros. Aunque no es la reacción que buscaba, debo pasar por esta parte para llegar a lo que quiero decir de verdad.

—Sobrevivía gracias a las historias que Lehna me contaba de ti, pero todo apuntaba a que la realidad podía ser una decepción y, entonces, no me quedaría nada para salvarme.

Aparta la mirada, pero la cojo de la mano.

—Espera —le digo—. Esta vez soy yo la que no ha terminado. Después pasó algo: te conocí. No importó todo lo que hice para estropear las cosas y alargar el sueño, te conocí de todas formas. Y eras, eres, mejor que mi imaginación. Ahora me doy cuenta de que tu trabajo no es salvarme, y no me importa. Lo único que necesito es que estés en mi vida y poco a poco iré arreglando el resto.

—¿Estar en tu vida? —pregunta—. No sé qué significa eso.

—Más que estar en mi vida —respondo—. Mucho más. Lo que quiero decir es que quiero ser tu novia. Quiero verte cada día. Quiero despertarme con mensajes tuyos que digan «buenos días» y quiero besarte siempre que quiera. Quiero besarte ahora mismo.

Se ríe.

—Se te da muy bien asustar a una chica —me dice—. La próxima vez, avísame. Dime algo en plan: «Te voy a soltar un montón de cosas que van a sonar a que no te quiero, pero al final verás que tiene sentido y es algo bueno».

—¡Solo quería ser sincera! —replico—. ¡Lo contrario de evasiva!

—Sí, vale. Prefiero la sinceridad, sí.

—Casi se me olvida.

Busco en mi mochila y saco la alcachofa. Durante un segundo parece confundida, pero después veo que se acuerda. La coge.

—¿Podemos besarnos ya? —pregunto.

—Sí.

Es completamente diferente del beso que nos dimos en la calle. Su boca es suave, pero cuando me relajo me muerde el labio inferior. Grito de sorpresa, pero no me aparto. Siento que sonrío. El mordisco es un aviso. Dice «No te creas que me he olvidado», o «No se te ocurra volver a hacer nada por el estilo». Ahora me pone una mano en el cuello y me acerca más a ella y, madre mía, tenemos que marcharnos de allí. Pero, aunque sé que estamos llevando el beso demasiado lejos para encontrarnos en un lugar público, no puedo separarme de ella. Así que nos convertimos en la exposición de nosotras mismas. Un espectáculo más en un museo lleno de cosas que ver. Respiramos de la otra. Desconectamos del mundo. Nuestro beso construye muros a nuestro alrededor hasta que...

—Ejem.

Un guía mayor con el pelo blanco aparece a nuestro lado, con una expresión más divertida que enfadada.

—El museo está a punto de cerrar —nos informa.

—Lo siento —respondo, pero la alegría de mi voz refleja lo poco que lo siento de verdad.

Violet me coge de la mano y sonrío al hombre.

—Mi novia y yo nos hemos dejado llevar —le explica.

El hombre se ríe.

Cruzamos la torre hacia el ascensor y antes de que se cierren las puertas nos abrazamos otra vez.

SÁBADO
JUEVES
VIERNES
SÁBADO

MARK

21

Paseamos por el futuro y sentimos que lo estábamos tomando prestado.

Algunas de las personas a nuestro alrededor eran famosas. Otras eran conocidas en su zona. Ninguna era adolescente.

Sin embargo, ahí estábamos, paseando por una mansión en Russian Hill, sin saber si nos estábamos quedando con ellos o si ellos se estaban quedando con nosotros o si era posible que nada de aquello fuera una broma, que un día nuestras vidas serían así y que aquel momento fuese un anticipo, todo gracias al fotógrafo al que había conocido en una discoteca.

No estaba muy claro quién tenía dinero y quién no. No estaba claro quién había sido invitado y quién se había presentado porque sí. No estaba claro lo que se celebraba aparte del hecho de que estábamos allí, disfrutando del momento. La única persona que parecía encontrarse totalmente cómoda no era una persona, era un gato llamado *Renoir*.

Miré a mi alrededor y vi constelaciones, la multitud de versiones del tipo de persona que uno podría ser. El alcohol y la noche soltaban la lengua a la gente, soltaban la música de sus labios. Paseé por todo

aquello de la mano de Katie. Éramos Hansel y Gretel, y por fin habíamos encontrado la casa correcta. Las brujas nos dejarían comer el chocolate en lugar de meternos en el horno.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le preguntaba una y otra vez.

—Estamos captándolo todo —respondió—. Debemos empaparnos de todo.

Cómo no, Ryan tiene que ir al baño y Taylor y yo nos quedamos solos. Ha traído el DVD de la versión británica de *Queer as Folk* porque no se puede creer que nunca la hayamos visto, aunque salió antes de que nació. Hemos puesto la pausa en mitad de una escena con muchas lenguas, espero que los padres de Ryan no vengan justo ahora y lo vean. No ha hablado con ellos todavía, pero tiene pensado hacerlo el fin de semana. Taylor y yo lo hemos ayudado con la estrategia. Hasta hicimos de sus padres. Yo fui su madre.

Después de todo, la noche ha ido bien, porque tras la conversación sobre salir del armario y planear cómo decírselo a sus padres, casi no hemos hecho otra cosa que ver la tele y comer. Ryan y Taylor no han hecho nada delante de mí aparte de apoyarse el uno en el otro.

Me imagino que sería diferente si yo no estuviera aquí, pero no siento ninguna presión para marcharme. Ni de su parte ni de la mía.

Puedo hacerlo, por mi mejor amigo.

De algún modo, llevo todo el día preparándome mentalmente, pero no había pensado en el momento en el que Taylor y yo nos quedaríamos solos. Sobre todo no estoy preparado para que me dé las gracias, que es justo lo que hace en cuanto Ryan no puede oírnos.

—¿Por qué? —le pregunto.

Mira para asegurarse de que Ryan no vuelve.

—Por estar con él hoy —responde—. Por ayudarlo a pasar por todo esto. Por no obligarlo a salir, sé que no ha debido de ser fácil. Mi mejor amigo lo hizo dos años después que yo, y casi me vuelvo loco.

De todas las cosas que me han vuelto loco, esta no es una de ellas, pero no se lo digo a Taylor.

—Tenía que decidirlo por sí mismo —le explico.

—Ya lo sé. Me refiero a que eres muy buen amigo. No necesitas que te lo diga yo, pero, por si alguna vez lo has dudado, que sepas que lo eres. Todavía no conozco tan bien a Ryan, pero eso lo tengo claro.

«¡Continúa! ¡Cállate! ¡Cuéntame más! ¡Para ya!» Mi cabeza no sabe lo que quiere de Taylor. Cuanto más habla de que Ryan y yo somos amigos, más me parece que no sabe nada de nosotros. Me alegro de que Ryan no me haya presentado a su nuevo ligue como una carga con mal de amores. Me alegro de que nuestros secretos estén a salvo.

—Me alegro de que te haya encontrado —le digo—. Si le haces daño, te la corto.

Asiente.

—No esperaba menos.

Ryan vuelve y parece que a él tampoco se le había ocurrido que pudiéramos quedarnos solos.

—No te preocupes, ha ido muy bien —le tranquilizo.

Taylor sonrío. Sé que podría tomarle el pelo, podría fingir que le he contado algo que Ryan no quiere que sepa (como, por ejemplo, que nos enrollábamos), pero sé que hoy es un día importante. No es momento de bromas.

Seguimos viendo la tele. Ellos dos se acurrucan. Ryan parece mucho más nervioso con Taylor que conmigo. Pero también parece mucho más cómodo con él que conmigo delante de otra gente.

Veo que este es el futuro.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté a Garrison Kline.

Ya habíamos saludado a sus amigos del sofá, y ahora solo estábamos nosotros dos y él. Y él seguía con la cámara preparada. Siempre tenía la cámara preparada, como si algo bonito pudiera ocurrir en cualquier momento.

Quería ver si Katie y yo estábamos bien, era nuestro anfitrión aunque no fuese su fiesta.

—Te vamos a hacer superfamosa —nos dijo—. Te sorprenderás de lo fácil que es.

—Pero ¿por qué? —le pregunté, no lo entendía—. ¿Por qué vas a hacer eso por nosotros? —Después, no pude evitarlo, era algo que no paraba de repetirme—: No lo estarás haciendo porque quieres acostarte conmigo, ¿verdad?

—¡Mark! —exclamó Katie.

Pero Garrison Kline le quitó importancia.

—No te preocupes, es una pregunta válida, y está bien que sepas que hay que preguntar. Los motivos son importantes. Y en este caso mi motivo es sencillo y misterioso: veo algo en ti. Todo el mundo, absolutamente todo el mundo necesita algo de ayuda. Y yo tengo la suerte de poder ayudar. También he estado en tu lugar y ahora estoy aquí, en este lado.

—No se está tan mal en este lado —comentó Katie.

—Sí, si la noche se da bien.

—¿Así es como nos vamos a hacer superfamosos? —le pregunté—. ¿Venimos a la fiesta y ya está? ¿Tus amigos van a hablar de nosotros?

Garrison Kline niega con la cabeza.

—No, hace falta más. Empieza con una pregunta sencilla.

—¿Qué pregunta?

—¿Quiénes sois? Y no me refiero a vuestros nombres, sé cómo os llamáis. Necesito saber quiénes sois.

Todos vamos al instituto el último día de curso. Nuestras taquillas están casi vacías. Las clases no son más que un recuerdo. La única razón por la que hemos venido es para estar juntos.

El último día de curso siempre me ha parecido una puerta al verano, nada más. Pero hoy es diferente. Escucho al futuro susurrarme que llegará el día en que este edificio no sea mi mundo. Mis compañeros no serán la única población de mi vida. Llegará el día, pronto, en que me alejaré de todo esto. Volveré alguna que otra vez como un fantasma, con mis recuerdos paseando por estos pasillos. Pero yo estaré en otra vida, que será nueva y mejor.

Le cuento a Katie cómo me siento y parece que me entiende. No se lo digo a Ryan porque él tiene otras cosas de las que preocuparse. Su desfile del Orgullo es unipersonal, anoche lo ayudamos a decorar una camiseta. «POR CIERTO, SOY GAY», dice. Algunas personas parecen sorprendidas cuando lo leen.

Pero la mayoría lo paran para decirle lo mucho que les gusta.

«¿Quiénes sois?»

Kate le respondió al instante.

—Soy una artista.

Garrison Kline sonrió.

—No lo dudo, pero demuéstremelo.

Katie sacó el móvil, parecía tan nerviosa como debía parecerlo yo cuando me subí a la barra en ropa interior. Le enseñó algunas fotos de su obra que parecieron impresionarlo.

—Esto acaba de ponerse mucho más interesante —dijo después de verlas. Luego, se volvió hacia mí—: ¿Y tú qué? ¿Quién eres tú?

Como seguía dolido, como seguía siendo consciente del silencio de mi teléfono, le dije:

—No soy el novio de Ryan.

—No sé si acabo de entenderlo.

—Yo tampoco.

Garrison Kline asintió.

—No creo que sea una buena respuesta —dijo amablemente— porque no creo que sea una respuesta exacta. Inténtalo otra vez. ¿Quién eres?

—Voy a ser... —empecé a decir—. Voy a ser...

Pero no tenía ni idea de cómo terminar la frase.

—Quizá esa sea tu respuesta. Que aún no sabes lo que eres.

Me pareció bien. Me sentí bien al detenerme ahí, por ahora, mientras avanzábamos hacia el futuro.

Satisfecho, el fotógrafo nos hizo fotos. Solos y juntos.

No las vimos hasta la mañana siguiente.

Salíamos muy bien.

Voy solo al Sábado Rosa. Mañana, Ryan, Taylor y algunos amigos suyos irán con nosotros al desfile, pero hoy voy con Katie y sus amigas.

Solo estoy a una manzana del Castro cuando me doy cuenta: lo he hecho yo solo. Es la primera vez que he venido por mi cuenta y lo más extraordinario es que acabo de enterarme. Me uno a la multitud, una multitud que no me parece anónima porque todos somos únicos. Hay demasiadas personalidades diferentes para que nos cuenten, hay demasiadas variaciones de nuestro orgullo para que nos encasillen. Veo a gente de mi edad y a otros cinco veces mayores. Veo que todos se han liberado de las definiciones preestablecidas que les han dado y que han encontrado formas personales de definirse. Hay tíos que me miran y, aunque no los evito, tampoco les sigo el juego. No he venido para ligar. He venido para estar con amigos.

Desde el inicio de Castro Street se ve un río de gente. Parece una marcha, filas y filas de personas reunidas para ejercer su poder. Solo que en esta ocasión no marchamos. No necesitamos mostrar cuántos

somos para demostrar lo que valemos. Esta vez nuestro poder radica en quedarnos en este lugar, en caminar sobre el terreno sagrado de nuestra historia y darle vida. Estoy solo, sí. Pero formo parte de todo esto. Formo parte de todo. Lo siento, he estado viviendo en un mundo, pero lo que tengo es un universo.

Katie me manda un mensaje para decirme que está debajo del cartel de neón del teatro del Castro. Sin pensarlo, sin dudarlo, me sumerjo en la multitud y me dirijo hacia ella. Me meto en la acción.

Estoy listo.

Voy a ser...

Kate

22

—¡Has venido! —grito cuando lo veo.

Mark se ha separado de la multitud. Me mira y sonrío. Lo abrazo.
—Estás sola —me dice—. Pero, madre mía, mírate.

Me río.

Esta mañana he arrasado mi material artístico y la caja de disfraces del garaje. Y he ido a casa de Lehna con una bolsa llena de pintura y brillantina, tutús y lazos, todos los arcoíris que he podido encontrar, reliquias de nuestro primer año lleno de orgullo.

Lehna ya había preparado su modelito. Una gorra hacia atrás, shorts, *crop top* con las mangas cortadas. La he convencido para que se pusiera también unos tirantes de arcoíris y después me ha hablado de Candace mientras yo me preparaba.

Me he puesto los mismos vaqueros que llevé el sábado pasado, pero esta vez con unas medias de color dorado metálico y un par de alas blancas de ángel. Me he dejado el pelo suelto y me he puesto brillantina dorada en las mejillas. Me he pintado los brazos en un montón de tonos rosa, rojo y dorado, torbellinos y estrellas y felicidad.

—Pareces un hada lesbiana y artística —dice Mark.

Me vuelvo a reír porque es totalmente él mismo con sus vaqueros y su camiseta lisa y su gorra del equipo del instituto. Está perfecto. Atrás ha quedado el chico que intentaba ganarse el amor de su mejor amigo bailando desnudo sobre la barra de una discoteca, la persona tan destrozada que era incapaz de salir de la cama, el chico sentado en una acera esperándome, perdido.

Lo abrazo de nuevo.

—Hemos de volver dentro de media hora —le informo—. A encontrarnos con Violet.

—Así que tenemos media hora para nosotros solos —dice—. ¿Qué podemos hacer?

Lo cojo de la mano y lo conduzco hasta la multitud.

—¿Adónde vamos? —pregunta, pero no le contesto hasta que llegamos a la entrada de Happy Happy. Se ríe y me dice—: Es perfecto.

—¿A que sí?

Un minuto después llevamos un par de *gin-tonics* a la mesa donde todo empezó. La discoteca está casi vacía. La verdadera fiesta tiene lugar en la calle, la mayoría de los bares no se llenarán hasta más tarde. Hay mucho que ver y también la necesidad de que te vean. Pero, por ahora, lo único que quiero son unos minutos con mi amigo. Ya me ha contado lo del día con Ryan y Taylor, y ya sabe lo emocionada que estoy por ver a Violet.

Mark levanta su vaso.

—Tenemos que brindar —dice.

—Sí.

—Menuda semana.

—No sé cómo hemos sobrevivido.

—Hemos hecho más que sobrevivir a ella. Le hemos dado caña.

—Le hemos dado un pedazo de morreo.

—Nos hemos casado con ella —dice Mark—. Esta semana estará siempre con nosotros.

Chocamos las copas, bebemos. Es el *gin- tonic* más flojo que me he tomado en la vida, pero no me importa.

—Creo que sabe que somos menores —susurra Mark.

Nos sonreímos. Solo necesito que nos quedemos aquí los dos, bebiendo *gin-tonics*, durante el resto de nuestros minutos juntos, pero la puerta se abre y llena la discoteca con el ruido de la calle. Volvemos a mirarnos y los dos nos quedamos con la boca abierta, no nos lo podemos creer.

Vemos a otro adolescente, más joven que nosotros. Se acostumbra a la luz del interior y nos ve. Se queda petrificado y se vuelve hacia la puerta, pero le hago un gesto para que se acerque.

—¿Voy a pedir algo? —nos pregunta, y después susurra—: No tengo carnet falso.

Mientras lo dice, rebusca en su cartera como si fuera a aparecer por arte de magia.

—No merece la pena —le digo—. No malgastes diez dólares.

Se mete la cartera en el bolsillo, pero entonces no sabe qué hacer con las manos, veo que le tiemblan.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Mark.

—Ah, eh —tartamudea el chico—. Solo...

Si Garrison Kline estuviera aquí, sabría exactamente qué decirle. No miraría el alma del chico, se la haría ver a él, hasta que lo que viera no le asustara tanto.

Pero Garrison Kline ha desaparecido de nuestras vidas en una nube de humo de hado madrino. De algún modo, lo sé con seguridad. Lo único que tenemos por ahora es a nosotros mismos.

Nos presentamos y el chico dice que se llama Wyatt y que ha descubierto la discoteca en internet y que parecía que estaba bien para venir algún día y que no tiene ni idea de por qué ha venido, pero le apetecía salir de casa, y no puedo seguir escuchándolo hablar así.

Lleva un pin pequeño de un arcoíris en la camiseta. Lo toco.

—Qué bonito —comento, aunque se ve que es barato, de mala

calidad—. ¿Lo has pillado para hoy?

Deja de parlotear y asiente.

—Me lo han dado al salir del metro.

—¿Cómo te sientes al llevarlo?

Respira hondo. Sonríe a la mesa y se seca la frente con el brazo.

Reúne valor y me mira.

—Muy bien —confiesa.

—Feliz primer Orgullo, Wyatt —le digo.

—Gracias.

Escondarse, negarse y tener miedo no es manera de tratar al amor. El amor pide valentía. Sea cual sea la ocasión, el amor espera que nos atrevamos, y con ese pensamiento saco el teléfono.

—Chicos —digo—, tenemos que ir a una fiesta.

La fiesta se extiende de casa de Shelbie a la calle, donde algunos vecinos han puesto música desde sus garajes con unos altavoces enormes. Lehna y Candace están sentadas con los brazos entrelazados en los escalones de la entrada. Lehna sonríe cuando me ve. June y Uma están bailando con un montón de gente. No sé si son amigos de Shelbie, pero en un día como hoy no hay desconocidos.

—Vamos a bailar —les digo a los chicos.

—Nunca he bailado con una chica con medias doradas y alas —comenta Wyatt.

—Seguro que tampoco has bailado antes con un chico —le dice Mark.

Wyatt se pone rojo y Mark le coge de la mano.

El sol. La gente en la calle. El bajo tan potente que hace vibrar mi cuerpo. La gente ingiriendo chupitos de gelatina y botellas de agua. Las *drag queens* y los *drag kings*. Los hombres y mujeres trans. Las parejas hetero animándonos. Las chicas en topless que nos saludan desde la ventana de su piso. Los chicos gais en las escaleras de

incendio moviendo el culo. Los osos cogidos de la mano con sus alianzas de matrimonio a juego. Las madres lesbianas con sus hijos sobre los hombros. Y todos aquellos no tan fácilmente identificables o definibles. Las personas bi, intergénero, las que aún dudan. Todas con el corazón lleno de amor.

Todas formamos parte de esto.

Me vibra el teléfono.

Estoy en Dolores Park. Me he encontrado con Greer y Quinn! Vienes?

—¿Dolores Park? —digo en voz alta.

Shelbie entra corriendo en su casa y vuelve con una manta de pícnic. Atravesamos la multitud.

En Dolores Street, una fila de motos se extiende a lo largo de manzanas, con mujeres de todas las edades y colores, vestidas con tacones con tachuelas y botas militares, ropa interior y cuero, incluso hay una que va totalmente desnuda. Siento la calidez del sol en la piel y la pintura de mis brazos aún brilla. Me veo en el retrovisor de un coche, y aún llevo destellos dorados en las mejillas.

«Violet», pienso.

Su nombre ya no es un hechizo ni una manera de olvidar. Es una emoción que me recorre el cuerpo, una corriente de amor, y entonces veo que me saluda.

—Estás increíble —me dice, y me toca la mejilla, el pelo, el borde de las medias, las alas.

Me da la vuelta y después me rodea con los brazos y me besa, bajo el sol, su boca es suave y cálida, no quiero parar.

Nos besamos, y seguimos, y seguimos.

Nunca me cansaré de ella.

Cuando dejamos de besarnos digo:

—Tengo algo que decirte.

—Cuéntame.

—Mis padres están de acuerdo —le anuncio—. Le he mandado un correo a la universidad. Es oficial, soy libre durante un año.

—Kate —replica—. Tenemos que hacer algo increíble.

Las motos rugen. Las palomas echan a volar. La multitud enloquece.

Quinn va vestido con un traje de conejo rosa fosforito.

—¿No tienes calor ahí dentro?! —le grito por encima de los motores.

—¿Qué dices?! —me responde, también a voces.

—¿No tienes calor ahí dentro?

—Vale, te había oído bien.

Entonces, con una floritura, se desabrocha el traje y se lo quita, y se queda con un pequeño bañador rosa fosforito.

—Madre mía —digo—. ¿Llevas todo el día esperando para hacer eso?

—Sí —responde, y se pone a bailar.

El sol se eleva aún más en el cielo y después empieza su descenso. Ocupamos tres mesas en un restaurante mexicano que está superlleno y cambiamos de sitio cada vez que alguien grita: «¡Cambio!». Nos movemos con nuestros platos e ignoramos el cabreo de los camareros.

Me siento junto a Violet y nos cogemos de la mano.

Me siento junto a Wyatt y le pongo brillantina en las mejillas.

Me siento junto a Lehna y hacemos planes para ir a cenar después de la graduación.

Me siento junto a Greer y le comento que me encantó el poema.

Me siento junto a Mark y le digo: «Sigamos así durante mucho mucho tiempo».

Me siento junto a Quinn, que me besa en la boca, por los viejos tiempos.

Me siento junto a una chica a la que no conozco.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Sky —me responde.

Me siento junto a Violet otra vez.

—Podríamos viajar por todo el país en coche. Podríamos construir casas como voluntarias. Podríamos vivir en una granja. Sigo pensando.

Nos unimos a otra fiesta en la calle. Acabamos en el salón de un desconocido para hacer de jueces en un concurso de karaoke. Hacemos cola en Bi-Rite para comprar helados y acabamos otra vez en el parque con las manos pegajosas; intentamos adivinar quién seremos dentro de cinco años.

Shelbie dice que podemos quedarnos en su casa esta noche, seremos los primeros en llegar al desfile al día siguiente. Todo el mundo manda mensajes a sus padres, excepto Greer, que llama al albergue. Los padres y el tutor de Greer dicen que sí. Mañana estaremos en Market Street, codo con codo. Las lesbianas motorizadas volverán para dar comienzo al desfile y el alcalde estará presente, junto con todos los miembros homosexuales de la policía y los bomberos. Las Hermanas de la Perpetua Indulgencia vendrán con sus mejores galas, cantando en *playback* alguna canción de Katy Perry. Habrá carrozas y coches clásicos, y cánticos y canciones y lágrimas. Habrá gente mayor que luchó por todo lo que tenemos ahora. Habrá bebés que solo conocerán un país en el que todo el mundo puede casarse. Habrá carteles que nos recordarán el camino que queda por recorrer. Observaremos a todo el mundo pasar y nuestros corazones se llenarán de alegría.

Pero todavía no.

Es tarde y vamos a Walgreens a comprar cepillos de dientes y un par de almohadas. Es tarde, pero aún estamos bien despiertos, y cada vez que Violet me toca, mi cuerpo se emociona, porque pronto estaremos buscando un rincón tranquilo en el salón de Shelbie donde compartir la noche.

—Vale, tres más —me dice—. Podemos ir al Gran Cañón. Podríamos aprender a cocinar. Podríamos aprender una lengua

amenazada y mantenerla con vida.

—¿Cómo vamos a elegir?

—Podemos elegir al azar —propone—. No importa el qué.

Nos hemos adelantado unos pasos al grupo. Camino más despacio y me vuelvo para mirar. Nos quedamos solas, en una calle vacía, pero los ecos de la celebración resuenan por todas partes. Y aquí estamos. Lehna y Candace y Shelbie, June y Uma, Mark y Quinn y Wyatt y Sky y Greer, y Violet, y yo. No sé si volveremos a estar todos juntos así. No sé si Sky, Wyatt y Greer serán mis amigos para siempre o solo durante estos dos días. No sé si Lehna y yo acabaremos sentadas juntas en un porche, cotilleando de viejecitas, o si esta semana ha sido el principio de una lenta desaparición de la presencia de la una en la vida de la otra. No sé si Violet y yo duraremos..., pero espero que sí. Espero que sí. Nos han alcanzado en la esquina de esta calle, el brillo de la tienda nos espera a una manzana de distancia. Cruzamos, todos a la vez, como diciendo: «Aquí estamos, en los días buenos y en los malos, en los momentos de dolor y en los de felicidad, enamorados y con el corazón roto, por un día o para siempre. Aquí estamos. Es nuestro desfile».

AGRADECIMIENTOS

Este libro surgió de una conversación que tuvo lugar el 11 de octubre de 2012, y presenté el primer capítulo el 20 de enero de 2013, lo que dio inicio a un proceso de idas y venidas que terminaría el 28 de junio de 2015. Puedo decir que en octubre de 2012 nadie imaginó que el libro hipotético del que estábamos hablando estaría terminado el fin de semana de (a) la Semana del Orgullo, cuando los dos estábamos (b) en San Francisco justo después de que (c) el Tribunal Supremo aprobase el derecho a casarse de personas como nosotros. Nos imaginamos a Katie y a Mark celebrándolo a nuestro lado.

Hay mucha gente a la que tenemos que agradecerle el libro que tienes entre manos. Nos gustaría dar las gracias a la extraordinaria Sara Goodman, cuya emoción contagiosa y palabras amables siempre hemos adorado. También nos gustaría dar las gracias a todo el equipo de St. Martin's y a todos nuestros editores extranjeros por creer en esta obra. A nuestros agentes, Sara Crowe y Bill Clegg, y a las muchas personas que trabajan con ellos, les enviamos nuestra más profunda gratitud.

Nina quiere dar las gracias a los adolescentes a los que ha conocido, tanto en persona como a través de una pantalla de ordenador, que no han tenido miedo de plasmar su incertidumbre en palabras. Le habéis recordado que no tenerlo todo superclaro puede ser un regalo. También le gustaría dar las gracias a una chica rubia, que, en su clase de escritura en 2010, le dijo que tenía miedo de dejar de bailar cuando fuera mayor y de olvidarse de que una vez la danza fue lo más importante de su vida. Para terminar, muchas gracias a su

grupo de escritura por su apoyo moral y artístico y a sus amigos y familia por hacer de su mundo un lugar precioso, especialmente a Amanda, por darle tiempo para escribir muchos de estos capítulos, y a Kristyn y a Juliet, por innumerables maravillas diarias.

David quiere dar las gracias a su familia y amigos (como siempre), con una mención especial a Stephanie Perkins, Rainbow Rowell y a todos los autores de Openly YA a los que ha torturado durante los últimos años, incluidos (pero no solo) Bill Konigsberg, Sandy London, Aaron Hartzler, Sara Farizan, Will Walton, Adam Silvera y Juno Dawson. También quiere dar las gracias a Nancy Garden, por servirnos de guía, y a Jen Corn, Sarah (Roo) Cline, a sus hijos, Maizie y Amon, a Jane Mason, Sarah Hines Stephens y a todo el equipo de Books Inc., porque no puede imaginar escribir un libro sobre San Francisco sin su ayuda.

Y, de parte de los dos, muchas gracias a los lectores que hacen que sigamos en esto.

Solo tú me conoces

David Levithan y Nina LaCour

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *You know me well*

© 2016 David Levithan y Nina LaCour

© de la traducción, Zulema Couso, 2017

Diseño de cubierta: Meryl Sussman Levavi

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17409-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com